

relatos
del asalto
al moncada

editado por la
comisión de orientación
revolucionaria de la dirección
nacional del púsc.

LIBRARY

1964

201116

Este libro fue editado con motivo del XI Aniversario del heroico asalto al Cuartel Moncada. Se terminó de imprimir en el mes de julio de 1964.

LIBRARY

Las páginas que siguen recogen diversas narraciones —dispersas en periódicos y revistas— que recuerdan detalles y episodios de la heroica acción que, como señalara el Cmdte. Raúl Castro, abrió una nueva fase en la historia de Cuba: la fase de la acción armada como método principal de lucha contra la tiranía batistiana y contra el dominio semicolonial extranjero sobre nuestro país.

Fragmentos de discursos y escritos del Comandante Fidel Castro, así como el artículo del Comandante Raúl Castro con motivo del VIII Aniversario del Asalto al Moncada, fijan nítidamente las condiciones políticas en que se produjo la acción, y la significación que la Revolución Cubana tiene en la historia de nuestro tiempo, particularmente en la de América Latina.

Se reúnen igualmente relatos —ricos en datos históricos— de distintos combatientes, y los artículos de varios periodistas sobre importantes aspectos de la acción de Santiago de Cuba y el asalto simultáneo al Cuartel de Bayamo, muchos de cuyos datos se han publicado una sola vez.

A lo largo de estas páginas se rinde tributo de recordación a los gloriosos héroes de la Patria que, en la desigual lucha del Moncada o asesinados por los esbirros de la tiranía, ofrendaron sus vidas por la libertad de Cuba.

Creemos que la compilación de estos relatos facilitará la comprensión y conocimiento de la significación histórica del asalto al Moncada.

*Comisión de Orientación Revolucionaria
de la Dirección Nacional del PURSC.*

en el VIII
aniversario del
26 de julio

artículo
del comandante
raúl castro ruz

**EL PRIMER PASO HACIA LA REVOLUCION.—ESCE-
NARIO POLITICO HASTA 1953.—PONER EN MARCHA
A LAS MASAS.—EL ATAQUE AL MONCADA.—PRO-
GRAMA DEL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO.—
JALON HACIA LA LIBERACION NACIONAL Y EL
SOCIALISMO.**

Hace ocho años, Cuba entera fue conmovida por una noticia que la prensa censurada y vendida, publicó tan sólo a medias y tergiversada: la noticia del asalto al cuartel Moncada, la fortaleza militar de la provincia oriental.

Lo que la mayoría de la gente supo entonces, aquel 26 de Julio de 1953, fue que un grupo numeroso de jóvenes capitaneados por Fidel Castro, se había lanzado a una audaz operación militar para adueñarse del cuartel Moncada, que había habido fuerte lucha, que más de 80 jóvenes, una vez prisioneros, habían sido asesinados y que otros, en los días siguientes, habían sido apresados y encarcelados.

El 26 de Julio de 1953 abrió una nueva fase en la historia de Cuba: la fase de la acción armada como método principal de lucha contra la tiranía batistiana y contra el dominio semi-colonial extranjero sobre nuestro país.

NOTA.—Este artículo fue publicado en la revista "Fundamentos",
Nº 175, de fecha Junio-Julio de 1961, pág. 5.

Fidel, que en el juicio fue su propio defensor y acusador implacable de la tiranía y del régimen económico-social existente en Cuba, expuso en el discurso ante el Tribunal, conocido con el nombre: "La Historia me Absolverá", las razones que movieron aquel asalto heroico que se convirtió en sangrienta inmolación y los fines políticos que se proponía alcanzar y desarrollar.

Aquel no era el asalto a una fortaleza para alcanzar el poder con la acción de un centenar de hombres: era el primer paso de un grupo decidido para armar al pueblo de Cuba e iniciar la Revolución.

No era un putsch que tuviera el propósito de buscar un triunfo fácil sin masas; era una acción de sorpresa para desarmar al enemigo y armar al pueblo, a fin de emprender con éste la acción revolucionaria armada.

No era una acción para quitar simplemente a Batista y sus cómplices del poder; era el inicio de una acción para transformar todo el régimen político y económico-social de Cuba y acabar con la opresión extranjera, con la miseria, con el desempleo, con la insalubridad y la incultura que pesaban sobre la patria y el pueblo.

Es verdad que entonces no tenía Fidel una organización que respondiera a esos planes y estuviera comprometida con ellos; es verdad que Fidel confiaba en que dado el estado político del país y el descontento existente, los combatientes se presentarían espontáneamente tan pronto hubiera armas y gentes dispuestas a comenzar y dirigir la acción; pero lo que importa destacar es que no se trataba de organizar una acción a espaldas de las masas, sino de conseguir los medios para armar a las masas y movilizarlas a la lucha armada; que no se trataba de apoderarse de la sede del Gobierno y asaltar el poder, sino de iniciar la acción revolucionaria para llevar al pueblo al poder.

ESCENARIO POLITICO HASTA 1953

Tocaba a su fin el Gobierno de Carlos Prío, que como los anteriores se desprestigiaba por la sumisión a los intereses imperialistas, por el gangsterismo, el robo descarado del tesoro público, la imposición sindical, la persecución al movimiento obrero, la clausura de su prensa revolucionaria y el asesinato de muchos de sus líderes. El Partido Auténtico,

con el que llegara al poder, en el transcurso del mismo se había deteriorado enormemente, sufriendo grandes desprendimientos, careciendo totalmente de apoyo de masas. Conjuntamente con el Partido Auténtico formaban una coalición en el poder los liberales, demócratas y republicanos, conocidos con el nombre de "partidos de bolsillo", que representaban una exigua minoría de viejos políticos corrompidos y ladrones, representativos de los tradicionales sectores dominantes de la sociedad cubana, los hombres "corcho" acostumbrados a flotar a través de todas las mareas y tempestades políticas del país, como una muestra de que las anteriores sacudidas de nuestra vida republicana no habían sido lo suficientemente fuertes para hundirlos definitivamente.

El pueblo estaba descontento, pero esperaba algún cambio en las próximas elecciones generales para las que ya todos se estaban preparando.

En el campo de la oposición figuraba como mayoritario el Partido Ortodoxo con gran influencia en la pequeña burguesía, el Partido Socialista Popular, con bastante influencia en la masa obrero-campesina y el PAU, creado por Batista, con gente de su calaña y sin ninguna posibilidad de éxito.

Los ortodoxos, muerto ya su fundador, Eduardo Chibás, rechazaban un pacto de unidad propuesto por el PSP, los que ofrecían apoyar la candidatura presidencial de los primeros; pero éstos, mientras rehuían la unión con otras fuerzas políticas abrían sus puertas y ofrecían importantes cargos en su dirigencia a gran número de viejos politiqueros, latifundistas, banqueros, plattistas en su mayoría, etc.

No obstante con esa admirable disciplina y espíritu de sacrificio, característicos de los comunistas cubanos, pensando sólo en lo que más convenía a Cuba en aquellos momentos, a pesar del rechazo ortodoxo y de las diarias advertencias de sus principales dirigentes de que no querían pacto con los comunistas, sobre todo para que los oyera bien el imperialismo y les diera el visto bueno inevitable para poder ser gobernantes en la Cuba de entonces, el Partido Socialista Popular decidió apoyar la candidatura presidencial ortodoxa y llevar su propia candidatura independiente para senadores y representantes con un programa de medidas de fondo, contra el imperialismo, el latifundismo, la discriminación, el desempleo, el asalto a los sindicatos y el mujalismo.

De esta forma ya era indudable que, siendo los ortodoxos el partido mayoritario de la oposición, contando además con el respaldo y la influencia del Partido Socialista Popular, les era fácil alcanzar el triunfo en las próximas elecciones generales.

Así estaban las cosas en Cuba, cuando el 10 de marzo de 1952, a 80 días de las elecciones se produce el golpe de estado, encabezado por Batista y auspiciado por el imperialismo, para reforzar el semicolonialismo y prevenir un triunfo electoral ortodoxo, que si por su alta dirigencia no tenía nada que temer, por las masas que lo apoyaban y las demandas que éstas exigían con posterioridad al triunfo, y que no se conformarían con las formales libertades, sí tenían mucho que temer.

El Gobierno se desmoronó como un merengue en cuestión de horas y el Presidente Carlos Prío, huía cobardemente.

La indignación nacional fue general; las masas salían a la calle pero volvían desalentadas a sus respectivos hogares, poniéndose inmediatamente de manifiesto la incapacidad y las vacilaciones que durante los siete largos años de la lucha contra Batista, mantendrían los dirigentes opositores hasta unas horas antes, se mataban por subir a las tribunas y se cansaban de gritar al pueblo de que ellos eran los mejores y más capaces para dirigir el país.

Con el golpe de estado, al producir la crisis política del país, parejamente se producía una crisis mayor aún, por ser de carácter definitivo, en la dirigencia del Partido Ortodoxo, los alejados del poder, que tan cerca tuvieron en las manos, dieron rienda suelta a todas sus debilidades, ambiciones e incapacidades, con las excepciones que todos conocemos.

Por lo tanto, ni ese Partido, ni las facciones innumerables en que se dividieron sus dirigentes oficiales podrían ofrecer un camino ni mucho menos un programa de lucha a la masa que estaba ansiosa de algo más que libertades a secas y que manifestaban antes del golpe de estado, que ya apetecía algo más que el micro-programa de la honradez administrativa, que nada resolvería; una masa que empezó a comprender, que el reciente golpe reaccionario no era contra el Gobierno que estaba en el poder sino contra ella misma y sus honradas aspiraciones. Y frente a tal situación no servía una dirigencia que predicaba el quietismo, bajo actitudes "dignas", quejas inoperantes a la OEA, y consignas débiles, como no comprar

zapatos ni ropas, no ir al cine, comprar lo menos posible, repudio moral, etc. etc., con las cuales no hubieran siquiera hecho temblar ni a un alcalde de barrio.

Lo peor de todo era que con su influencia y sus prédicas eran un verdadero obstáculo para movilizar las masas populares a la acción revolucionaria contra la tiranía, entorpecían a la unidad de acción de las fuerzas revolucionarias porque sus más altos dirigentes practicaban y predicaban el anticomunismo, sin el cual ningún dirigente burgués recibía el visto bueno de los yanquis para llegar al poder. Por tales motivos la tarea que teníamos por delante era mucho mayor: luchar contra Batista y contra lo que muchos de los líderes opositoristas representaban.

Las consecuencias no se harían esperar; habían transcurrido cinco meses desde el asalto de Batista al poder y se aproximaba el primer aniversario de la muerte de Chibás, a su tumba irían miles de ciudadanos más a rendirle honor a su persona y aprovechar la oportunidad para hacer una demostración contra la tiranía, que para oír las palabras vacías, como siempre, de sus oradores. En aquella oportunidad circuló entre la multitud un pequeño periódico de varias hojas mimeografiadas nombrado "EL ACUSADOR", que dirigía Fidel conjuntamente con varios ortodoxos. En el mismo aparecía un artículo titulado "Recuento crítico del Partido Ortodoxo" y que, firmado por Fidel, expresando el sentimiento de las masas ortodoxas, en algunos de sus párrafos decía: "Por encima del tumulto de los cobardes, los mediocres y los pobres de espíritu, es necesario hacer un enjuiciamiento breve, pero valiente y constructivo del movimiento ortodoxo, después de la caída de su líder Eduardo Chibás".

"Quien crea que hasta ahora todo se ha hecho bien, que nada tenemos que reprocharnos, ese será un hombre muy poco severo con su conciencia".

"En aquellas pugnas estériles que sobrevinieron a la muerte de Chibás, aquellas escandaleras colosales, por motivos que no eran precisamente ideológicos, sino de sabor puramente egoístas y personales, aún resuenan como martillazos amargos en nuestra conciencia".

"Aquel funestísimo procedimiento de ir a la tribuna pública a dilucidar bizantinas querellas eran síntoma grave de indisciplina e irresponsabilidad".

“Inesperadamente vino el 10 de marzo. Era de esperar que tan gravísimo acontecimiento arrancara de raíz en el Partido las pequeñas rencillas y los personalismos estériles. ¿Acaso fue totalmente así?”

“Con asombro e indignación de las masas del Partido, las torpes querellas volvieron a relucir. La insensatez de los culpables no reparaba en que la puerta de la prensa era estrecha para atacar al régimen pero en cambio muy ancha para atacar a los propios ortodoxos. Los servicios prestados a Batista con semejante conducta no han sido pocos”.

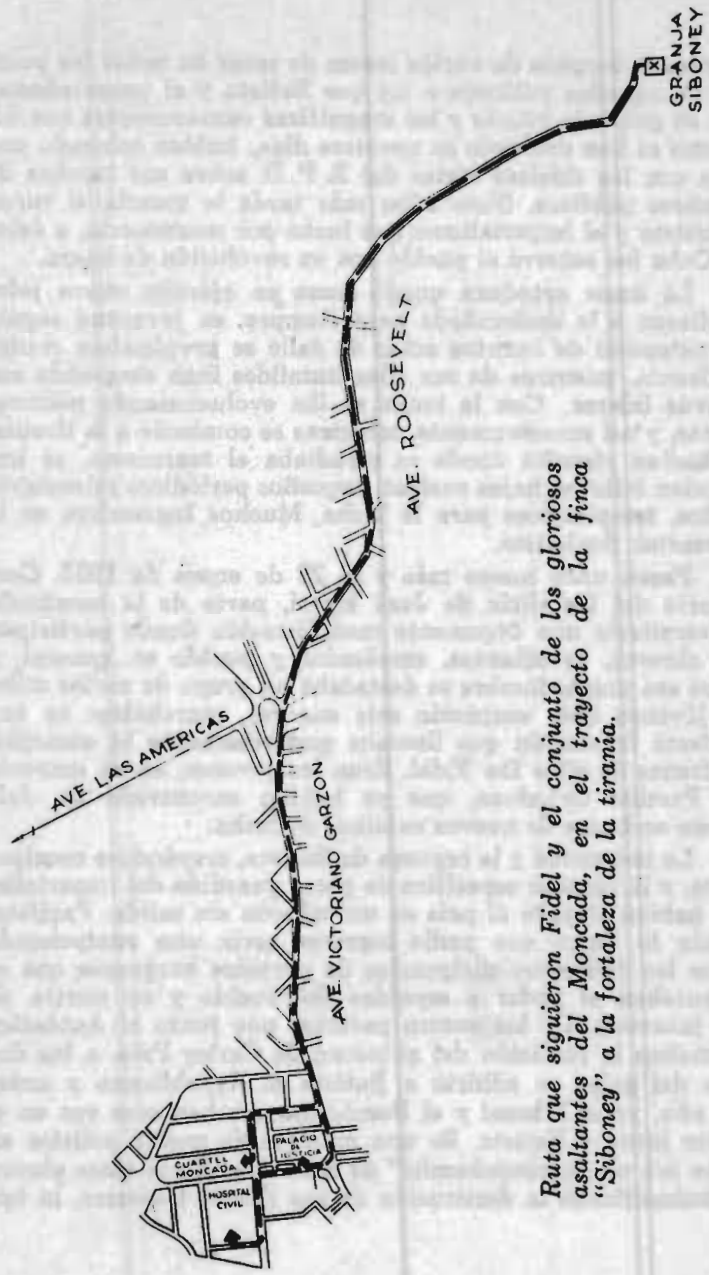
“Nadie se escandalizará de que tan necesario recuento se haga hoy, en que le ha tocado el turno a la gran masa que en silencio amargo ha sufrido estos extravíos y ningún momento más oportuno que el día de rendir cuentas a Chibás junto a su tumba”.

“Esa masa inmensa del Partido Ortodoxo está puesta en pie, más decidida que nunca. Pregunta en estos momentos de sacrificio... ¿Dónde están los que aspiraban... los que querían ser los primeros en los puestos de HONOR DE LAS ASAMBLEAS Y LOS EJECUTIVOS, los que recorrían Términos y hacían tendencias, los que en las grandes concentraciones reclamaban puestos en la Tribuna y ahora no recorren Términos, ni movilizan la calle, ni demandan los puestos de honor de la primera línea de combate...?”

“Quien tenga el concepto tradicional de la política podrá sentirse pesimista ante este cuadro de verdades. Para los que tengan, en cambio, fe ciega en las masas, para los que creen en la fuerza irreductible de las grandes ideas, no será motivo de aflojamiento y desaliento la indecisión de los líderes, PORQUE ESOS VACIOS SON OCUPADOS BIEN PRONTO POR LOS HOMBRES ENTEROS QUE SALEN DE LAS FILAS”.

“El momento es revolucionario y no político. La política es la consagración del oportunismo de los que tienen medios y recursos. La Revolución abre paso al mérito verdadero, a los que tienen valor e ideal sincero, a los que exponen el pecho descubierto y toman en la mano el estandarte. A un partido revolucionario debe corresponder una dirección revolucionaria, joven y de origen popular que salve a Cuba”.

Fidel expresaba en ese artículo la misma preocupación de las masas ortodoxas y se había decidido a publicar esas



Ruta que siguieron Fidel y el conjunto de los gloriosos asaltantes del Moncada, en el trayecto de la finca "Siboney", a la fortaleza de la tiranía.

opiniones después de varios meses de tocar en todas las puertas de aquellos políticos a los que Batista y el imperialismo, con su golpe de estado y las magnificas consecuencias que del mismo se han derivado en nuestros días, habían colocado una cruz con las clásicas siglas del E. P. D. sobre sus tumbas de hombres públicos. Siete años más tarde le tocaría el turno a Batista y al imperialismo que luchó por mantenerlo, a éstos en Cuba los enterró el pueblo con su revolución de enero.

La masa ortodoxa quedó como un ejército cuyos jefes se dieron a la desbandada para siempre, su juventud seguía participando de cuantos actos de calle se propiciaban contra la tiranía, mientras de sus filas humildes iban surgiendo sus nuevos líderes. Con la lucha se iba evolucionando políticamente, y así sucesivamente, mientras se combatía a la tiranía, se hacían círculos donde se estudiaba el marxismo, se imprimían folletos, hojas sueltas, pequeños periódicos mimeografiados, templándose para la lucha. Muchos ingresaban en la Juventud Socialista.

Pasan unos meses más y el 28 de enero de 1953, Centenario del Natalicio de José Martí, parte de la escalinata universitaria una imponente manifestación donde participan los obreros, estudiantes, empleados y pueblo en general, y entre esa muchedumbre se destacaba un grupo de varios miles de jóvenes que, ocupando seis cuadras, marchaban en tan perfecta formación que llamaba poderosamente la atención. Al frente de ellos iba Fidel. Eran los jóvenes, en su mayoría del Partido Ortodoxo, que ya habían encontrado un Jefe e iban en busca de nuevos caminos de lucha.

La terquedad y la ceguera de Batista, creyéndose omnipotente, y la función específica de perro guardián del imperialismo habían situado al país en un callejón sin salida. Pacíficamente lo único que podía lograrse sería una componenda entre las diferentes dirigencias de partidos burgueses que se disputaban el poder a espaldas del pueblo y en contra de sus intereses. De los cuatro partidos que junto al Auténtico formaban la coalición del gobierno de Carlos Prío, a los dos días del golpe se adhirió a Batista el Republicano y antes del año, ya el Liberal y el Demócrata estaban otra vez en el poder junto a Batista. Es una muestra de que la política en Cuba era un "cachumbambé" de bandidos. En la clase obrera se intensificaba la destitución de sus líderes honestos, la im-

posición gangsteril de falsos dirigentes, el asalto a manos armadas de los Sindicatos, la pérdida paulatina de muchas de sus conquistas; la ofensiva patronal aliada a Mujal y al imperialismo profundizaba la división teniendo como bandera el anticomunismo, cuidadosamente alimentado por la Embajada Yanqui a través de sus agentes en los cargos dirigentes de la CTC. Todo esto hacía que estuviera muy lejano el momento en que el movimiento obrero de masas alcanzara las formas explosivas de lucha.

En el campo, la ahora desaparecida guardia rural, esa especie de policía política rural, jugaba el mismo papel que los actuales carabineros en otros países hermanos del continente. No permitían siquiera que nuestros campesinos se reunieran para crear una asociación campesina que les permitiera luchar por sus más inmediatas demandas, y sólo subsistían algunas que, a duras penas, habían podido soportar las embestidas de los geófagos y sus defensores de la Guardia Rural, como las del Realengo 18, Las Maboas, el Cobre.

Los estudiantes cada vez que tenían oportunidad salían a las calles en manifestaciones y encuentros con la policía. Pero a pesar de su creciente combatividad, no dejaban de ser un pequeño sector que mantenía en alto su heroica tradición de lucha, que constituían un factor permanente de agitación, pero que por sí solos, muy poco o nada podían hacer.

PONER EN MARCHA A LAS MASAS

Estábamos de acuerdo y teníamos conciencia de que era necesario para destruir la tiranía, poner en marcha el movimiento de masas, pero, con los antecedentes expuestos ¿cómo lograrlo? Por aquellos tiempos Fidel decía: "Hace falta echar a andar un motor pequeño que ayude a arrancar el motor grande".

El motor pequeño era una acción inicial con aquellos jóvenes que, marchando casi militarmente, lo seguían aquel 28 de enero de 1953 y que, unas veces en pequeños grupos introducidos en la Universidad y, otras, en pequeñas fincas propiedad de campesinos amigos en el interior de la provincia de La Habana, habían ido recibiendo instrucción militar elemental, con manejo de armas y algunas prácticas de tiro.

Eran jóvenes humildes, en su mayoría obreros, empleados y algunos campesinos de La Habana y municipios del interior

de la provincia y también de Pinar del Río. Se destacó Artemisa por la cantidad de magníficos combatientes jóvenes que proporcionó, muchos de los cuales fueron cayendo a través de la lucha en los años posteriores. Algunos llegaron a ser héroicos combatientes del Cuartel Moncada, firmes revolucionarios en la cárcel y el exilio, expedicionarios del Granma, valientes oficiales guerrilleros y fundadores del Ejército Rebelde, como Ciro Redondo y Julio Díaz, héroes de nuestra juventud que, como tantos otros, cayeron en la Sierra Maestra, sin poder ver el triunfo de su causa. Como justo homenaje a su memoria, una vez acabada la guerra, después de siete años de ausencia y de luchas incesantes, en hombros de su pueblo fueron trasladados a su ciudad natal de Artemisa. Así eran aquellos jóvenes, hijos de nuestro pueblo humilde que, aquel 28 de enero, iban detrás de Fidel, ya habían recibido alguna instrucción militar, preparándose para el camino de la lucha armada, único que veíamos con posibilidades de éxito. Mientras tanto harían acto de presencia en las manifestaciones, actos, o cualquier otro tipo de lucha contra la tiranía batistiana.

Ya Fidel lo tenía decidido: el motor pequeño sería la toma de la Fortaleza del Moncada, la más alejada de la Capital, la que, una vez en nuestras manos, echaría a andar el motor grande, que sería el pueblo combatiendo, con las armas que capturaríamos, por las leyes y medidas, o sea, el programa que proclamaríamos. Sólo había una parte débil del plan: si fallábamos en la toma del cuartel, todo se vendría abajo. Una cosa dependía de la otra, el motor grande del pequeño; pero era una posibilidad, y detrás de ella nos lanzamos.

Se escogió el 26 de Julio, domingo de Santa Ana, porque, como es sabido, durante esa fecha se encuentra en su mayor auge y desenvolvimiento los Carnavales de Santiago de Cuba. Con tal motivo, miles de cubanos de otras partes del país, incluyendo numerosos turistas de La Habana o santiagueros que, sencillamente, acuden a su ciudad natal para divertirse durante una semana en las tradicionales fiestas populares, lo que haría pasar totalmente desapercibidos a los hombres que se trasladarían desde La Habana hasta Santiago de Cuba como unos turistas más, de la misma forma que facilitaría, con el exceso de pasajeros y equipajes, el traslado de las armas.

Había transcurrido mucho más de un año desde que Fidel inició su tarea de ir aunando en un movimiento, hasta entonces sin nombre y conocido sólo por "El Movimiento", a los mejores de los jóvenes ortodoxos que pudieron tener contacto con él.

Merecería varios capítulos, de un libro que recogiera ampliamente todo ese acontecimiento histórico, la etapa de preparación antes del ataque al Moncada; esta vez me limitaré a señalar los rasgos esenciales.

De todos los recursos económicos con que contaríamos dependían en buena medida los efectivos militares de que dispondríamos, y por lo tanto, la suerte de la operación. Desgraciadamente se reunieron sólo unos veinte mil pesos, después de muchos sacrificios bastando tres ejemplos, por citar compañeros caídos, de como se consiguieron: Elpidio Sosa, vendió su empleo y se presentó ante Fidel con trescientos pesos "para la causa"; Fernando Chenard, que vendió los aparatos de su estudio fotográfico, con el que se ganaba la vida, y Pedro Marrero, que empeñó su sueldo de muchos meses y fue preciso prohibirle que vendiera también los muebles de su casa; y así sucesivamente. Es fácil imaginarse como se recaudaron los fondos, entre los que lo dieron todo y muchos después la vida. No hay con que medir la distancia que separa la actitud patriótica y honrada de estos muchachos de la juventud cubana, con la de aquellos políticos que se gastaban millones en sus campañas electorales y no eran capaces de dar un centavo para liberar la Patria. Y no creo que sería porque tendría la seguridad de que también nos íbamos a liberar de ellos, porque entonces, ni ellos, ni mucho menos "su enemigo" Batista y el imperialismo, se imaginaban lo que vendría después.

Con tan reducidos recursos no eran muchas las armas, ni mucho menos, de calidad que pudiéramos conseguir. Una a una fueron compradas varias docenas de escopetas automáticas de cinco cartuchos calibre 12 y más o menos igual cantidad de pequeños rifles semiautomáticos calibre 22. Sólo conseguimos una ametralladora de mano marca Browning calibre 45 y una carabina M-1, varios rifles Winchester recortados, calibre 44, de los que usan los cow-boys en las películas americanas de la conquista del Oeste y algunas pistolas de variado calibre. Ese era todo nuestro armamento, suficiente,

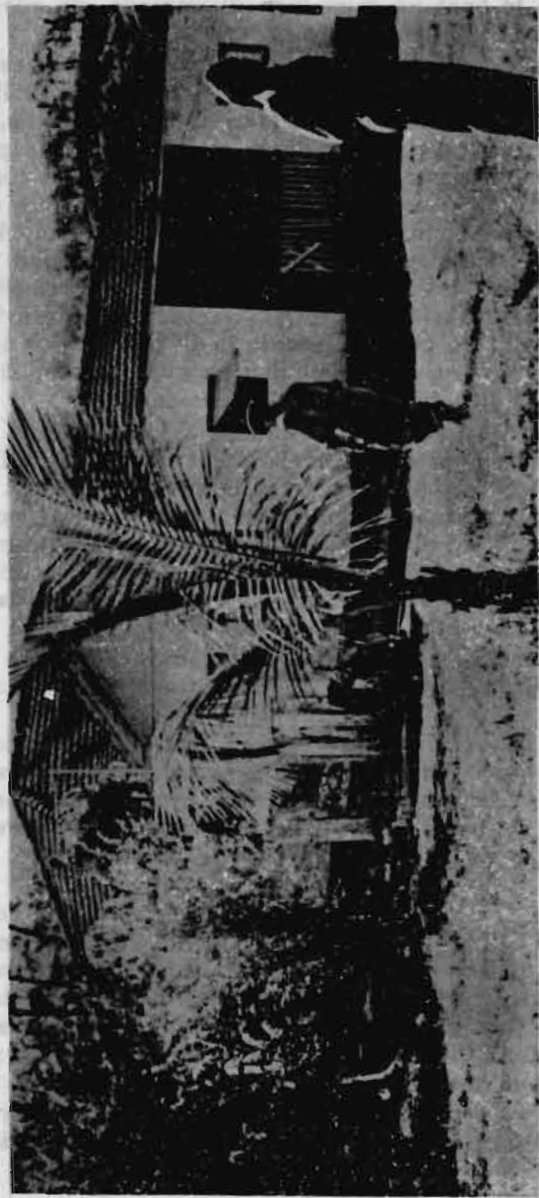
entregándole un arma a cada uno, para armar unos 150 hombres. Semejante armamento era fácil adquirirlo con licencias falsas, usadas una y otra vez, en diferentes armerías, debido a que a pesar de la vigilancia y control de las ventas que sobre las armerías de la Capital mantenía el régimen, nadie iba a imaginarse, por inconcebible, que fuese a ser atacada una fortaleza militar con escopetas de matar pájaros.

Los planes se iban desarrollando en medio de todos los sinsabores y dificultades imaginables de la estrechez económica, la vigilancia gubernamental, que si es cierto que para esa fecha no había adquirido la forma brutal e implacable de persecución sangrienta de los años próximos, no es menos cierto que era necesario conservar todas las reglas y adoptar las mayores medidas de seguridad propias de una lucha clandestina.

Dirigidos por Fidel, funcionaba un pequeño Estado Mayor, compuesto por Abel Santamaría, que era nuestro segundo Jefe, José Luis Tasende, Renato Guitart, Antonio López Fernández (Nico), Pedro Miret y Jesús Montané, de los cuales sólo Fidel y los dos últimos viven aún. Nico López murió en el desembarco del Granma, tres años después.

Entre esos compañeros eran distribuidas las tareas principales. Cada cual desarrollaba sus planes y exclusivamente conocía su tarea. Los demás hombres se agrupaban en células que venían a ser algo así como una escuadra de 7 hombres, después en grupos que comprendían varias escuadras y así sucesivamente.

Duras fueron las condiciones de trabajo en medio de tales circunstancias y no menos duras fueron las condiciones creadas por la hostilidad, humillaciones, subestimación, desprecio y burla que padecíamos en aquel ambiente de la "oposición a Batista", que no se sabe a quién le hacían más oposición, si a Batista o a los que de verdad trabajaban honradamente por hacer algo contra Batista. Aunque el pueblo y casi toda la juventud había estado perdiendo la fe en ellos, aún había muchos "jefazos" llenos de la "dignidad del quietismo", muchos altaneros que nos miraban por arriba de los hombros, sobre todo a Fidel, muchos vanidosos y estrategas tomadores de café en conocidos restaurantes, los que sobre las servilletas que les entregaban para limpiarse la boca, trazaban los planes y las soluciones de los males de Cuba,



Vista parcial de la finca "Siboney"; lugar de donde partieron los combatientes revolucionarios para realizar el ataque al Moncada.

todo sobre la base no muy bien disimulada, de sus futuras y personales aspiraciones.

Pero siguieron los planes adelante haciendo caso omiso a esas pequeñeces de los que, con el fragor de la lucha, la caída de Batista y el advenimiento de la Revolución, se desmoronarían sus pedestales de barro y serían incapaces de soportar, comprender, y mucho menos asimilar la tempestad revolucionaria que en el transcurso de los próximos años los abatiría a todos en nuestro país: a ellos pseudo-revolucionarios, a Batista y al imperialismo. Perder la oportunidad y el camuflaje que nos brindaban los carnavales santiagueros, equivalía a tener que esperar otro año o intentar una movilización semejante, que no hubiera pasado inadvertida a los ojos alertas de la dictadura, en una ciudad pequeña como Santiago, si no es con la justificación antes mencionada.

En Santiago, sólo se contaba con el joven Renato Guitart. Era suficiente, por ahora. Para los trabajos a realizar allí se alquiló una pequeña finca con el pretexto de una pollería (hoy en la actualidad es una pollería de verdad) por la carretera que va de Siboney a Santiago, a unos 15 minutos en automóvil del último punto, donde se iban recibiendo y guardando en un pozo abandonado las armas que llegaban de La Habana, por las más diferentes vías y métodos.

En esta misma finca nos reuniríamos la víspera del ataque para recibir las armas, los uniformes y las últimas instrucciones.

Se alquilaron algunas casas en Santiago de Cuba, donde serían recibidos los combatientes y hasta se prepararon sin la menor precaución con pequeñas camas para dormir, ya "que estaban listas para albergar a numerosos jóvenes habaneros que en excursión venían a participar de los carnavales".

Dirigidos por el compañero Renato Guitart, conocedor de su ciudad natal, se iba acumulando información, movimientos y planos de la fortaleza militar, parejamente y en menor escala, trabajos similares se iban haciendo en la ciudad de Bayamo y se iban obteniendo datos de la sede del escuadrón militar de esta ciudad que, desde hacía cerca de un siglo, no veía librar en sus calles un combate por la Libertad.

Se iban aproximando los Carnavales de Santiago y, con ellos, la "hora cero", lo que en el argot revolucionario quería

decir la proximidad de una acción importante. Con ritmo acelerado se iban haciendo los preparativos finales. En diferentes grupos iban partiendo los "excursionistas para los carnavales". Unos en ómnibus, otros por tren, el resto en algunos automóviles, alquilados o prestados, tomaban rumbo a la capital oriental unos 165 jóvenes, un médico y dos muchachas: Haydée Santamaría y Melba Hernández. Por cada uno de los que vino se quedaron 20 entrenados en La Habana y Pinar del Río que, por falta de armas, tenían que quedarse. Si hubiésemos tenido más recursos, utilizando el pretexto de los carnavales, de la misma forma que fueron 165 pudieron haber ido 1,650, aunque para haber obtenido un resultado victorioso en la acción, con mucho menos lo hubiéramos logrado.

EL ATAQUE AL MONCADA

Durante la noche del día 25 de julio, con el pueblo de Santiago de Cuba en medio de las calles, celebrando sus fiestas tradicionales, iban los combatientes que salían de los hoteles, donde se habían hospedado y casas previamente alquiladas, marchando en pequeños grupos, en automóviles, hacia la "pollería" en la carretera de Siboney. A media noche estábamos todos reunidos en la pequeña casa de madera con piso de mosaico, con la excepción de las disimuladas postas que mantenían la vigilancia y protección del lugar.

Nos vestimos con los uniformes militares, idénticos a los del Ejército de la tiranía, camisa y pantalón color amarillo, gorra de visera del mismo color, algunos con la corbata reglamentaria para este tipo de uniforme. Vestíamos igual que ellos para aumentar la confusión del enemigo; lo único que desentonaba con aquella indumentaria militar, casi perfecta, eran los escopetones con perdigones o los pequeños rifles calibre 22, idénticos a esos que se utilizan en los salones de tiro al blanco, existentes en algunas ciudades.

Una vez listos, desenvueltos estos últimos minutos dentro del más riguroso silencio, en voz baja Fidel nos expuso el plan, en sentido general, y las tareas específicas a los diferentes grupos que tenían que cumplirlas.

En su discurso frente al Tribunal que lo juzgara más tarde, declaraba textualmente:

"La movilización final de hombres que vinieron a esta provincia desde los más remotos pueblos de toda la Isla, se

llevó a cabo con admirable precisión y absoluto secreto. Es cierto, igualmente que el ataque se realizó con magnífica coordinación. Comenzó simultáneamente a las 5:15 a.m. tanto en Bayamo como en Santiago de Cuba, y uno y otro, con exactitud de minutos y segundos prevista de antemano, fueron cayendo los edificios que rodean el campamento. Sin embargo, en aras de la estricta verdad, aun cuando disminuya nuestro mérito, voy a revelar por primera vez también otro hecho que fue fatal; la mitad del grueso de nuestras fuerzas y la mejor armada, por un error lamentable, se extravió a la entrada de la ciudad, y nos faltó en el momento decisivo. Abel Santamaría, con 21 hombres, había ocupado el Hospital Civil; iban también con él para atender a los heridos un médico y dos compañeras nuestras (Mario Muñoz, Haydée Santamaría y Melba Hernández, N. del A.); Raúl Castro, con 7 hombres, ocupó el Palacio de Justicia; y a mí me correspondió atacar el campamento con el resto, 95 hombres. Llegué con un primer grupo de 45, presidido por una vanguardia de 8 que forzó la posta 3. Fue aquí precisamente donde se inició el combate al encontrarse mi automóvil con una patrulla de recorrido exterior, armada de ametralladoras. El grupo de reserva, que tenía casi todas las armas largas, pues las otras iban a la vanguardia, tomó por una calle equivocada y se desvió por completo dentro de una ciudad que no conocían. Debo aclarar que no albergo la menor duda sobre el valor de esos hombres que, al verse extraviados, sufrieron gran angustia y desesperación. Debido al tipo de acción que se estaba desarrollando y al idéntico color de los uniformes en ambas partes combatientes, no era fácil restablecer el contacto. Muchos de ellos, detenidos más tarde recibieron la muerte con verdadero heroísmo”.

Sigue expresando Fidel: “Considerando las causas del fracaso táctico, aparte del error mencionado, estimo que fue una falta nuestra dividir la unidad de comando que habíamos entrenado cuidadosamente. De nuestros mejores hombres y más audaces jefes, había 27 en Bayamo, 21 en el Hospital Civil y 7 en el Palacio de Justicia; de haberse hecho otra distribución, el resultado pudo haber sido distinto. El choque con la patrulla (totalmente casual, pues 20 segundos antes o 20 segundos después no habría estado en ese punto), dio tiempo a que se movilizara el campamento, que, de otro modo,

habría caído en nuestras manos sin disparar un tiro, pues ya la posta estaba en nuestro poder. Por otra parte, salvo los fusiles calibre 22, que estaban bien provistos de parque, el parque de nuestro lado era escasísimo. De haber tenido nosotros granadas de mano, no hubieran podido resistir quince minutos”.

“Cuando me convencí de que todos los esfuerzos eran ya inútiles para tomar la fortaleza, comencé a retirar a nuestros hombres en grupos de 8 y 10. La retirada fue protegida por 6 franco-tiradores, que, al mando de Pedro y de Fidel Labrador, le bloquearon heroicamente el paso al Ejército. Nuestras pérdidas en la lucha habrían sido insignificantes; el 95 por ciento de nuestros muertos fue producto de la crueldad y la inhumanidad cuando aquélla hubo cesado. El grupo del Hospital Civil no tuvo más que una baja; el resto fue copado al situarse las tropas frente a la única entrada del Edificio, y sólo depositaron las armas cuando no les quedaba una bala. Con ellos estaba Abel Santamaría, el más generoso, querido e intrépido de nuestros jóvenes, cuya gloriosa resistencia lo inmortaliza ante la Historia de Cuba. Ya veremos la suerte que corrieron y cómo quiso escarmentar Batista la rebeldía y heroísmo de nuestra juventud”.

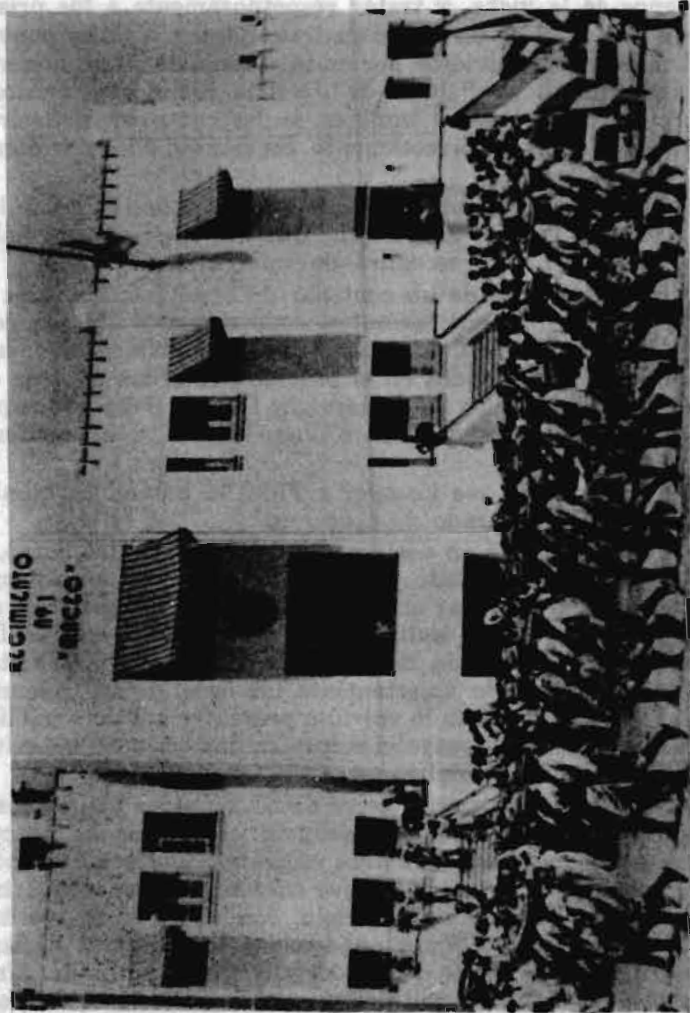
El grupo de reserva a que hace Fidel alusión y que se extravió, más tarde pudimos comprobar que se perdió en la ciudad; porque el automóvil que iba al frente del mismo desertó y, en su huida, se llevó el resto de los compañeros. Cuando se vinieron a dar cuenta estaban alejados del cuartel en una ciudad que no conocían. Es decir que los hombres que atacaron al Moncada, contando los 21 del Hospital Civil, los 7 del Palacio de Justicia y los ocho que tomaron la posta tres, más los 45, al frente de los cuales iba Fidel fueron en total: 87 hombres.

De acuerdo con los planes de proseguir la lucha en las montañas si fracasaba el ataque, una vez de vuelta en la finca Siboney, Fidel reunió algunos hombres, en total unos 18, con las armas y el parque que quedaba. Durante una semana ocuparon la parte alta de la cordillera de La Gran Piedra y el Ejército ocupó la base. Ni unos podían bajar, ni los del Ejército se decidían a subir. En medio de un terreno con muy escasa vegetación, sin agua, el hambre y la sed fueron venciendo la última resistencia. Fidel tuvo necesidad

de ir distribuyendo a los hombres en pequeños grupos, consiguiendo algunos filtrarse entre las líneas del Ejército. Cuando sólo quedaban con Fidel dos compañeros, José Suárez y Oscar Alcalde, totalmente extenuados los tres, al amanecer del sábado 1.º de agosto, una fuerza al mando del Teniente Sarría, los sorprendió durmiendo. Ya la matanza de prisioneros había cesado por la tremenda reacción que provocó en la ciudadanía, y este oficial, hombre de honor, impidió que algunos matones nos asesinasen en pleno campo con las manos atadas.

Al día siguiente del ataque al Moncada, Batista habló a la Nación desde La Habana. Meses después durante la denuncia de Fidel ante el Tribunal que lo juzgara, preguntaba: "El 27 de julio, en su discurso del Polígono Militar, Batista dijo que los atacantes habíamos tenido 32 muertos; al finalizar la semana los muertos ascendían a más de 80. ¿En qué batallas, en qué lugares, en qué combates murieron esos jóvenes? Antes de hablar Batista se habían asesinado más de 25 prisioneros; después que habló Batista se asesinaban 50".

Aquella mañana del 26, el primer prisionero asesinado por la espalda fue nuestro médico Mario Muñoz, aunque la verdadera matanza de prisioneros no empezó hasta las tres de la tarde, hora en que llegó de La Habana el general Martín Díaz Tamayo, quien trajo instrucciones concretas salidas de una reunión donde se encontraban Batista, el Jefe del Ejército, del SIM, el propio Díaz Tamayo y otros. Dijo que "era una vergüenza y un deshonor para el Ejército haber tenido en el combate tres veces más bajas que los atacantes y que había que matar 10 prisioneros por cada soldado muerto"; orden que inmediatamente empezaron a cumplir con todos los que iban cayendo prisioneros. Como el propio Fidel denunciara: "No se mató durante un minuto, una hora o un día entero, sino que en una semana completa, los golpes, las torturas, los lanzamientos de azoteas y los disparos no cesaron un instante como instrumentos de exterminio manejados por artesanos perfectos del crimen. El Cuartel Moncada se convirtió en un taller de tortura y de muerte, y unos hombres indignos convirtieron el uniforme militar en delantales de carniceros. Los muros se salpicaron de sangre; en las paredes las balas quedaron incrustadas con fragmentos de piel; sesos y cabellos humanos chamusqueados por los disparos



Así lucía la fortaleza del Cuartel Moncada en tiempos de la tiranía, cuando fue atacada por los combatientes de la Revolución.

a boca de jarro, y el césped se cubrió de obscura y pegajosa sangre”.

Todos nosotros teníamos instrucciones precisas de ser humanos en la lucha, y tratar respetuosamente a los prisioneros. Al frente de un grupo de tres, Ramiro Valdés, penetró en una barraca y tuvieron por un rato cerca de 50 prisioneros; los que fuimos al Palacio de Justicia hicimos 9 prisioneros; y en otros lugares también se les capturó prisioneros; a todos se les trató correctamente. En cambio ellos nos dieron un pago diferente.

El 21 de septiembre se inició la primera sesión del Juicio en el mismo Palacio de Justicia, que dos meses antes, había tomado yo con una escuadra de combatientes.

Habíamos más de un centenar de acusados, sentados en el banquillo entre combatientes, sospechosos y líderes políticos de diferentes Partidos que, intencionadamente, fueron detenidos e introducidos en el proceso por orden expresa del Gobierno. Entre ellos se destacaban Lázaro Peña y Joaquín Ordoqui. Otros acusados, como Juan Marinello, no pudieron ser detenidos.

Durante todo ese tiempo, a Fidel lo habían mantenido incomunicado, separado de nosotros.

Fue el primero en declarar, por espacio de dos horas, al día siguiente. Autorizado por el Tribunal a ejercer su propia defensa, ocupó un lugar entre los Abogados Defensores, y sus interrogatorios a los testigos, que desfilaban frente al Tribunal, ya iba poniendo en claro algunos de los asesinatos; por lo que, violando abiertamente las órdenes del Tribunal, el Coronel Chaviano no lo volvió a presentar a Juicio público. De ese modo fue desenvolviéndose en las sesiones sucesivas sin la presencia de Fidel.

Siguiendo su ejemplo, cerca de 30 acusados utilizamos el banquillo como tribuna de denuncia y, después de aceptar nuestra responsabilidad, íbamos señalando uno por uno todos los asesinatos y la forma en que fueron torturados nuestros compañeros. Al concluir el Juicio, con una derrota política para la Dictadura, fuimos condenados los que nos declaramos culpables, a penas de 13, 10 y 3 años de prisión. Unos días después, fuimos remitidos por avión al Reclusorio Nacional de Isla de Pinos. En Santiago quedaba Fidel incomunicado, el que días más tarde, a mediados de octubre, sería juzgado en

juicio a puertas cerradas en un cuarto del Hospital Civil, en el que como único público tendría a los numerosos soldados que le servían de escolta.

En esa oportunidad y haciendo uso de la palabra en su condición de Abogado que asumía su propia defensa, pensando que jamás el pueblo se enteraría de lo que allí decía, lo dejaron hablar libremente. Pronunció un valiente discurso que constituyó un formidable alegato y, como suele suceder en estos casos en que la razón la ponen en el banquillo de los acusados, se convirtió en el acusador.

PROGRAMA DEL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO

En el presente artículo, hemos hecho mención de dicho discurso en lo que respecta a la acción misma del ataque al Moncada y en lo referente a los asesinatos posteriores que con nuestros compañeros cometieron los esbirros de la Tiranía. Faltaba entre las cosas importantes que señalara, el programa que allí expuso a nombre del naciente Movimiento Revolucionario, que con la fecha del ataque al Moncada, en lo sucesivo se llamaría "26 de Julio".

El ataque al Moncada no era una acción encaminada solamente al derrocamiento de la tiranía, ni mucho menos independiente de la situación económica y social que padecía nuestro país.

Precisamente se apoyaba en el repudio total a Batista, a su Gobierno y a lo que éste representaba. Se acentuaba la crisis general de nuestra estructura semicolonial, el desempleo aumentaba; los trabajadores, los campesinos, todos los sectores populares de nuestro país, manifestaban gran descontento, del que no era ajena nuestra burguesía, como consecuencia del estancamiento económico que padecíamos, y la competencia ruinosa que hacían los voraces monopolios imperialistas yanquis, los que no se inquietaban demasiado por los descontentos de la burguesía, sabedores que ésta se encuentra paralizada por el temor que tiene, sobre todo en América Latina, a que la clase obrera y los campesinos encabezen la lucha patriótica y democrática y alcancen el poder. Los monopolios imperialistas yanquis confiaban en que en la crisis la burguesía nacional se pondría a su lado contra la Soberanía y la Independencia de la Patria.

Actuábamos convencidos de que nuestra acción tomando el Moncada, atacando simultáneamente el cuartel de Bayamo, con la intención de situar nuestras avanzadas junto al Río Cauto, armando al pueblo con las armas arrancadas a los soldados de la Dictadura, cortando los puentes de la carretera y el ferrocarril, ocupando el aeropuerto, las estaciones de radio, dirigiéndonos al pueblo con un programa cuya aplicación hubiera sido inmediata en el territorio que estuviera bajo nuestro control, de beneficio para obreros y campesinos, profesionales, pequeña burguesía y capas medias urbanas, etc., sería la chispa que desatará la tempestad revolucionaria por todo el país.

Y estas razones fundamentales de nuestra lucha no podrían faltar en el combativo discurso de defensa, acusación y programa que ante los intranquilos Jueces (que horas después lo condenarían a 15 años de prisión) y los soldados atentos y boquiabiertos que lo custodiaban, pronunciaba Fidel el día del Juicio.

En medio del silencio absoluto se escuchaba con fluidez la palabra de Fidel. ¡Qué lejos de imaginarse estaban entonces aquellos Jueces y soldados de que aquellas palabras de un prisionero, que estaba siendo juzgado en forma secreta como para que nadie se enterara de lo que allí se decía, años más tarde, para bien del pueblo, se convertirían en Leyes de la Nación!

“Dije que las segundas razones en que se basaba nuestra posibilidad de éxito —subrayó Fidel— eran de orden social, porque teníamos la seguridad de contar con el pueblo. Cuando hablamos de lucha, la gran masa irredenta, a la que todos ofrecen y a la que todos engañan y traicionan, la que anhela una Patria mejor y más digna y más justa; la que está movida por ansias ancestrales de justicia por haber padecido la injusticia y la burla generación tras generación, la que ansía grandes y sabias transformaciones en todos los órdenes y está dispuesta a dar para lograrlo, cuando crea en algo o en alguien, sobre todo cuando crea suficientemente en sí misma, hasta la última gota de sangre. La primera condición de la sinceridad y de la buena fe en un propósito, es hacer, precisamente, lo que nadie hace, es decir, hablar con entera claridad y sin miedo. Los demagogos y los politiqueros de profesión quieren obrar el milagro de estar bien en todo y

con todos, engañando necesariamente a todos en todo. Los revolucionarios han de proclamar sus ideas valientemente, definir sus principios y expresar sus intenciones para que nadie se engañe, ni amigos ni enemigos.

“Nosotros llamamos pueblo, si de lucha se trata, a los seiscientos mil cubanos que están sin trabajo deseando ganarse el pan honradamente sin tener que emigrar de su patria, en busca de sustento; a los quinientos mil obreros del campo que habitan en los bohíos miserables, que trabajan cuatro meses al año y pasan hambre el resto compartiendo con sus hijos la miseria, que no tienen una pulgada de tierra para sembrar y cuya existencia debiera mover más a compasión, si no hubiera tantos corazones de piedra; a los cuatrocientos mil obreros industriales y braceros cuyos Retiros, todos, están desfalcados, cuyas conquistas les están arrebatando, cuyas viviendas son las infernales habitaciones de las cuarterías, cuyos salarios pasan de las manos del patrono a las del garrotero, cuyo futuro es la rebaja y el despido, cuya vida es el trabajo perenne y cuyo descanso es la tumba; a los cien mil agricultores pequeños que viven y mueren trabajando una tierra que no es suya, contemplándola siempre tristemente como Moisés a la tierra prometida, para morir sin llegar a poseerla, que tienen que pagar por sus parcelas como siervos feudales, una parte de sus productos, que no pueden amarla ni mejorarla, ni embellecerla, plantar un cedro o un naranjo, porque ignoran el día que vendrá un Alguacil con la Guardia Rural a decirles que tienen que irse; a los treinta mil maestros y profesores tan abnegados, sacrificados y necesarios al destino mejor de las futuras generaciones y que tan mal se les trata y se les paga; a los veinte mil pequeños comerciantes abrumados de deudas, arruinados por las crisis y rematados por una plaga de funcionarios filibusteros y venales; a los diez mil profesionales jóvenes: médicos, ingenieros, abogados, veterinarios, pedagogos, dentistas, farmacéuticos, periodistas, pintores, escultores, etc., que salen de las aulas con sus títulos deseosos de luchar y llenos de esperanza para encontrarse en un callejón sin salida, cerradas todas las puertas, sordas al clamor y a la súplica. ¡Ese es el pueblo, el que sufre todas las desdichas y es por tanto capaz de pelear con todo coraje! A ese pueblo, cuyos caminos de angustia están empedrados de engaños y falsas promesas, no le íbamos a

decir: "Te vamos a dar, sino: ¡Aquí tienes, lucha ahora con todas tus fuerzas para que sea tuya la libertad y la felicidad!".

"Quizás luzca fría y teórica esta exposición si no se conoce la espantosa tragedia que está viviendo el país en estos seis órdenes, sumada a la más humillante opresión política.

"El 85 por ciento de los pequeños agricultores cubanos está pagando renta y vive bajo la perenne amenaza del desalojo de sus parcelas. Más de la mitad de las mejores tierras de producción cultivadas, está en manos extranjeras. En Oriente, que es la provincia más ancha, las tierras de la United Fruit Company y la West Indies unen la costa norte con la costa sur. Hay doscientas mil familias campesinas que no tienen una vara de tierra donde sembrar unas viandas para sus hambrientos hijos y, en cambio permanecen sin cultivar, en manos de poderosos intereses, cerca de trescientas mil caballerías de tierras productivas. Si Cuba es un país eminentemente agrícola, si su población es en gran parte campesina, si la ciudad depende del campo, si el campo hizo la independencia, si la grandeza y prosperidad de nuestra Nación depende de un campesinado saludable y vigoroso que ame y sepa cultivar la tierra, de un Estado que lo proteja y lo oriente, ¿cómo es posible que continúe este estado de cosas?"

"Salvo unas cuantas industrias alimenticias, madereras y textiles, Cuba sigue siendo una factoría productora de materias primas. Se exporta azúcar para importar caramelos, se exportan cueros para importar zapatos, se exporta hierro para importar arados. . . Todo el mundo está de acuerdo en que la necesidad de industrializar al país es urgente, que hacen falta industrias metalúrgicas, industrias de papel, industrias químicas, que hay que mejorar las crías, los cultivos, la técnica y elaboración de nuestras industrias alimenticias para que puedan resistir la competencia ruinosa que hacen las industrias europeas de queso, leche condensada, licores y aceites y las de conservas norteamericanas, que necesitamos barcos mercantes, que el turismo podría ser una enorme fuente de riqueza; pero los poseedores del capital exigen que los obreros pasen bajo las horcas caudinas, el Estado se cruza de brazos y la industrialización espera por las calendas griegas".

“Tanto grave o peor es la tragedia de la vivienda. Hay en Cuba doscientos mil bohíos y chozas; cuatrocientas mil familias del campo y de la ciudad viven hacinadas en barracones; cuarterías y solares sin las más elementales condiciones de higiene y salud; dos millones doscientas mil personas de nuestra población urbana pagan alquileres que absorben entre un quinto y un tercio de sus ingresos; y dos millones ochocientas mil de nuestra población rural y suburbana carecen de luz eléctrica. Aquí ocurre lo mismo: si el Estado se propone rebajar los alquileres los propietarios amenazan con paralizar todas las construcciones; si el Estado se abstiene, construyen mientras pueden percibir un tipo elevado de renta; después no colocan una piedra más; aunque el resto de la población viva a la intemperie; otro tanto hace el monopolio eléctrico; extiende las líneas hasta el punto donde puede percibir una utilidad satisfactoria, a partir de allí no le importa que las personas vivan en las tinieblas por el resto de sus días. El Estado se cruza de brazos y el pueblo sigue sin casas y sin luz. . .” “El porvenir de la nación y la solución de sus problemas no puede seguir dependiendo del interés egoísta de una docena de financieros, de los fríos cálculos sobre ganancias que tracen en sus despachos de aire acondicionado diez o doce magnates. El país no puede seguir de rodillas implorando los milagros de unos cuantos becerros de oro, que como aquél del antiguo testamento que derribó la ira del profeta, no hacen milagros de ninguna clase. Los problemas de la República sólo tienen solución si nos dedicamos a luchar por ella con la misma energía, honradez y patriotismo que invirtieron nuestros libertadores en crearla. Y no es con estadistas al estilo de Carlos Saladrigas, cuyo estadismo consiste en dejarlo todo cual está y pasarse la vida farfullando sandeces sobre la “libertad absoluta de empresas”, “garantías al capital de inversión” y “la ley de la oferta y la demanda”, como habrán de resolverse tales problemas. En un palacete de la Quinta Avenida, estos ministros pueden charlar alegremente hasta que no quede ya ni el polvo de los huesos, de los que hoy reclaman soluciones urgentes. Y en el mundo ningún problema social se resuelve por generación espontánea”. Un Gobierno Revolucionario después de asentar sobre sus parcelas con carácter de dueños a los cien mil agricultores pequeños que hoy pagan rentas,

procedería a concluir definitivamente el problema de la tierra, primero, estableciendo como ordena la Constitución un máximo de extensión para cada tipo de empresa agrícola y adquiriendo el exceso por vía de expropiación reivindicando las tierras usurpadas al Estado, desecando marismas y terrenos pantanosos, plantando enormes viveros y reservando zonas para la repoblación forestal; segundo: repartiendo el resto disponible entre familias campesinas con preferencia a las más numerosas, fomentando cooperativas de agricultores para la utilización común de equipos de mucho costo, frigoríficos y una misma dirección profesional técnica en el cultivo y la crianza y facilitando, por último, recursos, equipos, protección y conocimientos útiles al campesinado.

“Un Gobierno Revolucionario resolvería el problema de la vivienda rebajando resueltamente el 50 por ciento de los alquileres, eximiendo de toda contribución a las casas habitadas por sus propios dueños, triplicando los impuestos sobre las casas alquiladas, demoliendo las infernales cuarterías para levantar en su lugar edificios modernos de muchas plantas y financiando la construcción de viviendas en toda la isla en escala nunca vista, bajo el criterio de que si lo ideal en el campo es que cada familia posea su propia parcela, lo ideal en la ciudad es que cada familia viva su propia casa o apartamento. Hay piedra suficiente y brazos de sobra para hacerle a cada familia cubana una vivienda decorosa. Pero si seguimos esperando por los milagros del becerro de oro, pasarán mil años y el problema estará igual. Por otra parte las posibilidades de llevar corriente eléctrica hasta el último rincón de la Isla son mayores que nunca, por cuanto es ya una realidad la aplicación de la energía nuclear .

Fidel resumía en sus conclusiones: “El problema de la tierra, el problema de la industrialización, el problema de la vivienda, el problema del desempleo, el problema de la educación y el problema de la salud del pueblo; he ahí concretados los seis puntos a cuya solución se hubieran encaminado resueltamente nuestros esfuerzos, juntos con la conquista de las libertades públicas y la democracia política.”

No dejó Fidel de señalar en su discurso, entre otras cosas, que una vez alcanzado el triunfo, se depuraría el Poder Judicial, se confiscarían los bienes a todos los malversadores, se castigaría ejemplarmente a todos los autores de asesinatos

políticos, se nacionalizaría el Trust Eléctrico y el Trust Telefónico, la devolución al pueblo del exceso ilegal que han estado cobrando en sus tarifas y el pago al fisco de todas las cantidades que han burlado a la Hacienda Pública, aunque la nacionalización en sí misma, unida a la rebaja de las tarifas eléctricas y telefónicas compensaban los dos últimos puntos.

El programa de los combatientes del Moncada, con los reajustes necesarios que el desarrollo del proceso revolucionario nos impuso una vez en el Poder, está siendo aplicado en su totalidad y los frutos rápidamente obtenidos están a la vista de todos.

JALON HACIA LA LIBERACION NACIONAL Y EL SOCIALISMO

Echando un vistazo hacia atrás, comprendemos que nuestra Revolución ha avanzado más rápidamente de lo que todos nosotros calculamos. El decadente imperialismo yanqui no tardó en abrirnos fuego con todos los recursos de su inmenso poderío, en escala cada vez más violenta; el Pueblo cubano, que recuerda con tristeza el pasado, admira el presente de progreso que ha de conducirlo a un futuro plenamente feliz, aferrado con firmeza a sus conquistas, luchando y dispuesto a luchar con toda la tenacidad que fuera necesario. "Sorprendido por un flanco" —como dijera Fidel— en la guerra abierta que el imperialismo nos ha decretado, nuestro pueblo, por salvar su Revolución, se ha visto obligado, frente a cada golpe, a contratacar con otro golpe, y frente a cada agresión, a dar un paso al frente, por lo que "gracias al imperialismo", en un breve período de dos años, con rapidez incalculable, al reivindicar la plena soberanía nacional, nacionalizar las empresas y latifundios yanquis y liberarnos del monopolio del comercio exterior norteamericano, cumplíamos a cabalidad la tarea nacional-liberadora de la primera etapa de nuestra Revolución.

Con la Reforma Agraria, eliminando el latifundismo y entregando la tierra a los campesinos y obreros agrícolas, concluimos la tarea antifeudal y democrática de la revolución. Ya con la nacionalización de las empresas extranjeras y con la realización de la Reforma Agraria, la Revolución realizaba, aun en su primera etapa, tareas de la revolución socialista,

si se tiene en cuenta que las empresas nacionalizadas pasaron a ser propiedad de todo el pueblo y que la reforma agraria condujo a la constitución de numerosas cooperativas y granjas del pueblo. Con la nacionalización de las grandes empresas nacionales, la revolución entra definitivamente en la etapa socialista. Así, cuando en la tarde del 16 de abril de 1961, Fidel proclamó el carácter socialista de la Revolución, no había hecho otra cosa que ponerle el nombre a un niño que ya había nacido.

El acontecimiento tenía especial importancia continental, porque era el primer país de América Latina que lograba alcanzar el inicio de meta tan codiciada y necesaria para el progreso de nuestros pueblos. Los años próximos dirán la última palabra y por mucho que pretendan evitarlo los imperialistas, las repercusiones de la Revolución Socialista cubana harán temblar todo el viejo andamiaje de explotación de América Latina.

El ataque al Moncada falló y el motor pequeño en ese momento no pudo echar a andar al grande. No pudimos vencer de entrada y fueron prolongándose los años de lucha, que resultaron de vital importancia para forjar bajo el fuego a la nueva generación, de donde surgirían probados y valiosos cuadros. Un año después del Moncada caía abatida por el imperialismo la Guatemala progresista de Jacobo Arbenz. Entre tanto los años mencionados fueron fortaleciendo paulatinamente a los países amantes de la Paz y del Campo Socialista, encabezados por la poderosa y fiel amiga Unión Soviética, haciéndose aún más favorable la correlación de fuerzas internacionales para la victoria contra el imperialismo. Si no fuese así, si no pudiéramos contar con la ayuda de esas fuerzas, el imperialismo hubiera hecho pagar a nuestro pueblo un río interminable de sangre, por haber tenido la audacia de sublevarse contra la explotación.

Para llegar a nuestros días, fueron de vital importancia los resultados históricos de aquel fracasado ataque al Cuartel Moncada: En primer lugar, inició un período de lucha armada que no terminó hasta la derrota de la tiranía.

En segundo lugar, creó una nueva dirección y una nueva organización que repudiaban el quietismo y el reformismo, que eran combatientes y decididas y que en el propio juicio levantaban un programa con las más importantes demandas

de la transformación económica-social y política exigida por la situación de Cuba y que, como consecuencia, rechazaban el plattismo de los viejos dirigentes que fueron dejados atrás, perdiendo influencia entre las masas.

Como una muestra concreta de tal pérdida, apareció en la sección "Cabalgata Política" de la revista Bohemia de fecha 4 de diciembre de 1955 lo siguiente: "Fidel Castro resulta un competidor demasiado peligroso para ciertos Jefes de la Oposición que durante estos tres años y medio no han acertado a tomar una postura correcta ante la situación cubana. Esos jefes lo saben muy bien. Se sienten ya desalojados por el volumen que va alcanzando el Movimiento Revolucionario 26 de Julio en la batalla anti-batistiana. La reacción lógica de los políticos ante ese hecho evidente debiera ser enfrentar una acción política resuelta a la acción revolucionaria del fidelismo."

En tercer lugar, destacó a Fidel Castro, como el dirigente y organizador de la lucha armada y de la acción política radical del pueblo de Cuba.

Y en cuarto lugar, sirvió de antecedente y experiencia para la organización de la expedición del Granma y la acción guerrillera de la Sierra Maestra.

Fidel no se eleva a la dirección nacional de Cuba sólo porque demostrara valor y arrojo, firmeza y decisión en la organización del asalto al Cuartel Moncada, sino porque expuso, junto a eso, el programa de la Patria, el programa del Pueblo. Y no sólo expuso ese programa sino que demostró la voluntad de realizarlo y enseñó el camino para conquistarlo.

Si Carlos Marx dijo de los comuneros de París "que intentaron tomar el cielo por asalto", del ataque al Moncada por varias docenas de jóvenes armados con escopetas de matar pájaros, alguien debiera decir que "trataron de tomar el cielo por sorpresa". Años después, en el Granma, vendría de nuevo el motor pequeño; habían madurado más las condiciones; no volvimos a confiarnos a los resultados exclusivos de una acción, haciendo depender los demás planes de los resultados de aquélla, sino en forma tal, que uno o varios fallos no hicieran fracasar la empresa. Y a pesar de los primeros y serios reveses que sufrimos los expedicionarios del Granma al inicio de la lucha guerrillera, la tenacidad y firmeza de Fidel al inculcarle a los pocos y primeros combatientes la idea de no

darnos nunca por vencidos, mantuvo las guerrillas durante los primeros tiempos, logró el apoyo de los campesinos y los obreros agrícolas primero, de la clase obrera y el resto del pueblo después. Todo esto constituyó el motor grande que hizo caer a la Tiranía e iniciar la Revolución. No fue aquella mañana de julio de 1953, sino el Primero de Enero de 1959, cuando con una base firme, iniciamos la conquista del Cielo, aquel que para un verdadero revolucionario, para un marxista-leninista, se conquista aquí en la Tierra: el Progreso, el Bienestar y la Felicidad de nuestro pueblo.

El 26 de Julio es una gran efemérides de la Revolución.

El 26 de Julio es una gran fecha en la Historia de nuestra Patria.

El 26 de Julio se prolonga en el Granma, en la Sierra, en el llano; se materializa en Enero de 1959, en el 17 de Mayo de la Reforma Agraria, en la Reforma Urbana, en los cuarteles transformados en Escuelas, en la Nacionalización de los pulpos de la electricidad y los teléfonos, los Bancos, los Centrales Azucareros y demás grandes Industrias y Empresas del País, lo que permitió a la Revolución tomar en sus manos todos los principales resortes de nuestra Economía, medida elemental para fortalecernos y seguir avanzando en medio de las circunstancias que nos rodean. Se enlaza y se continúa con la Declaración de La Habana, con la Victoria de Playa Girón y con la proclamación del carácter socialista de nuestra Revolución, que realiza en nuestra querida tierra cubana el más alto y querido ideal de la Sociedad Humana: ACABAR CON LA EXPLOTACION DEL HOMBRE POR EL HOMBRE.

histórica
narración
de fidel castro

(fragmentos de
“la historia me absolverá”)

MENTIRAS Y CALUMNIAS DE LA TIRANIA.—NUESTROS PLANES.—LAS POSIBILIDADES DE EXITO: EL PUEBLO.—REPRESION SANGRIENTA Y CRIMINAL.—“CONDENADME, NO IMPORTA...”

III

MENTIRAS Y CALUMNIAS DE LA TIRANIA

Escuché al Dictador el lunes 27 de julio, desde un bohío de las montañas, cuando todavía quedábamos 18 hombres sobre las armas. No sabrán de amarguras e indignaciones en la vida los que no hayan pasado por momentos semejantes. Al par que rodaban por tierra las esperanzas tanto tiempo acariciadas de libertar a nuestro pueblo, veíamos al déspota erguirse sobre él, más ruin y soberbio que nunca. El chorro de mentiras y calumnias que vertió en su lenguaje torpe, odioso y repugnante, sólo puede compararse con el chorro enorme de sangre joven y limpia que desde la noche antes estaba derramando, con su conocimiento, consentimiento,

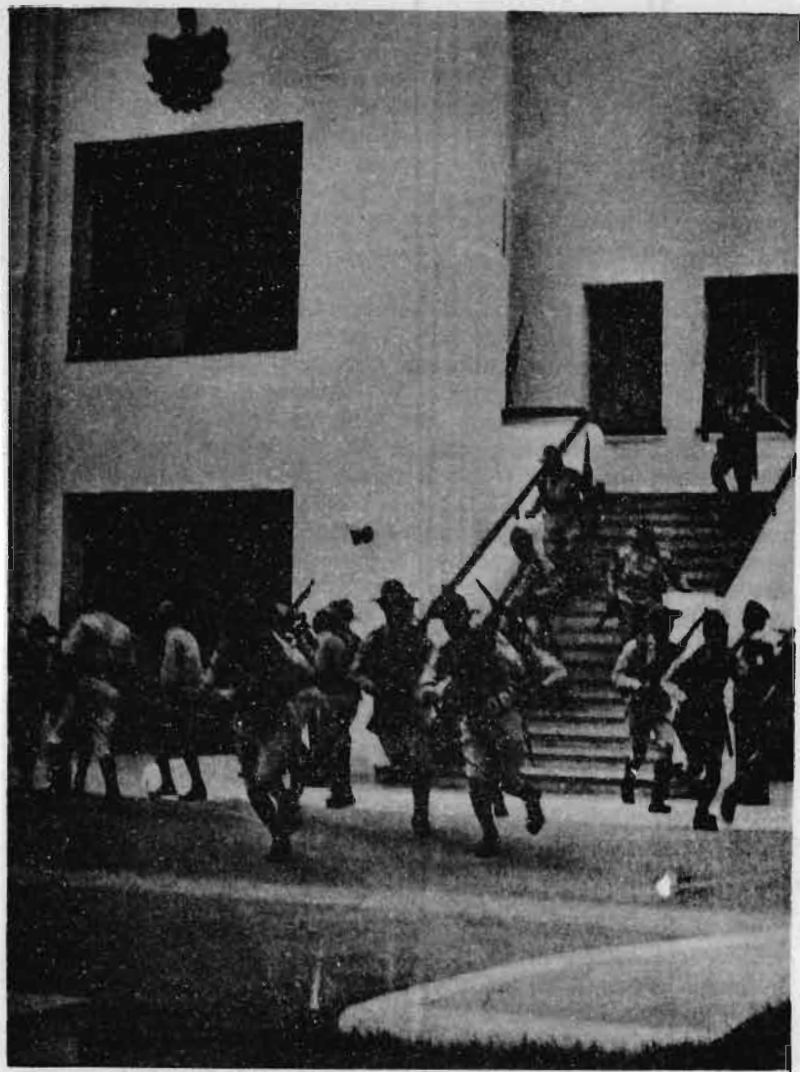
NOTA.—Este relato está integrado por fragmentos de “La Historia me Absolverá”, texto de la defensa que hizo de sí mismo como abogado defensor, el doctor Fidel Castro en el mes de octubre de 1953, compareciendo ante el Tribunal de la tiranía que le juzgó por el asalto al Cuartel Moncada. El texto de su defensa lo reconstruyó Fidel más tarde en el Presidio de Isla de Pinos.

complicidad y aplauso, la más desalmada turba de asesinos que pueda concebirse jamás. Haber creído durante un solo minuto lo que dijo es suficiente falta para que un hombre de conciencia viva arrepentido y avergonzado toda la vida. No tenía siquiera, en aquellos momentos, la esperanza de marcarle sobre la frente miserable la verdad que lo estigmatice por el resto de sus días y el resto de los tiempos, porque sobre nosotros se cerraba ya el cerco de más de mil hombres, con armas de mayor alcance y potencia, cuya consigna terminante era regresar con nuestros cadáveres. Hoy, que ya la verdad empieza a conocerse y que termino con estas palabras que estoy pronunciando, la misión que me impuse, cumplida a cabalidad, puedo morir tranquilo y feliz, por lo cual no escatimaré fustazos de ninguna clase sobre los enfurecidos asesinos.

Es necesario que me detenga a considerar un poco los hechos. Se dijo por el mismo gobierno que el ataque fue realizado con tanta precisión y perfección que evidenciaba la presencia de expertos militares en la elaboración del plan. ¡Nada más absurdo! El plan fue trazado por un grupo de jóvenes ninguno de los cuales tenía experiencia militar; y voy a revelar sus nombres, menos dos de ellos que no están ni muertos ni presos: Abel Santamaría, José Luis Tasende, Renato Guitart Rosell, Pedro Miret, Jesús Montané y el que les habla. La mitad han muerto, y en justo tributo a su memoria puedo decir que no eran expertos militares, pero tenían patriotismo suficiente para darle, en igualdad de condiciones, una soberana paliza, a todos los generales del 10 de marzo juntos, que no son ni militares ni patriotas.

Más difícil fue organizar, entrenar y movilizar hombres y armas bajo un régimen represivo que gasta millones de pesos en espionaje, soborno y delación, tareas que aquellos jóvenes y otros muchos realizaron con seriedad, discreción y constancia verdaderamente increíbles; y más meritorio todavía será siempre darle a un ideal todo lo que se tiene y, además, la vida.

La movilización final de hombres que vinieron a esta provincia desde los más remotos pueblos de toda la Isla, se llevó a cabo con admirable precisión y absoluto secreto. Es cierto igualmente que el ataque se realizó con magnífica coordinación. Comenzó simultáneamente a las 5:15 a.m., tanto



Los soldados de la tiranía, tras repeler la agresión, desataron por orden de sus jefes militares la más brutal represión y el asesinato en masa contra los revolucionarios detenidos.

en Bayamo como en Santiago de Cuba y, uno a uno, con exactitud de minutos y segundos prevista de antemano, fueron cayendo los edificios que rodean el campamento. Sin embargo, en aras de la estricta verdad, aun cuando disminuía nuestro mérito, voy a revelar por primera vez también otro hecho que fue fatal; la mitad del grueso de nuestras fuerzas y la mejor armada, por un error lamentable se extravió a la entrada de la ciudad y nos faltó en el momento decisivo.

Abel Santamaría, con 21 hombres, había ocupado el Hospital Civil; iban también con él para atender a los heridos un médico y dos compañeras nuestras. Raúl Castro, con 10 hombres, ocupó el Palacio de Justicia; y a mí me correspondió atacar el campamento con el resto, 95 hombres. Llegué con un primer grupo de 45, precedido por una vanguardia de ocho que forzó la posta tres. Fue aquí precisamente donde se inició el combate al encontrarse mi automóvil con una patrulla de recorrido exterior armada de ametralladoras. El grupo de reserva, que tenía casi todas las armas largas, pues las cortas iban a la vanguardia, tomó por una calle equivocada y se desvió por completo dentro de una ciudad que no conocían. Debo aclarar que no albergo la menor duda sobre el valor de esos hombres, que al verse extraviados sufrieron gran angustia y desesperación. Debido al tipo de acción que se estaba desarrollando y al idéntico color de los uniformes en ambas partes combatientes, no era fácil restablecer el contacto. Muchos de ellos, detenidos más tarde, recibieron la muerte con verdadero heroísmo.

Todo el mundo tenía instrucciones muy precisas de ser, ante todo, humano en la lucha. Nunca un grupo de hombres armados fue más generoso con el adversario. Se hicieron desde los primeros momentos numerosos prisioneros, cerca de veinte en firme; y hubo un instante, al principio, en que tres hombres nuestros, de los que habían tomado la posta: Ramiro Valdés, José Suárez y Jesús Montané, lograron penetrar en una barraca y detuvieron durante un tiempo a cerca de cincuenta soldados. Estos prisioneros declararon ante el tribunal, y todos sin excepción han reconocido que se les trató con absoluto respeto, sin tener que sufrir ni siquiera una palabra vejaminosa. Sobre este aspecto sí tengo que agradecerle algo, de corazón, al señor Fiscal; que en el juicio celebrado a mis

compañeros, al hacer su informe, tuvo la justicia de reconocer como un hecho indudable, el altísimo espíritu de caballerosidad que mantuvimos en la lucha.

La disciplina por parte del Ejército fue bastante mala. Vencieron en último término por el número, que les daba una superioridad de 15 a 1, y por la protección que le brindaban las defensas de la fortaleza. Nuestros hombres tiraban mucho mejor y ellos mismos lo reconocieron. El valor humano fue igualmente alto de parte y parte.

Considerando las causas del fracaso táctico, aparte del lamentable error mencionado, estimo que fue una falta nuestra dividir la unidad de comandos que habíamos entrenado cuidadosamente. De nuestros mejores hombres y más audaces jefes, habían 27 en Bayamo, 21 en el Hospital Civil y 10 en el Palacio de Justicia; de haberse hecho otra distribución, el resultado pudo haber sido distinto. El choque con la patrulla (totalmente casual, pues veinte segundos antes o veinte segundos después, no habría estado en ese punto), dio tiempo a que se movilizara el campamento, que de otro modo habría caído en nuestras manos sin disparar un tiro, pues ya la posta estaba en nuestro poder. Por otra parte, salvo los fusiles calibre 22, que estaban bien provistos, el parque de nuestro lado era escasísimo. De haber tenido nosotros granadas de mano, no hubieran podido resistir quince minutos.

Cuando me convencí de que todos los esfuerzos eran ya inútiles para tomar la fortaleza, comencé a retirar nuestros hombres en grupos de ocho y de diez. La retirada fue protegida por seis francotiradores que, al mando de Pedro Miret y de Fidel Labrador, le bloquearon heroicamente el paso al Ejército. Nuestras pérdidas en la lucha habían sido insignificantes; el 95 por ciento de nuestros muertos fueron producto de la crueldad y la inhumanidad cuando aquélla hubo cesado. El grupo del Hospital Civil no tuvo más que una baja; el resto fue copado al situarse las tropas frente a la única salida del edificio, y sólo depusieron las armas cuando no les quedaba una bala. Con ellos estaba Abel Santamaría, el más generoso, querido e intrépido de nuestros jóvenes, cuya gloriosa resistencia lo inmortaliza ante la Historia de Cuba. Ya veremos la suerte que corrieron y cómo quiso escarmentar Batista la rebeldía y heroísmo de nuestra juventud.

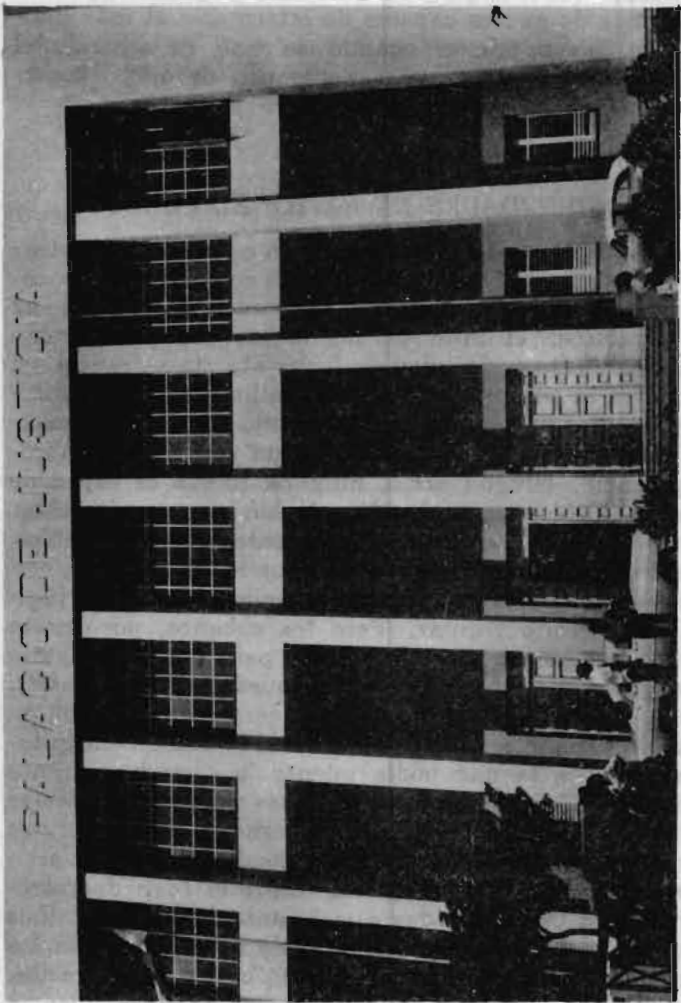
NUESTROS PLANES

Nuestros planes eran proseguir la lucha en las montañas caso de fracasar el ataque al regimiento. Pude reunir otra vez, en Siboney, la tercera parte de nuestras fuerzas; pero ya muchos estaban desalentados. Unos veinte decidieron presentarse; ya veremos también lo que ocurrió con ellos. El resto, 18 hombres, con las armas y el parque que quedaban, me siguieron a las montañas. El terreno era totalmente desconocido para nosotros. Durante una semana ocupamos la parte alta de la cordillera de la Gran Piedra y el Ejército ocupó la base. Ni nosotros podíamos bajar ni ellos se decidieron a subir. No fueron, pues, las armas, fueron el hambre y la sed quienes vencieron la última resistencia. Tuve que ir distribuyendo los hombres en pequeños grupos; algunos consiguieron filtrarse entre las líneas del Ejército, otros fueron presentados por monseñor Pérez Serantes. Cuando sólo quedaban conmigo dos compañeros: José Suárez y Oscar Alcalde, totalmente extenuados los tres, al amanecer del sábado 1.º de Agosto, una fuerza al mando del teniente Sarría, nos sorprendió durmiendo. Ya la matanza de prisioneros había cesado por la tremenda reacción que provocó en la ciudadanía, y este oficial, hombre de honor, impidió que algunos matones nos asesinasen en pleno campo con las manos atadas.

No necesito desmentir aquí las estúpidas sandeces que, para mancillar mi nombre, inventaron los Ugalde Carrillo y comparsa, creyendo encubrir su cobardía, su incapacidad y sus crímenes. Los hechos están sobradamente claros.

Mi propósito no es entretener al tribunal con narraciones épicas. Todo cuanto he dicho es necesario para la comprensión más exacta de lo que diré después.

Quiero hacer constar dos cosas importantes para que se juzgue serenamente nuestra actitud. Primero: pudimos haber facilitado la toma del regimiento deteniendo simplemente a todos los altos oficiales en sus residencias, posibilidad que fue rechazada, por la consideración muy humana de evitar escenas de tragedia y de lucha en las casas de las familias. Segundo: se acordó no tomar ninguna estación de radio hasta tanto no se tuviese asegurado el campamento. Esta actitud nuestra, pocas veces vistas por su gallardía y grandeza, le ahorró a la ciudadanía un río de sangre. Yo pude haber



Palacio de Justicia de Santiago de Cuba. Este edificio y sus azoteas fueron ocupados por Raúl Castro y sus compañeros para apoyar el ataque al Cuartel, aprovechando su proximidad.

ocupado, con sólo diez hombres, una estación de radio y haber lanzado al pueblo a la lucha. De su ánimo no era posible dudar; tenía el último discurso de Eduardo Chibás en la CMQ grabado con sus propias palabras, y poemas patrióticos e himnos de guerra capaces de estremecer al más indiferente, con mayor razón cuando se está escuchando el fragor del combate, y no quise hacer uso de ello, a pesar de lo desesperado de nuestra situación.

V

LAS POSIBILIDADES DE EXITO: EL PUEBLO

El señor Fiscal estaba muy interesado en conocer nuestras posibilidades de éxito. Esas posibilidades se basaban en razones de orden técnico y militar y de orden social. Se ha querido establecer el mito de las armas modernas como supuesto de toda imposibilidad de lucha abierta y frontal del pueblo contra la tiranía. Los desfiles militares y las exhibiciones aparatosas de equipos bélicos, tienen por objeto fomentar este mito y crear en la ciudadanía un complejo de absoluta impotencia. Ningún arma, ninguna fuerza es capaz de vencer a un pueblo que se decide a luchar por sus derechos. Los ejemplos históricos pasados y presentes son incontables. Está bien reciente el caso de Bolivia, donde los mineros, con cartuchos de dinamita, derrotaron y aplastaron a los regimientos del ejército regular. Pero los cubanos, por suerte no tenemos que buscar ejemplo en otro país, porque ninguno tan elocuente y hermoso como el de nuestra propia patria. Durante la guerra del 95 había en Cuba cerca de medio millón de soldados españoles sobre las armas, cantidad infinitamente superior a la que podía oponer la dictadura frente a una población cinco veces mayor. Las armas del ejército español eran sin comparación más modernas y poderosas que las de los mambises; estaba equipado muchas veces con artillería de campaña, y su infantería usaba el fusil de retrocarga similar al que usa todavía la infantería moderna. Los cubanos no disponían por lo general de otra arma que los machetes porque sus cartucheras estaban casi siempre vacías. Hay un pasaje inolvidable de nuestra guerra de independencia narrado por el general Miró Argenter, jefe del Estado

Mayor de Antonio Maceo, que pude traer copiado en esta notica para no abusar de la memoria.

“La gente hisoña que mandaba Pedro Delgado, en su mayor parte provista solamente de machete, fue diezmada al echarse encima de los soldados españoles, de tal manera, que no es exagerado afirmar que de 50 hombres, cayeron la mitad. Atacaron a los españoles con los puños ¡sin pistolas, sin machetes y sin cuchillos! Escudriñando las malezas del Río Hondo, se encontraron quince muertos más del partido cubano, sin que de momento pudiera señalarse a qué cuerpo pertenecían. No presentaban ningún vestigio de haber empuñado arma; el vestuario estaba completo y pendiente de la cintura no tenían más que el vaso de lata; a dos pasos de allí el caballo exánime con el equipo intacto. Se reconstruyó el pasaje culminante de la tragedia: esos hombres siguiendo a su esforzado jefe, el teniente coronel Pedro Delgado, habían obtenido la palma del heroísmo; se arrojaron sobre las bayonetas con las manos solas; el ruido del metal, que sonaba en torno a ellos, era el golpe del vaso de beber al dar contra el muñón de la montura. Maceo se sintió conmovido, él, tan acostumbrado a ver la muerte en todas las posiciones y aspectos, murmuró este panegírico: ¡Yo nunca había visto eso, la gente novicia que ataca inerme a los españoles, con el vaso de beber agua por todo utensilio. Y yo le daba el nombre de impedimenta!” . . .

¡Así luchan los pueblos cuando quieren conquistar su libertad, les tiran piedras a los aviones y viran los tanques boca arriba!

Una vez en poder nuestro la ciudad de Santiago de Cuba, hubiéramos puesto a los orientales inmediatamente en pie de guerra. A Bayamo se atacó precisamente para situar nuestras avanzadas junto al río Cauto. No se olvide nunca que esta provincia que hoy tiene millón y medio de habitantes, es sin duda la más guerrera y patriótica de Cuba; fue ella la que mantuvo encendida la lucha por la independencia durante treinta años y le dio el mayor tributo de sangre, sacrificio y heroísmo. En Oriente se respira todavía el aire de la epopeya gloriosa, y, al amanecer, cuando los gallos cantan como clarines que tocan diana llamando a los soldados y el sol se eleva radiante sobre las empinadas montañas, cada día parece que va a ser otra vez el de Yara o el de Baire.

REPRESION SANGRIENTA Y CRIMINAL

Conozco muchos detalles de la forma en que se realizaron esos crímenes por boca de algunos militares que llenos de vergüenza me refirieron las escenas de que habían sido testigos.

Terminado el combate se lanzaron como fieras enfurecidas sobre la ciudad de Santiago de Cuba y contra la población indefensa saciaron las primeras iras. En plena calle y muy lejos del lugar donde fue la lucha le atravesaron el pecho de un balazo a un niño inocente que jugaba junto a la puerta de su casa, y cuando el padre se acercó para recogerlo, le atravesaron la frente con otro balazo.

El "Niño" Cala, que iba para su casa con un cartucho de pan en las manos lo balacearon sin mediar palabra. Sería interminable referir los crímenes y atropellos que se cometieron contra la población civil. Y si de esta forma actuaron con los que no habían participado en la acción, ya puede suponerse la horrible suerte que corrieron los prisioneros participantes o que ellos creían habían participado: porque así como en esta causa involucraron a muchas personas ajenas por completo a los hechos, así también mataron a muchos de los prisioneros detenidos que no tenían nada que ver con el ataque; éstos no están incluidos en las cifras de víctimas que han dado, las cuales se refieren exclusivamente a los hombres nuestros. Algún día se sabrá el número total de inmolados.

El primer prisionero asesinado fue nuestro médico, el doctor Mario Muñoz, que no llevaba armas ni uniforme y vestía su bata de galeno, un hombre generoso y competente que hubiera atendido con la misma devoción tanto al adversario como al amigo herido. En el camino del Hospital Civil al cuartel le dieron un tiro por la espalda y allí lo dejaron tendido boca abajo en un charco de sangre. Pero la matanza en masa de prisioneros no comenzó hasta pasadas las tres de la tarde.

Hasta esa hora esperaron órdenes. Llegó entonces de La Habana el general Martín Díaz Tamayo, quien trajo instrucciones concretas salidas de una reunión donde se encontraban Batista, el Jefe del Ejército, el Jefe del SIM, el

propio Díaz Tamayo y otros. Dijo que "era una vergüenza y un deshonor para el Ejército haber tenido en el combate tres veces más bajas que los atacantes y que había que matar diez prisioneros por cada soldado muerto". ¡Esta fue la orden!

En todo grupo humano hay hombres de bajos instintos, criminales natos, bestias portadoras de todos los atavismos ancestrales revestidas de forma humana, monstruos refrenados por la disciplina y el hábito social, pero que si se les da a beber sangre en un río no cesarán hasta que lo hayan secado. Lo que estos hombres necesitaban precisamente era esa orden. En sus manos pereció lo mejor de Cuba: lo más valiente, lo más honrado, lo más idealista. El tirano los llamó mercenarios, y allí estaban ellos muriendo como héroes en manos de hombres que cobran un sueldo a la República y que con las armas que ella les entregó para que la defendieran sirven los intereses de una pandilla y asesinan a los mejores ciudadanos.

En medio de las torturas les ofrecían la vida si traicionando su posición ideológica se prestaban a declarar falsamente que Prío les habían dado el dinero, y como ellos rechazaban indignados la proposición, continuaban torturándolos horriblemente. Les trituraron los testículos y les arrancaron los ojos, pero ninguno claudicó, ni se oyó un lamento ni una súplica; aun cuando les habían privado de sus órganos viriles, seguían siendo mil veces más hombres que todos sus verdugos juntos. Las fotografías no mienten y esos cadáveres aparecen destrozados. Ensayaron otros medios; no podían con el valor de los hombres y probaron el valor de las mujeres. Con un ojo humano ensangrentado en las manos se presentaron un sargento y varios hombres en el calabozo donde se encontraban las compañeras Melba Hernández y Haydée Santamaría, y dirigiéndose a la última, mostrándole el ojo, le dijeron: "éste es de tu hermano, si tú no dices lo que él no quiso decir, le arrancaremos el otro". Ella, que quería a su valiente hermano por encima de todas las cosas, les contestó llena de dignidad: "si ustedes le arrancaron un ojo y él no lo dijo, mucho menos lo diré yo". Más tarde volvieron y las quemaron en los brazos con colillas encendidas, hasta que por último, llenos de despecho, le dijeron nuevamente a la joven Haydée Santamaría: "ya no tienes

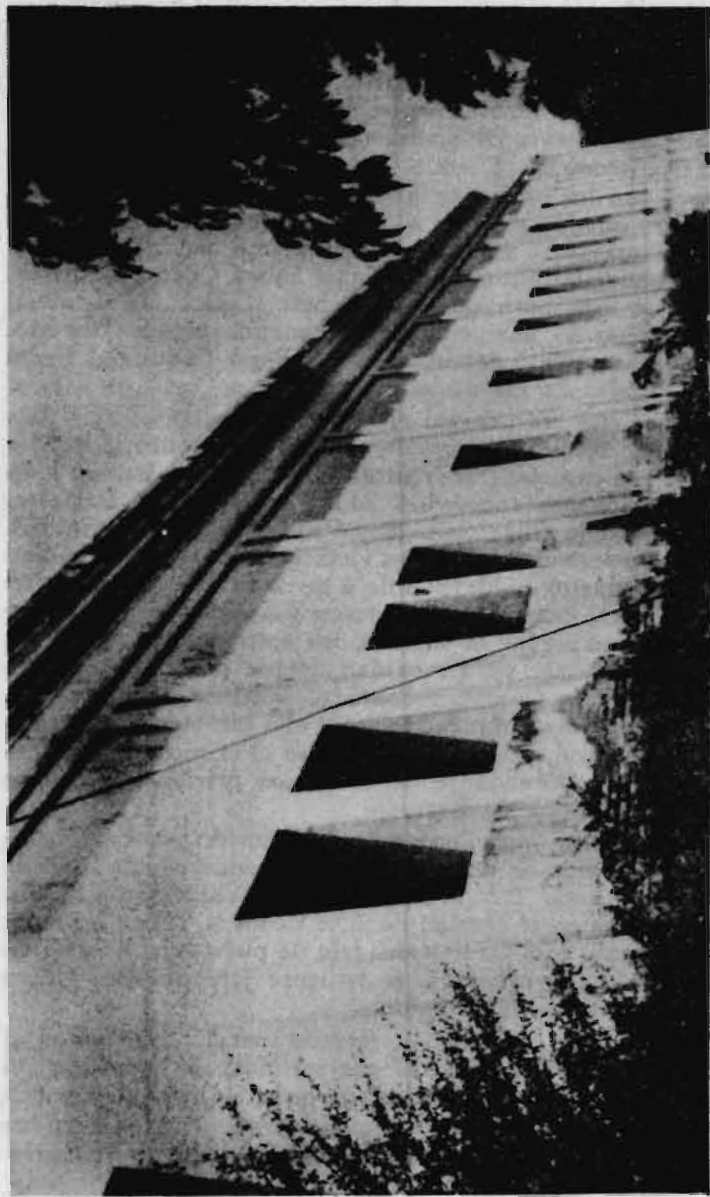
novio porque te lo hemos matado también". Y ella le contestó imperturbable otra vez: "él no está muerto, porque morir por la patria es vivir". Nunca fue puesto en un lugar tan alto de heroísmo y dignidad el nombre de la mujer cubana.

No respetaron ni siquiera a los heridos en el combate que estaban reclusos en distintos hospitales de la ciudad, a donde los fueron a buscar como buitres que siguen la presa. En el Centro Gallego penetraron hasta el salón de operaciones en el instante mismo que recibían transfusión de sangre dos heridos graves; los arrancaron de las mesas, y como no podían estar en pie, los llevaron arrastrando hasta la planta baja donde llegaron cadáveres.

No pudieron hacer lo mismo en la Colonia Española donde estaban reclusos los compañeros Gustavo Arcos y José Ponce, porque se los impidió valientemente el doctor Posada diciéndoles que tendrían que pasar por sobre su cadáver.

A Pedro Miret, Abelardo Crespo y Fidel Labrador, les inyectaron aire y alcanfor en las venas para matarlos en el Hospital Militar. Deben sus vidas al capitán Tamayo, médico del Ejército y verdadero militar de honor que a punta de pistola se los arrebató a los verdugos y los trasladó al Hospital Civil. Estos cinco jóvenes fueron los únicos heridos que pudieron sobrevivir.

Por las madrugadas eran sacados del campamento grupos de hombres y trasladados en automóviles a Siboney, La Maya, Songo y otros lugares, donde se les bajaba atados y amordazados, ya deformados por las torturas, para matarlos en parajes solitarios. Después los hacían constar como muertos en combate con el Ejército. Esto lo hicieron durante varios días y muy pocos prisioneros de los que iban siendo detenidos sobrevivieron. A muchos los obligaban antes a cavar su propia sepultura. Uno de los jóvenes cuando realizaba aquella operación se volvió y marcó en el rostro con la pica a uno de los asesinos. Otros, inclusive, los enterraron vivos con las manos atadas a la espalda. Muchos lugares solitarios sirven de cementerio a los valientes. Solamente en el campo de tiro del Ejército hay cinco enterrados. Algún día serán desenterrados y llevados en hombros del pueblo



El hospital civil "Saturnino Lora" fue ocupado por Abel Santamaría y sus compañeros, a fin de apoyar desde allí el asalto al Cuartel.

hasta el monumento que junto a la tumba de Martí, la patria libre habrá de levantarle a los "Mártires del Centenario".

El último joven que asesinaron en la zona de Santiago de Cuba fue Marcos Martí. Lo habían detenido en una cueva de Siboney el jueves 30 por la mañana junto con el compañero Ciro Redondo. Cuando los llevaban caminando por la carretera con los brazos en alto le dispararon al primero un tiro por la espalda y ya en el suelo lo remataron con varias descargas más. Al segundo lo condujeron hasta el campamento; cuando lo vio el comandante Pérez Chaumont exclamó: "¡Y a éste para qué me lo han traído!" El tribunal pudo escuchar la narración del hecho por la boca de este joven que sobrevivió gracias a lo que Pérez Chaumont llamó "una estupidez de los soldados".

La consigna era general en toda la provincia. Diez días después del 26, un periódico de esta ciudad publicó la noticia de que, en la carretera de Manzanillo a Bayamo, habían aparecido dos jóvenes ahorcados. Más tarde se supo que eran los cadáveres de Hugo Camejo y Pedro Vélez. Allí también ocurrió algo extraordinario: las víctimas eran tres; los habían sacado del cuartel de Manzanillo a las 2 de la madrugada; en un punto de la carretera los bajaron y después de golpearlos hasta hacerles perder el sentido, los estrangularon con una soga. Pero cuando ya los habían dejado por muertos, uno de ellos, Andrés García, recobró el sentido, buscó refugio en casa de un campesino y gracias a ello también, el tribunal pudo conocer con todo lujo de detalles el crimen. Este joven fue el único sobreviviente de todos los prisioneros que se hicieron en la zona de Bayamo.

Cerca del Río Cauto, en un lugar conocido por Barrancas, yacen en el fondo de un pozo ciego los cadáveres de Raúl de Aguiar, Armando del Valle y Andrés Valdés, asesinados a media noche en el camino de Alto Cedro a Palma Soriano, por el sargento Montes de Oca, jefe de puesto del cuartel de Miranda, el cabo Maceo y el teniente jefe de Alto Cedro donde aquéllos fueron detenidos.

En los anales del crimen merece mención de honor el sargento Eulalio González, del cuartel Moncada, apodado "el tigre". Este hombre no tenía después el menor empacho para jactarse de sus tristes hazañas. Fue él quien con sus propias manos asesinó a nuestro compañero Abel Santamaría.

Pero no estaba satisfecho. Un día en que volvía de la prisión de Boniato en cuyos patios sostiene una cría de gallos finos, montó el mismo ómnibus donde viajaba la madre de Abel. Cuando aquel monstruo comprendió de quién se trataba comenzó a referir en voz alta sus proezas y dijo bien alto que lo oyera la señora vestida de luto: "Pues yo sí saqué muchos ojos y pienso seguirlos sacando". Los sollozos de aquella madre ante la afrenta cobarde que le infería el propio asesino de su hijo, expresan mejor que ninguna palabra el oprobio moral sin precedentes que está sufriendo nuestra patria. A esas mismas madres cuando iban al cuartel Moncada preguntando por sus hijos, con cinismo inaudito les contestaban: "¡Cómo no, señora!; vaya a verlo al hotel Santa Ifigenia donde se lo hemos hospedado". ¡O Cuba no es Cuba, o los responsables de estos hechos tendrán que sufrir un escarmiento terrible! Hombres desalmados que insultaban groseramente al pueblo cuando se quitaban los sombreros al paso de los cadáveres de los revolucionarios.

Tantas fueron las víctimas que todavía el gobierno no se ha atrevido a dar las listas completas; saben que las cifras no guardan proporción alguna. Ellos tienen los nombres de todos los muertos porque antes de asesinar a los prisioneros les tomaban las generales. Todo ese largo trámite de identificación a través del Gabinete Nacional fue pura pantomima; y hay familias que no saben todavía la suerte de sus hijos. ¿Si ya han pasado casi tres meses, por qué no se dice la última palabra?

Quiero hacer constar que a los cadáveres se les registraron los bolsillos buscando hasta el último centavo y se les despojó de las prendas personales, anillos y relojes, que hoy están usando descaradamente los asesinos.

Gran parte de lo que acabo de referir ya lo sabiais vosotros, señores Magistrados, por las declaraciones de mis compañeros. Pero véase cómo no han permitido venir a este juicio muchos testigos comprometedores y que en cambio asistieron a las sesiones del otro juicio. Faltaron por ejemplo, todas las enfermeras del Hospital Civil, pese a que están aquí al lado nuestro, trabajando en el mismo edificio donde se celebra esta sesión; no las dejaron comparecer para que no pudieran afirmar ante el tribunal contestando a mis preguntas, que aquí fueron detenidos veinte hombres vivos, además

del doctor Mario Muñoz. Ellos temían que del interrogatorio a los testigos yo pudiese hacer deducir por escrito testimonios muy peligrosos.

Pero vino el comandante Pérez Chaumont y no pudo escapar. Lo que ocurrió con este héroe de batallas contra hombres sin armas y maniatados, da idea de lo que hubiera pasado en el Palacio de Justicia si no me hubiesen secuestrado del proceso. Le pregunté cuántos hombres nuestros habían muerto en sus célebres combates de Siboney. Titubeó. Le insistí, y me dijo por fin que 21. Como yo sé que esos combates no ocurrieron nunca, le pregunte cuántos heridos habíamos tenido. Me contestó que ninguno: todos eran muertos. Por eso, asombrado, le repuse que si el Ejército estaba usando armas atómicas. Claro que donde hay asesinados a boca de jarro no hay heridos. Le pregunté después cuántas bajas había tenido el Ejército. Me contestó que dos heridos. Le pregunté por último que si alguno de esos heridos había muerto, y me dijo que no. Esperé. Desfilaron más tarde todos los heridos del Ejército y resultó que ninguno lo había sido en Siboney. Ese mismo comandante Pérez Chaumont que apenas se ruborizaba de haber asesinado 21 jóvenes indefensos ha construido en la playa de Ciudadamar un palacio que vale más de cien mil pesos. Sus ahorritos en sólo unos meses de marzato. ¡Y si eso ha ahorrado el comandante, cuánto habrán ahorrado los generales!

XVI

“CONDENADME, NO IMPORTA...”

Creo haber justificado suficientemente mi punto de vista: son más razones que las que esgrimió el señor Fiscal para pedir que se me condene a 26 años de cárcel; todas asisten a los hombres que luchan por la libertad y la felicidad de un pueblo, ninguna a los que lo oprimen, envilecen y saquean despiadadamente; por eso yo he tenido que exponer muchas y él no pudo exponer una sola. ¿Cómo justificar la presencia de Batista en el poder, al que llegó contra la voluntad del pueblo y violando por la traición y por la fuerza las leyes de la República? ¿Cómo calificar de legítimo un régimen de sangre, opresión e ignominia? ¿Cómo llamar revolucionario un gobierno donde se han conjugado los hombres, las ideas y los métodos más retrógrados de la vida pública? ¿Cómo

considerar jurídicamente válida la alta traición de un tribunal cuya misión era defender nuestra Constitución? ¿Con qué derecho enviar a la cárcel a ciudadanos que vinieron a dar por el decoro de su patria su sangre y su vida? ¡Eso es monstruoso ante los ojos de la nación y los principios de la verdadera justicia!

Pero hay una razón que nos asiste más poderosa que todas las demás: somos cubanos, y ser cubano implica un deber, no cumplirlo es crimen y es traición. Vivimos orgullosos de la historia de nuestra patria; la aprendimos en la escuela y hemos crecido oyendo hablar de libertad, de justicia, y de derechos. Se nos enseñó a venerar desde temprano el ejemplo glorioso de nuestros héroes y de nuestros mártires. Céspedes, Agramonte, Maceo, Gómez y Martí fueron los primeros nombres que se grabaron en nuestro cerebro; se nos enseñó que el Titán había dicho que la libertad no se mendiga sino que se conquista con el filo del machete; se nos enseñó que para la educación de los ciudadanos en la patria libre, escribió el Apóstol en su Libro de Oro: "Un hombre que se conforma con obedecer leyes injustas, y permite que le pisen el país en que nació los hombres que se lo maltratan, no es un hombre honrado. . . En el mundo ha de haber cierta cantidad de decoro, como ha de haber cierta cantidad de luz. Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Esos son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que le roban a los pueblos su libertad, que es robarles a los hombres su decoro. En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana". . . Se nos enseñó que el 10 de octubre y el 24 de febrero son efemérides gloriosas y de regocijo patrio porque marcan los días en que los cubanos se rebelaron contra el yugo de la infame tiranía; se nos enseñó a querer y defender la hermosa bandera de la estrella solitaria y a cantar todas las tardes un himno cuyos versos dicen que vivir en cadenas es vivir en oprobios y afrentas sumidos, y que morir por la patria es vivir. Todo eso aprendimos y no lo olvidaremos aunque hoy en nuestra patria se está asesinando y encarcelando a los hombres por practicar las ideas que les enseñaron desde la cuna. Nacimos en un país libre que nos legaron nuestros padres, y primero se hundirá la Isla en el mar antes que consintamos en ser esclavos de nadie.

Parecía que el Apóstol iba a morir en el año de su centenario, que su memoria se extinguiría para siempre, ¡tanta era la afrenta! Pero vive, no ha muerto, su pueblo es rebelde, su pueblo es digno, su pueblo es fiel a su recuerdo; hay cubanos que han caído defendiendo sus doctrinas, hay jóvenes que en magnífico desagravio vinieron a morir junto a su tumba, a darle su sangre y su vida para que él siga viviendo en el alma de la patria. ¡Cuba, qué sería de ti si hubieras dejado morir a tu Apóstol!

Termino mi defensa, pero no lo haré como hacen siempre todos los letrados, pidiendo la libertad del defendido; no puedo pedirla cuando mis compañeros están sufriendo ya en Isla de Pinos ignominiosa prisión. Enviadme junto a ellos a compartir su suerte, es concebible que los hombres honrados estén muertos o presos en una República donde está de Presidente un criminal y un ladrón.

A los señores Magistrados, mi sincera gratitud por haberme permitido expresarme libremente, sin mezquinas coacciones; no os guardo rencor, reconozco que en ciertos aspectos habéis sido humanos y sé que el Presidente de este tribunal, hombre de limpia vida, no puede disimular su repugnancia por el estado de cosas reinantes que lo obliga a dictar un fallo injusto. Queda todavía a la Audiencia un problema más grave: ahí están las causas iniciadas por los setenta asesinatos, es decir, la mayor masacre que hemos conocido; los culpables siguen libres con un arma en la mano que es amenaza perenne para la vida de los ciudadanos; si no cae sobre ellos todo el peso de la ley, por cobardía o por que se lo impidan y no renuncian en pleno todos los magistrados, me apiado de vuestras honras y compadezco la mancha sin precedentes que caerá sobre el Poder Judicial.

En cuanto a mí, sé que la cárcel será dura como no lo ha sido nunca para nadie, preñada de amenazas, de ruín y cobarde ensañamiento, pero no la temo, como no temo la furia del tirano miserable que arrancó la vida a setenta hermanos míos. ¡CONDENADME, NO IMPORTA, LA HISTORIA ME ABSOLVERA!

un grupo
verdaderamente
heroico

relato del
comandante pedro miret

**CIRCUNSTANCIAS EN QUE SE PRODUJO LA ACCION.
—LOS FALSOS REVOLUCIONARIOS.—COMIENZAN
LOS PREPARATIVOS.—CONTRA TODAS LAS DIFI-
CULTADES.—UNA JUVENTUD DISTINTA.**

Vamos a hacer un recorrido sobre las circunstancias anteriores al asalto al Moncada. Me parece que si no se tienen en cuenta todas las circunstancias que rodearon el hecho, se pierde un poco su significación. Habría que dar un brinco muy atrás para llegar a la génesis de la situación actual, uno de cuyos hitos importantes lo constituye el asalto al Cuartel Moncada cuyas simientes fueron plantadas por todos los que desde mediados del siglo pasado empezaron con su rebeldía a crear el sentido de Nación y a darle forma a la palabra **libertad** hasta llevarla a la amplitud que dicha palabra representa hoy en Cuba. Nuestro brinco será más corto: sólo un año atrás.

La mayor parte de nosotros en aquel entonces formábamos parte del estudiantado o de la clase obrera. Me estoy refiriendo

NOTA.—El presente relato fue publicado por la revista "Verde Olivo", en su edición de fecha julio 29 de 1962, página 6. Es la versión de la charla pronunciada por el comandante Pedro Miret a miembros de las Fuerzas Armadas Revolucionarias el día 28 del citado mes y año, en un acto organizado por el Departamento de Instrucción Revolucionaria del MINFAR.

do en general a quienes después hubieron de participar o rodearon el hecho del Moncada.

Todos estos compañeros vivían en el ambiente que existía en el país. Un ambiente lleno de podredumbre, un ambiente, en fin, parecido al que existe hoy en América Latina. Digo muy parecido porque entonces no existía, como hoy, un ejemplo como el que está dando el pueblo de Cuba. El ambiente en general en aquella época, en la juventud, era, por una parte, de corrupción total; por otra, de falta absoluta de fe.

El 10 de marzo significó para la juventud una especie de chispazo o toque de alerta, que le conmovió las entrañas, le hizo adoptar nuevas actitudes, cambiar conceptos y, finalmente, la llevó a juntarse. En el sector universitario se creó un gran clamor. Digo un gran clamor porque la mayor parte de la gente se reunía para protestar, pero sin ninguna línea definida, sin ningún principio claro.

Esa amalgama de gente que se reunió allí aquel día era de lo más curiosa. Estaba formada por individuos como Masferrer, por un lado, y Fidel, por otro. Enemigos irreconciliables, de ideas y sistemas de vida antagónicos y que sin embargo en la primera oportunidad, concurren en el mismo lugar. Yo creo que eso puede dar una idea de la confusión tremenda que reinaba en aquel centro. Masferrer, claro está, en seguida cogió su rumbo y así muchos de los individuos maleantes que fueron allí. Así fueron quedando sólo una serie de personas que con el transcurso de los días fueron percatándose, cada vez más, de la verdadera significación del hecho del 10 de marzo. Es decir, a muchas personas de allí les picó "un bichito" que inculca una "enfermedad" que se llama Revolución y que es un mal que no tiene cura, que llega el momento que abarca todo el pensar de la persona y se convierte en el móvil vital.

Un buen día empezamos a cambiar impresiones los miembros de ese grupito (el compañero Raúl, entre ellos) y acordamos que nosotros teníamos que seguir luchando hasta que el estado de cosas terminara. Se hizo claro que nosotros teníamos que luchar por algo más que por derribar a Batista. Empezamos a analizar lo que había producido el golpe del 10 de Marzo y todos los regímenes anteriores y llegamos a la conclusión de que no estábamos de acuerdo ni con lo anterior ni con el presente, que en aquel momento era el 10 de Marzo.

Así comenzamos a trabajar, todavía sin un plan; pero ya con el propósito de hacer de ese tipo de actividad, nuestra preocupación futura.

LOS FALSOS REVOLUCIONARIOS

En esos días, mientras nosotros y otros grupos de jóvenes estábamos preocupados por estas cuestiones de ideas, otras gentes estaban preocupadas en ver cómo se ligaban a Batista o cómo lo combatían para guardar posiciones, etc. Los camajanes seguían en sus 9 de Marzo; para ellos el 10 de Marzo fue un día más.

Es digno destacar que los líderes de la oposición, los que se suponían que iban a salvar al pueblo, eran Pardo Llada, Millo Ochoa, Aureliano, etc.; esos eran los "bravos". No había ningún plan insurreccional (porque ya se hablaba de insurrección en aquella época) en que no estuvieran los "superman" de Millo Ochoa y Pardo Llada, por un lado y los "superman" de Aureliano, por otro. Aureliano entonces empezaba a crear una cosa que se llamaría Triple A. (Nunca se pudo saber por qué se llamaba así).

Debemos señalar que mientras por un lado se seguían las mismas costumbres de enjuague entre las mismas gentes, por otro lado se iba formando una mentalidad distinta entre ciertos sectores de la juventud.

La primera fecha de insurrección la dieron el 1.º de junio de 1952. Después lo de las fechas se convirtió en un perfecto relajo; cada semana daban una fecha ¡que no fallaba nunca! (Yo creo que ese mismo sistema lo está siguiendo la contrarrevolución ahora).

Al principio nosotros nos creímos que las primeras fechas eran ciertas. Pero en seguida nos fuimos acostumbrando a verlas pasar sin gloria.

El primer pretexto que dieron para posponer la primera fecha fue, que los contactos no habían podido coordinarse —ese pretexto lo repitieron después muchas veces— (siempre las insurrecciones priistas eran a base de tener más armas que Batista). Ahora yo me imagino que será tener más armas que nosotros; pero siempre les faltó una caja de balas o les faltó un contacto y después de Playa Girón, les faltó una División americana más.

Es interesante ver cómo el grupo que después atacó el Moncada fue razonando y definiendo su posición. Yo recuerdo que nos dio por estudiar ya que casi ninguno entendía como los miembros de la U.I.R. y de la A.R.G. y de no sé cuántas organizaciones y nombres raros, que ya la gente los ha olvidado, y que eran en ese tiempo los "bravos", (los "gatillo alegre"), no conocieran el manejo de las armas, en primer

lugar y en segundo lugar a nadie le cabía en la cabeza, que estos individuos pudieran luchar de verdad por el bienestar del pueblo, como ellos decían; no era posible concebir que este personal pudiera ir a ninguna acción que condujera, en definitiva a nada bueno para nadie, inclusive para los que fueran con ellos. En aquella época estaba en boga un libro de Mira y López que se llama "Problemas Psicológicos Actuales", y ese librito, en una forma muy condensada, retrata ciertos aspectos de la vida revolucionaria que surgen y suelen ocurrir en realidad. Retrata también el caso de todos los pseudo revolucionarios que allí se encontraban. En ese ambiente y ya un poquito enterados, llegamos a la conclusión que todas esas fechas seguirían hasta lo eterno. Que no llegarían a ningún sitio y como en definitiva nosotros ya nos habíamos propuesto trabajar en ese nuevo trabajo a que nos estábamos dedicando, en una forma seria, fuimos perdiendo la fe en todos esos falsos líderes y lo mismo fue ocurriendo a los grupos que por otro lado laboraban con las mismas intenciones y por los mismos principios. Creo que cada quien se trazó su meta particular. Uno lleva dentro el deseo de que todo salga bien pero a veces la realidad se encarga de destruirlo y eso estaba ocurriendo con la famosa "revolución" de los auténticos. Esa era una de las tantas cosas ideales que teníamos en la cabeza y que tuvimos que ir destruyendo metódicamente.

La última fecha que recuerdo fue el 10 de septiembre. Ese día se "iba a acabar el mundo". Pero como siempre, no pasó nada. Aunque para nosotros sí ocurrió algo importante pues se apareció un individuo flaco y largo, como no he visto otro jamás. Aquel compañero medía seis pies y cuatro o cinco pulgadas. Vino a vernos de parte de una persona que no estaba precisamente entre los favoritos de los predios universitarios, a pesar de su postura vertical y sin equívocos contra la tiranía. Pero ¡qué se podía esperar si allí los favoritos eran los señores que meses atrás fueran objeto de sus viriles denuncias!

COMIENZAN LOS PREPARATIVOS

El compañero flaco y largo venía de parte de Fidel a ver si podíamos entrenarle un grupito que él tenía, ya que carecía de medicos para entrenarlo. Nos llamó la atención la forma tan cortés, tan diferente de este compañero. Era lógico: él no tenía cartel de guapo. Era un simple obrero del mercado que tenía que trabajar diariamente muy duro. Estaba tan flaco por el hambre que pasaba. Creo que pocas veces dejó de pasarla.

Ese compañero murió en el desembarco del Granma y hoy su nombre lo lleva la refinería de petróleo más grande de Cuba: se trata de Níco López. En él perdió la Revolución uno de sus genuinos líderes.

La impresión que nos causó trabajar con estos compañeros fue agradable. Estas personas eran campesinos; provenían de Pinar del Río, La Habana y Matanzas. Ninguno era incorrecto, todos se portaban de una forma seria, responsable, cuando uno hablaba con ellos notaba otro ambiente. Se respiraba otro aire alrededor de estos muchachos. (Algunos no eran tan muchachos). Fue entonces cuando nosotros decidimos que valía la pena abandonar todo el resto del personal y dedicarnos a trabajar con estas personas que se producían en forma tan diferente.

Se empezó a pasar sigilosamente todo ese personal hasta que llegó al número de 1,400 a 1,500. Todos, más o menos de la misma formación, en su mayor parte, jóvenes oxtodoxos. Ninguno exhibía ningún carnet, vuelvo a repetir, de guapo. Todos eran idealistas, como se decía entonces, y todos participaban de ese entrenamiento en una forma consciente. Se veía que eran individuos que dejaban su tiempo, que les era muy necesario, para dedicarse a tareas que no eran de su agrado. Se veía que estos compañeros iban allí en cumplimiento de un deber. Eso se prolongó hasta el mes de diciembre. En el ínterin empezamos a trabajar conjuntamente, con esas nuevas fuerzas que se nuclearon y se integraron finalmente en lo que después fue el Movimiento 26 de Julio. Todavía no se llamaba así; pero fue el que culminó con el ataque al cuartel Moncada y al cuartel de Bayamo.

Es interesante ver como fue continuando la metamorfosis mental y hasta física de todos los compañeros. Para hablar con José Luis Tasende (era obrero de la "Nela") había que meterse en una de las neveras donde se guardaba la mantequilla, lo que hacía que cuando se prolongaban las conversaciones saliáramos medio congelados.

[Había otro compañero muy interesante que era Abel. Siempre con su tabaco en la boca, unos ojitos pícaros y su libro de las obras escogidas de Lenin bajo el brazo.]

CONTRA TODAS LAS DIFICULTADES

Así transcurrió el tiempo y fue aumentando el conocimiento de que en la forma en que se desarrollaban los acontecimientos, con la mentira como norma y con la ausencia

total de las masas de todos los planes conspirativos (todos se basaban en contragolpes militares en los que el pueblo aparecía como espectador) no se derribaría jamás a la tiranía y ante la disyuntiva de seguir esperando de otros lo que no nos iban a dar, se decidió que con nuestros propios medios iríamos a la acción y es a partir de ese momento que empiezan a perfilar ya los planes que condujeron al asalto al Cuartel Moncada y al de Bayamo.

A partir de diciembre ya ese grupo empieza a trabajar más aceleradamente, con fines más definidos, ya empieza a desligarse de todos los otros grupos; (a desligarse en cuanto a planes de operación); porque empieza a concebir sus propios planes. Ya empieza a desconfiar de los demás, no en el aspecto de creer que fueran los únicos poseedores de la verdad, sino en el sentido de estimar que solamente con el esfuerzo propio se lograría hacer algo.

En la Universidad, en las narices de todo el mundo, de los 1,200 a 1,400 hombres que se habían entrenado, empezamos a hacer un sistema de selección para entrenar un grupo de comandos. Después de seleccionados se les empezó a probar en distintos actos. Esos mismos más o menos fueron los que después se batieron heroicamente en Santiago y Bayamo.

Había que ver cómo esos compañeros que en su mayoría eran campesinos u obreros se dedicaban a hacer los ejercicios selectivos en el piso de una azotea de una escuela de la Universidad. Muchos venían con su guayabera planchada, posiblemente la única, y allí había un instructor que los mandaba a tirarse en el suelo y a hacer veinte mil cosas que ellos no entendían y salían la mayor parte de las veces, con la guayaberita rota.

En esa segunda etapa casi todos cambiamos el método de vida radicalmente. Cada uno se desvinculó completamente de lo que había hecho el año anterior.

Una vez determinado que nosotros seríamos los que ejecutaríamos la acción, nos dedicamos seriamente a estudiar los planes, a estudiar las posibilidades de los lugares y a estudiar la forma de obtener los medios materiales, es decir, el dinero.

Nadie puede imaginarse las enormes dificultades con que tropezábamos para conseguir el poco dinero que costó la operación. En algunos fue dramático el esfuerzo como en

los casos de Chenard, Montané, Alcalde, etc., que entregaron todo lo que tenían y algunos, aun lo que no tenían.

Para dar idea de lo difícil que era conseguir armas, les voy a contar una anécdota: "Una vez estaba en el hospital con un pie roto. Apareció Fidel; se suponía que Fidel y yo nunca hablábamos, para que no nos vincularan (siempre nos veíamos en lugares apartados). Apareció, cerró la puerta, sacó una billetera, de ella un billete lila y me dijo: "Hay que trabajar". Se me enderezó el pie, en seguida salí cojeando. Yo nunca había visto un billete de aquéllos, creo que era de cien pesos. De allí salimos a hacer una "comprita". Nos habían ofrecido 10 ametralladoras "Thompson" a \$250.00 cada una. El individuo que las ofrecía no podía fallar. Era un republicano español que nunca había estado en Cuba. ¡No podía fallar! El hombre acababa de llegar de New York. En aquella época éramos muy ingenuos en cuanto al F.B.I. y todas esas cosas. Producto de eso fue la trampa en que caímos.

El famoso español era miembro de lo que después se llamó el BRAC. Las ametralladoras viejas que traía pertenecían al S.I.M. Fuimos nosotros con un fajo de billetes enorme, primera vez que andábamos con tanto dinero.

Alcalde, que era nuestro financiero, pasaba a ratos vigilando el dinero, de lo más serio; pero también las autoridades cojeaban más que nosotros, eran más malos que nosotros. Los miembros del Buró andaban con unas camisitas azules de mangas cortas, que los identificaba como miembros del ejército. Esos buenos señores se creían que eso era un paseo. Nos tenían "tan bien rodeados, que nos escapamos".

Llegamos entonces a la conclusión de que nosotros no podíamos adquirir armas de ese tipo sin caer seguramente en una trampa. Fue entonces cuando determinamos que nuestras armas estaban en las armerías y fue cuando se decidió tomar las escopetas y rifles calibre 22 para realizar el asalto al cuartel Moncada. Fuimos con los rifles porque esto fue lo único que pudimos conseguir. Porque a nosotros nadie nos dio, ni un "vizcaíno".

Nos dimos a la tarea de suplir la desventaja de las armas con un entrenamiento muy riguroso. Cada uno de los compañeros, que ya había sido seleccionado, lo fuimos pasando por una finca, donde le dimos un entrenamiento bastante riguroso de tiro con rifle calibre 22 y de entrenamiento

con escopeta en el Club de Cazadores. No se nos ocurría ni remotamente decirles que con esos iban a ir al Moncada, ni del Moncada se hablaba jamás. Eso no se habló con nadie. Y no se nos ocurría decirlo porque corríamos el riesgo de que cualquier indiscreción nos ridiculizara por completo y diera al traste con nuestro plan. Lo que sí es bueno aclarar es que a base de entrenamiento se logró que el rifle 22 se convirtiera en un arma mortífera en manos de los compañeros que fueron al Moncada. Ellos lo demostraron allí. Eso demuestra que muchas veces no hay que descansar tanto en el arma como en el conocimiento que se tenga de ella. Estos compañeros tendrían armas pequeñas; pero tenían un corazón muy grande y creo que eso quedó también perfectamente demostrado en el asalto al cuartel Moncada.

UNA JUVENTUD DISTINTA

Creo que era la primera operación realmente secreta que se hacía en el país. Debemos agregar que todo se fue cumpliendo a medida de nuestros deseos. Los planes del chequeo del cuartel en Santiago, los trabajos que llevaron a cabo, allá, los compañeros Renato Guitart y Abel Santamaría. Cómo lograron disimular todos sus movimientos todos los compañeros, cómo se pudieron llevar los 165 hombres que componían esa tropa de asalto, con todas sus armas y parque. Cómo se pudo llegar al cuartel en sí; y cómo se fueron cumpliendo, con sus pormenores, los detalles del plan. ¿Por qué falló el plan? Ya eso es harina de otro costal.

Lo que quería fundamentalmente era aclarar, cómo esa juventud fue transformándose. Fue proponiéndose cada vez metas más avanzadas, cómo esa juventud llegó al Moncada, pasó el Moncada, estuvo presa o estuvo trabajando afuera. Fue una cosa diferente a todo el resto de las cosas que se habían hecho hasta entonces en el país. Creo que es digno de destacar cómo eso creó una fe nueva en el pueblo, cómo regó esa simiente, que ya se había sembrado mucho antes y como, en definitiva, dio al traste con toda la base de sustentación de esa tiranía y continuando con el "Granma" y Girón creó las sólidas bases sobre las que se sustenta la Revolución Socialista Cubana que es el luminoso faro hacia donde miran esperanzados todos los pueblos oprimidos de la América Latina.

relato de haydée santamaría

RECUERDOS IMBORRABLES.—LA MUERTE DE VALIOSOS COMPAÑEROS.—“LA VIDA DE FIDEL ERA LA DE TODOS NOSOTROS”.

Melba es la que recuerda todas las cosas con mayor exactitud. Yo no recuerdo con precisión las horas, tal vez ella tampoco ahora, después de tantas cosas y tantos años, pero antes cuando nos poníamos a hablar de aquellas horas, a ella le era más fácil reconocer los hechos en detalles.

Si yo comienzo a hablar y sigo hablando por mucho rato sobre el Moncada seguro que voy a recordar muchas cosas.

Ahora en lo que más pienso es en los que fuimos al Moncada y en Fidel, y me pregunto: ¿Cómo es posible que siendo Fidel como es hubiera quien lo traicionara? ¿Cómo es posible que todos no estuvieran perfectamente identificados con Fidel, con la Revolución?

Todas las veces que veo a Fidel, que hablo con él, que lo escucho en la televisión pienso en los demás muchachos, en todos los que han muerto y en los que están vivos y pienso en Fidel, en el Fidel que conocimos y que actualmente es el mismo. Pienso en la Revolución que es la misma que nos llevó al Moncada.

Estábamos en la casa de Siboney, Melba, Abel, Renato, Elpidio y yo. A Renato se le ocurrió hacer un “chilindrón de pollo”. Me reí cuando me lo dijo y empecé a argumentarle que no era un “chilindrón”, sino un “fricasé”. “Así le dicen en Vueltabajo”, insistía Renato.

NOTA.—Este relato de la compañera Haydée Santamaría fue publicado en la revista “Bohemia”, edición correspondiente al 20 de julio de 1962, página 46.

Mientras cocinábamos y sin interrumpir la conversación con Melba y Renato, mirando a Abel, pensaba en la última vez que estuvimos en el Central, a despedirnos de los viejos y la familia. Cuando fuimos a dejar la casa por la madrugada para regresar a La Habana, Aida nos advirtió que pusiéramos cuidado en no despertarle la niña. Abel quiso cargarla, quiso besarla.

Yo dije: —Déjanos, a lo mejor es la última vez que la vemos.

Aida me miró alarmada, y yo quise hacerle un chiste:

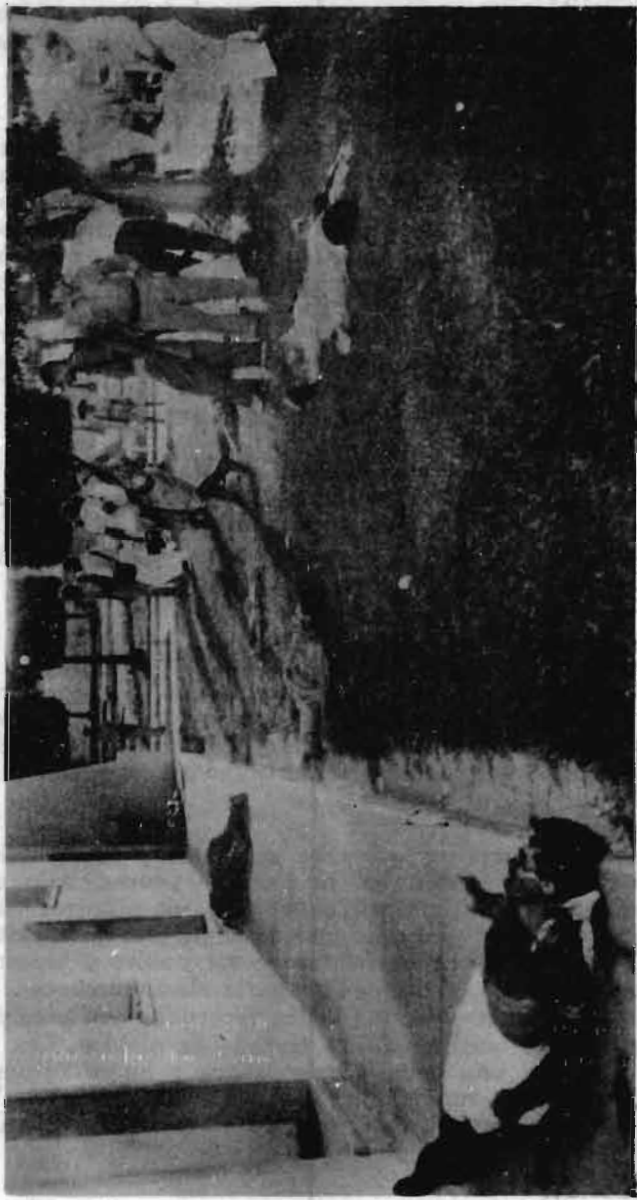
—A lo mejor es en la carretera donde quedamos.

—No seas trágica —me dijo Aida— y nos fuimos.

Cuando estuvo hecho el “chilindrón” de Renato, Abel no quiso comer. Iba a Santiago a acompañar a un viejo matrimonio que vivía frente a la casa de Siboney. Tal vez sea el último Carnaval que vean, pensé.

Melba estaba a mi lado, hacía siete meses que no nos habíamos separado ni un solo día.

Pensaba en casa, en Melba que estaba a mi lado, en los muchachos. A esa hora no se me hubiera ocurrido pensar en la muerte, pero había dos cosas que me punzaban con dolor. Si todo se acaba, que quede Fidel, por él se hará la Revolución y nuestras vidas y nuestros hechos tendrán una significación; la otra se me reveló mucho después, con una terrible angustia, cuando nuestros muertos quedaron entre la sangre y la tierra y ya supimos que no los volveríamos a ver, temí que me separaran de Melba. Recuerdo a Melba tratando de protegerme; yo tratando de protegerla a ella y unos a los otros tratando de protegernos. Cualquier cosa se hace, cualquier cosa cuando otras vidas están a nuestras manos. Cualquier cosa bajo las balas, bajo las ráfagas de ametralladoras, entre los gritos de dolor de los que caían heridos, entre las últimas quejas de los que morían. Cualquier cosa es poco y mucho, y nadie sabe cómo un hecho de esta naturaleza va a desarrollarse. Nadie sabe lo que va a hacerse en los minutos que siguen. Hay cosas que sí se saben, como todo lo que se ama. Fui al Moncada con las personas que más amaba. Allí estaban Abel y Boris y estaba Melba y estaba Fidel y Renato y Elpidio y el poeta Raúl, Mario y Chenard y los demás muchachos y estaba Cuba y en juego la dignidad de nuestro pueblo ofendida y la libertad ultrajada, y la Revolución que le devolvería al pueblo su destino.



La tiranía se ensañó criminalmente con los detenidos, y a las pocas horas de cesar el fuego de los atacantes, el número de muertos era mucho más alto que el que produjeron los combates.

Los muchachos llegaban con hambre. La medianoche nos encontró conversando, riéndonos, se hacían y decían bromas a todos. Servíamos café y un poco de lo poco que había quedado de la comida, de la comida que Abel no comió. Volvíamos a los cuentos, a las anécdotas de mi llegada a Santiago con dos maletas llenas de armas, de tal modo pesadas, que un soldado que las movió al pasar junto a mí en el coche del tren, me preguntó si llevaba dinamita. Libros —le dije—. Acabo de graduarme y voy a ejercer a Santiago. Aprovecharé el Carnaval para divertirme un poco después de los estudios. Usted sería un buen compañero para divertirme en el Carnaval. El soldado sonrió amistoso y me dijo dónde debíamos encontrarnos. Bajó conmigo al andén, llevando mi maleta. Abel y Renato estaban esperándome en la Terminal. Yo me acerqué para decirles: “Esa es la maleta” y agregué: “es un compañero de viaje”. Y al soldado: “Son dos amigos que vienen a esperarme”. El soldado entregó la maleta y partimos.

Uno de los muchachos le hacía chistes a Boris.

—Ten cuidado con Yeyé que tiene una cita con un soldado de la dictadura —y todos nos reíamos.

Después llegó Fidel, y unos solos y otros en grupos, llegaron todos.

Después salimos.

LA MUERTE DE VALIOSOS COMPAÑEROS

Luego estábamos en la máquina, Melba, Gómez García, Mario Muñoz y yo. Después y durante todo el viaje al Moncada pensaba en casa, pensaba en la mañana que vendría: ¿qué pasaría?, ¿qué dirían en casa?, ¿cómo sería el día que comenzaba?

Después llegamos.

Después fueron los primeros segundos y los primeros minutos y luego fueron las horas. Las peores, más sangrientas, más crueles, más violentas horas de nuestras vidas. Fueron las horas en que todo puede ser heroico y valiente y sagrado. La vida y la muerte pueden ser nobles y hermosas y hay que defender la vida o entregarla absolutamente.

Estos son los hechos que Melba recordaba con precisión.

Los que yo inútilmente he tratado de olvidar. Los que yo envueltos en una nebulosa de sangre y humo recuerdo. Los que compartí con Melba. Los que Fidel narra en “La Historia me Absolverá”. La muerte de Boris y de Abel.

La muerte segando a los muchachos que tanto amábamos. La muerte manchando de sangre las paredes y la hierba. La muerte gobernándolo todo, ganándolo todo. La muerte imponiéndose como una necesidad y el miedo a morir sin que hayan muerto los que deben morir, y el miedo de morir cuando todavía la vida puede ganarle a la muerte una última batalla.

Hay en esos momentos en que nada asusta, ni la sangre, ni las ráfagas de ametralladora, ni el humo, ni la peste a carne quemada, a carne rota y sucia, ni el olor a sangre caliente, ni el olor a sangre coagulada, ni la sangre en las manos, ni la carne en pedazos deshaciéndose en las manos, ni el quejido del que va a morir. Ni el silencio aterrador que hay en los ojos de los que han muerto. Ni las bocas semiabiertas donde parece que hay una palabra que de ser dicha nos va a helar el alma.

LA VIDA DE FIDEL ERA LA DE TODOS NOSOTROS

Hay ese momento en que todo puede ser hermoso y heroico. Ese momento en que la vida por lo mucho que importa y por lo muy importante que es, reta y vence a la muerte. Y una siente cómo las manos se agarran a un cuerpo herido que no es el cuerpo que amamos, que puede ser el cuerpo de uno de los que veníamos a combatir, pero es un cuerpo que se desangra, y una lo levanta y lo arrastra entre las balas y entre los gritos y entre el humo y la sangre. Y en ese momento una puede arriesgarlo todo por conservar lo que de verdad importa, que es la pasión que nos trajo al Moncada, y que tiene sus nombres, que tiene su mirada, que tiene sus manos acogedoras y fuertes, que tiene su verdad en las palabras y que puede llamarse Abel, Renato, Boris, Mario o tener cualquier otro nombre, pero siempre en ese momento y en los que van a seguir puede llamarse Cuba.

Y hay ese otro momento en que ni la tortura, ni la humillación, ni la amenaza pueden contra esa pasión que nos trajo al Moncada.

El hombre se nos acercó. Sentimos una nueva ráfaga de ametralladoras. Corrí a la ventana. Melba corrió detrás de mí. Sentí las manos de Melba sobre mis hombros. Vi al hombre que se acercaba y oí una voz que decía: "han matado a tu hermano". Sentí las manos de Melba. Sentí de nuevo el ruido del plomo acribillando mi memoria. Sentí que decía

sin reconocer mi propia voz: "¿Ha sido Abel?" El hombre no respondió. Melba se me acercó. Toda Melba eran aquellas manos que me acompañaban. "¿Qué hora es?" Melba respondió: "Son las nueve".

Estos son los hechos que están fijos en mi memoria. No recuerdo ninguna otra cosa con exactitud, pero desde aquel momento ya no pensé en nadie más, entonces pensaba en Fidel. Pensábamos en Fidel. En Fidel que no podía morir. En Fidel que tenía que estar vivo para hacer la Revolución. En la vida de Fidel que era la vida de todos nosotros. Si Fidel estaba vivo, Abel y Boris y Renato y los demás no habían muerto, estarían vivos en Fidel que iba a hacer la revolución cubana y que iba a devolverle al pueblo de Cuba su destino.

Lo demás era una nebulosa de sangre y humo, lo demás estaba ganado por la muerte. Fidel ganaría la última batalla, ganaría la Revolución.

relato de melba hernández

LOS PREPARATIVOS DEL DIA ANTERIOR.—FIDEL REPARE LAS ARMAS.—SALIDA HACIA EL CUARTEL.—“¡CONSERVEN LA VIDA DE CUALQUIER MANERA!”.—BESTIALIDADES DE LOS VERDUGOS.—EL ASESINATO DE BORIS LUIS Y ABEL.

El 26 de Julio. ¿Las 24 horas del 26 de julio de 1953? No puedo concentrarme a pensar en un espacio de tiempo tan cerrado. Para mí, el 26 de julio empezó el 25. Desde ese día supimos que estábamos en las últimas horas antes de una acción de importancia. No sabíamos exactamente lo que iba a ocurrir y no lo preguntábamos. Nos limitamos a trabajar. Haydée Santamaría y yo sabíamos que vendrían muchos automóviles con otros compañeros, a reunirse en la casa de Siboney.

Nos dedicamos a limpiar el patio, que había quedado lleno de clavos y pedazos de madera: eran restos de la cerca que se había levantado para que no se viera lo que ocurría dentro. Temíamos que los automóviles se poncharan con algún clavo olvidado: limpiamos el patio pulgada por pulgada.

Después colocamos las colchonetas que nos habían mandado para que descansaran los muchachos. Y en eso estábamos cuando empezaron a llegar los primeros: García Gómez venía en un automóvil agitando en la mano unos papeles donde había escrito un poema revolucionario.

Ernesto Tizol me puso riendo un paquetico en la mano, como si fuera un regalo: era una bandera del 4 de septiembre que habían traído como camuflaje. En unos momentos la casa se llenó de esa actividad concentrada de muchas personas moviéndose en silencio.

Del fondo del pozo sacaron los uniformes que estaban allí guardados. Estaban húmedos y arrugados: Haydée y yo

empezamos a plancharlos, mientras Guitart me suplicaba: Oye, el primero que planchen es para mí. Lo complacimos y desde las diez de la noche ya él paseaba por toda la casa, de completo uniforme, con gorra y todo. Comimos mangos, leche y galleticas.

FIDEL REPARTE LAS ARMAS

Como a las once de la noche llegó Fidel y se repartieron las armas: había una atmósfera de disciplina como nunca la he visto antes ni después: un momento como ese no se puede ni describir... Mientras nosotras terminábamos de planchar uniformes, los muchachos empezaron a moverse con las armas.

Hubo un momento de terror: alguien vio a un hombre uniformado moviéndose en la sombra del patio. ¿Sería un oficial de la Dictadura? ¿Estaríamos descubiertos? Alguien se asomó sigilosamente a mirar, mientras los demás esperábamos. El vigía se echó a reír: era Guitart, el primer uniformado, que tomaba el fresco de la noche.

Y ese no fue el único susto: cuando Fidel terminó de repartir las armas, a uno de los muchachos se le escapó un tiro al aire. Después del disparo cayó un gran silencio sobre todo el mundo; era posible que el tiro hubiera atraído la atención de alguien, pasamos minutos y minutos nada más que oyendo chillar a los grillos. Después volvimos a respirar: estábamos de suerte. Nadie había oído.

Haydée y yo nos acercamos a Fidel para pedirle órdenes, nos dijo que esperaríamos por ellos en la casa de Siboney hasta que hubiera noticias del resultado de la acción. Nosotros nos miramos decepcionadas. Hasta entonces habíamos estado seguras de que iríamos con ellos y ahora nos sentimos echadas a un lado. Yo le protesté a Fidel de que nosotras éramos tan revolucionarias como cualquiera de los de allí y que era injusto que nos discriminaran por ser mujeres. Fidel titubeó: le habíamos tocado un punto sensible. Nos dijo que él dejaba la responsabilidad en manos de Abel: él decidiría si su hermana y yo debíamos ir con ellos. Esperamos a Abel con impaciencia. No podíamos creer que nos dejaran atrás después de que nos habíamos considerado parte esencial del grupo. Cuando llegó Abel, lo flanqueamos en seguida para pedirle su opinión. Pero ya entonces tuvimos un buen defensor: el doctor Mario Muñoz dijo que podíamos



El combatiente José Luis Tasende, herido en el combate. La tiranía, más tarde, presentó cínicamente su cadáver —al igual que otros muchos— como muerto en la acción.

ir en calidad de enfermeras. Nos reclamó como necesarias, Abel y Fidel nos dieron permiso y empezamos a prepararnos.

SALIDA HACIA EL CUARTEL

Como a las cinco de la madrugada, Haydée y yo salimos en el último automóvil. El trayecto fue sin incidentes, excepto porque vimos algo que nos asustó de pronto: la máquina de Boris Luis abandonada y con las puertas abiertas en la cuneta. Comprendimos que había ocurrido lo que temíamos: se habían ponchado. Fuimos en tensión el resto del camino y, casi como a propósito para calmarnos, fue a Boris Luis el primero que vimos disparando junto a un muro del Moncada. Entre ráfaga y ráfaga, extendió la mano para saludarnos.

Cuando nos bajamos en el Hospital, ya tuvimos que atravesar el espacio hacia la puerta bajo fuego graneado. La batalla estaba andando. Casi en seguida que llegamos tuvimos que atender heridos: los dos primeros fueron soldados de la dictadura que levantamos del suelo inútilmente: estaban muertos. Más tarde llegó uno de los nuestros herido de bala a sedal en el vientre. Luego llegaron más y más. Pero el ruido de los balazos disminuía y eso era un signo malísimo.

"CONSERVEN LA VIDA DE CUALQUIER MANERA"

Entró Abel y nos hizo notar que los disparos venían de un solo frente de los que se habían señalado para el ataque al Moncada. Esto era señal de que habíamos fracasado: por momentos el fuego era menos y menos y menos... Eran como las ocho de la mañana. Abel nunca perdió la serenidad. Nos llamó a las dos aparte y nos dijo: Estamos perdidos. Ustedes saben igual que yo lo que me va a pasar a mi y posiblemente a todos. Pero lo que más me interesa es que ustedes, las mujeres, no se arriesguen. Escóndanse por el Hospital. Ustedes son las que más oportunidad tienen de salvar la vida. Conserve la vida de cualquier manera. Tiene que quedar alguien para contar lo que pasó aquí. No supimos que contestarle. Se nos fue entre las manos. Minutos después lo vimos en el patio, cuando lo detuvieron y se lo llevaron entre varios soldados, a golpes y culatazos.

Corrimos por los pasillos del hospital y nos refugiamos en la Sala de Niños, que era un infierno de chillidos y terror, los niños no habían tomado alimento y gritaban de hambre y miedo. Ayudamos a la enfermera a preparar agua de cebada

y eso nos ayudó a no pensar en lo que podía estar ocurriendo afuera.

BESTIALIDAD DE LOS VERDUGOS

A las diez de la mañana nos encontramos en la Sala de Niños. Nos subieron a un automóvil y nos llevaron al cuartel. Allí nos encerraron en una gran habitación que posiblemente pertenecía al club de oficiales, porque recuerdo que había mesas de billar. Y bajo las mesas de billar los muchachos ya torturados se quejaban sangrando sobre las baldosas. Se los llevaban de cuatro en cuatro, los arrastraban con ellos y un rato después los traían, desmadejados, para llevarse cuatro más. ¿Qué les hacían más allá de aquella puerta? Nunca lo supimos, porque a todos les habían arrancado los dientes a culatazos y cuando querían hablarnos sólo abrían la boca enseñando las encías ensangrentadas y murmurando cosas que no se entendían.

A mi lado dejaron caer al muchacho que habíamos atendido en el Hospital. El de la bala a sedal en el vientre. No estoy segura, pero creo que ya estaba muerto. Había quedado a mitad del camino por donde pasaban los soldados y traté de levantarlo para que no le pasaran por encima. Con mucho trabajo lo senté y le apoyé la cabeza en mi hombro, pero pesaba mucho y se volvió a resbalar una y otra vez. Por fin no tuve más fuerzas para alzarlo y los soldados, sin preocuparse de apartarlo le pasaron varias veces por encima. La herida del vientre se abrió completamente y por ella empezaron a salirse los intestinos. Cuando nos sacaron de allí seguía tirado en el suelo: nunca supe como se llamaba.

Varios soldados nos llevaron a la oficina de la comandancia. Por el camino, uno de ellos nos dijo: ¿Ustedes no querían sangre? Pues vengan para que vean sangre.

Nos llevaron a la barbería del cuartel, donde por lo visto habían torturado a muchos. Estaba completamente cubierta de sangre: no sólo el piso sino hasta las paredes y el techo. Nos arrastraron hasta un balconcito estrecho: allí parecía haber un tragante tupido y la sangre se había estancado en un charco de un centímetro de profundidad. De afuera soplabla una brisita de mañana, que hacía pequeñas olas en el laguito de sangre, como un mar muy tranquilo rompiendo en la arena.

Encerradas en la oficina de Sarria pasamos un espacio de tiempo que no sé cuánto duró. No sé, me acuerdo que un

soldado iba y venía, horrorizado, hablando solo y muy bajito como un loco, con un sonsonete que no paraba: "Esto sí que a mí no me gusta. Esto no puede ser". Me acuerdo que Haydée y yo comenzamos a tener arqueadas secas, con dolorosas contracciones del estómago vacío. Pedí agua y me dijeron que: "Íbamos en coche de que no nos hubieran matado y de contra pedíamos hasta agua."

Luego debe haber pasado un día, porque nos llamaron para que viéramos el entierro de los militares muertos. Nos asomaron por una ventana y vimos salir los carros fúnebres, con banda militar y banderas del cuatro de septiembre. Buscamos para ver si veíamos algún ataúd que pudiera ser de los nuestros. Pero de ellos sí que no volvimos a saber jamás. De afuera nos llegaban noticias que era mejor ni oír. A través de la puerta oímos gritar a una mujer en el pasillo: "Me mataron a mi marido". Luego nos dijeron "Al cabecilla de ustedes, a Fidel Castro, lo hicimos tiritas" y hasta nos ofrecieron enseñarnos el cadáver.

EL ASESINATO DE BORIS LUIS Y ABEL

En la noche un soldado le dijo a otro: "¿Qué se habrá creído ese de los zapaticos de dos tonos?" Y comprendí que habían atrapado y torturado a Boris Luis: él llevaba los únicos zapatos de dos tonos. En el fondo, creo que las dos estábamos seguras de que Abel había muerto, pero creíamos que si no lo decíamos lo mantendríamos vivo. Ni una sola vez habló Haydée de su hermano, como para no matarlo con el pensamiento. Sólo lo mencionó cuando nos trasladaron, una eternidad después al Vivac de Santiago de Cuba.

Bajamos las dos desde la claridad de afuera hasta un sótano donde estaban hacinados los prisioneros. Y por primera vez Haydée dijo en voz alta lo que siempre había temido: Mira bien. Si Abel no está aquí, es que lo mataron. Instintivamente nos apretamos las manos en la obscuridad mientras bajamos la escalera. Uno a uno empezamos a mirar a los muchachos, buscando el rostro de Abel. Haydée llegó primero con sus ojos al último de la fila, porque sentí que la presión de su mano iba disminuyendo hasta cesar: Abel Santamaría estaba muerto. Después, no sé cómo, alguien me dijo que ya era el 28 de julio.

Así, setenta y dos horas de mi vida desaparecieron. Era el 28 de julio: la larga noche sin días del 26 de julio había terminado.

“los hombres mas valientes que pueda haber”

relato de melba hernández

MIS PRIMEROS CONTACTOS CON EL MOVIMIENTO.
—EL CENTRO DE OPERACIONES DE FIDEL.—LAS
LABORES EN 1953.—EL ASALTO AL MONCADA.—
FEROZ REPRESION.—DIFUSION DE “LA HISTORIA
ME ABSOLVERA”.

Fue el primero de mayo de 1952 cuando hice mis primeros contactos con lo que había de ser el grupo entrañable del Moncada. Había ido a un acto que se celebraba en el cementerio; allí conocí a Abel Santamaría. Abel me invitó a ir a su casa para que conociera las ideas de Fidel. Fui esa noche. Fidel no pudo concurrir. Conocí a Haydée Santamaría.

Dos o tres días después, en la casa de Haydée y Abel, ví a Fidel. En aquella época muchos jóvenes sabíamos cuál era nuestro deber con la patria, pero no encontramos el camino para encauzarnos. Cuando Fidel tomó la palabra en aquella reunión yo tuve la impresión inmediata de que sabría guiarnos y que realizaría con éxito los planes que se proponía.

Ya desde entonces fui visita diaria de la casa de Abel y de Haydée. Y fue creciendo además de la absoluta identificación revolucionaria, un sentimiento de profunda amistad, fraternal, hacia “Yeyé”.

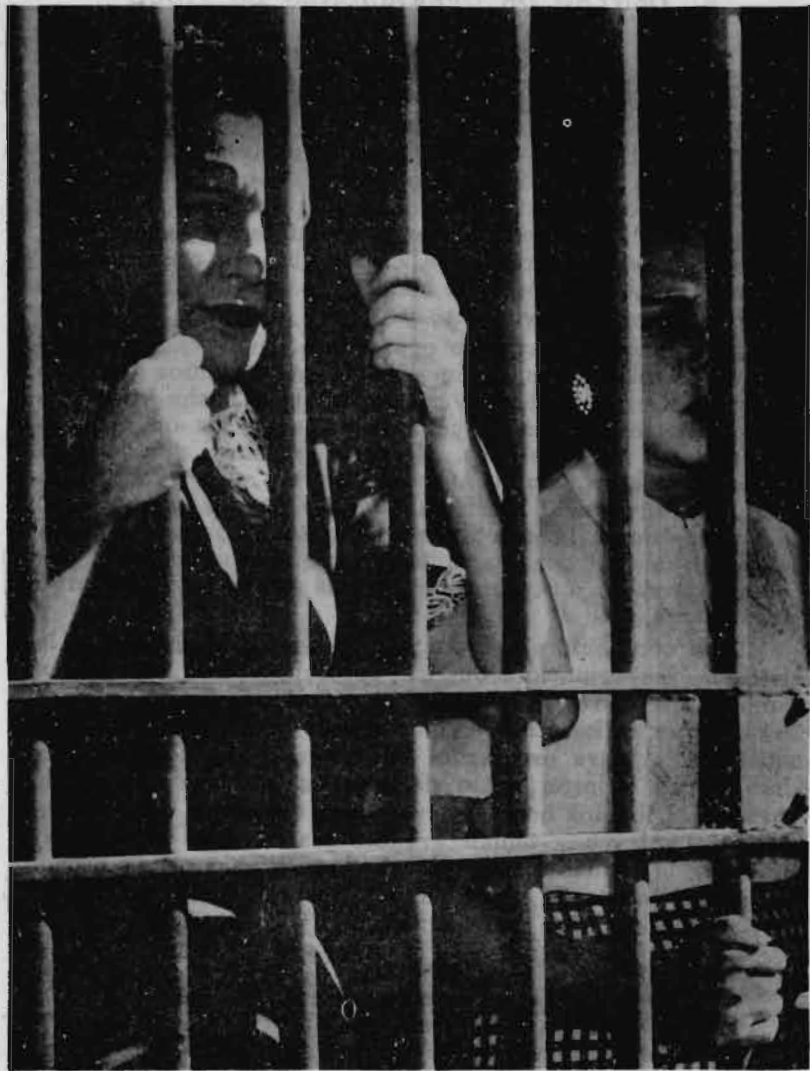
NOTA.—Este relato fue publicado en la revista “Verde Olivo”, edición de fecha julio 28 de 1963, página 29, bajo el título “Siempre supimos que el asalto al Moncada culminaría en la Victoria”.

Yo había estudiado Leyes. No era una carrera "productiva" para mí. Los pocos asuntos que llevé no eran los que dejaban mayores ganancias, aunque sí los que permitían mis principios. Mis "clientes" eran guajeros explotados, una muchacha que del prostíbulo salía para la cárcel; obreros despedidos. Recuerdo aún un caso que llevé defendiendo a los obreros de los "Omnibus Aliados"...

Una vez, cuando Fidel estaba recién graduado, con el fin de recaudar fondos para el movimiento, íbamos a llevar un asunto de Eugenio Sosa, que era dueño de una arrocera en Matanzas y, según conocimos después, tenía intereses en el "Diario de la Marina". A medida que nos íbamos adentrando en los hechos, el trabajo nos iba gustando menos. Al conocer todos los pormenores, decidimos defender a los campesinos que Sosa acusaba, y no a éste, y renunciar así a la posibilidad de obtener algunos fondos. Así mantenía Fidel, desde el principio, la pureza de nuestro movimiento.

Nunca olvidaré mi primer pequeño trabajo para el movimiento. Fue el 20 de mayo del 52. Se editaba entonces el periódico "Son los mismos" y se me designó para distribuirlo en un acto que se celebraría ese día en la Universidad. Más adelante, Fidel, con el espíritu crítico que lo caracteriza, propuso cambiarle el nombre al periódico por "El acusador", ya que según nos explicó hacía falta un periódico más combativo. El primer número de "El Acusador" lo distribuimos el 16 de agosto en un acto en memoria de Chibás. Al ir a buscar el periódico a la imprenta fuimos detenidos Abel, Elda Pérez y yo. El SIM nos cogió en la misma imprenta. A nosotras se nos puso en libertad al mediodía, no sin antes recibir un "responso" de Ugalde Carrillo. Al salir quisimos informar a los demás compañeros y ninguno aparecía. Al día siguiente fui con Fidel y Yeyé a visitar a Abel en el vivac. Fidel tenía sólo un peso en el bolsillo. No sabía que comprarle al compañero preso. Al fin se decidió por comprarle cigarros, fósforos y tabacos. El recuerdo de Fidel cargando el paquetico de cigarros para Abel ha quedado en mi mente con tantos recuerdos de aquellos días.

Al ver a Abel nos quejamos de la "irresponsabilidad" de los compañeros que se habían esfumado. Abel sonrió y llamó a los demás compañeros. Uno a uno fueron apareciendo "Chucho" (Jesús Montané). Raúl Gómez García... todos los demás. La policía había hecho una redada de la que sólo se habían salvado Fidel y Yeyé.



Haydée Santamaría y Melba Hernández, tras las rejas después de participar en la heroica acción.

EL CENTRO DE OPERACIONES DE FIDEL

Ya desde entonces la policía nos tenía fichados y las persecuciones no se hicieron esperar. Teníamos escondida en la casa de Abel una ametralladora viejísima que era nuestro mayor tesoro. Un día, allí se presentó Irenaldo García Báez. Pudimos actuar rápidamente. Mientras Irenaldo subía por un elevador, por el otro bajaba la ametralladora. El hijo de Pilar García comenzaba entonces su carrera de asesino. Allí se quedó haciendo preguntas y parecía interesarse por las palabras de Abel. Ese interés no respondía a otra cosa que al deseo de conocer lo más posible del carácter de nuestro movimiento y de sus dirigentes.

Fidel hizo su centro de operaciones en la casa de Abel y en la de mis padres. A fines del 52 ya teníamos gente de Pinar del Río, La Habana y Matanzas. Una noche hubo una revisión de las tropas. Aquella fue una de las operaciones más audaces de esos días. Mi casa era muy grande. Mis padres y yo la evacuamos. Cuando regresé más tarde, recibí una gran sorpresa al abrir la puerta. Aquello estaba lleno de jóvenes desde la sala hasta el fondo. Y lo más sorprendente era el extraordinario silencio que guardaban. Fidel había ordenado una "alarma" y las tropas respondieron rápidamente.

Para conmemorar el Centenario del Apóstol se hizo la histórica peregrinación de las antorchas. Se movilizaron compañeros de La Habana y Pinar del Río para participar en ella. Fue un hermoso y emocionante homenaje al Apóstol aquel desfile para esperar el 28 de enero de 1953. De la Universidad bajaron miles de jóvenes con sus antorchas. Entre ellos íbamos nosotros, ya como un grupo organizado. Nuestras antorchas tenían grandes clavos para poder responder a la policía si nos atacaba. Marchábamos de brazo, disciplinadamente, la gente cuando nos veía pasar se impresionaba. Oí a varios que comentaban:

—¡Esos que van allí son los comunistas!

LAS LABORES EN 1953

Ya en el 53 el trabajo se intensificaba. Ellos salían a las fincas cercanas y Yeyé y yo nos quedábamos con alguna tarea en La Habana. Otras veces íbamos con los compañeros para trasladar armas y uniformes.

Uno de los trabajos más delicados que se me asignó fue el de hacer contacto con el compañero Florentino Fernández. Este era sargento sanitario del Ejército de Batista y trabajaba con nosotros. Nos prestó gran ayuda: él consiguió gran número de los uniformes con los que fuimos al Moncada. Como es natural, ésta y cada una de las tareas que había que ir desarrollando se llevaba a cabo dentro de gran discreción y con el conocimiento de un reducido número de compañeros. Florentino fue luego con nosotros al Moncada y hecho prisionero y golpeado salvajemente; se salvó por el ardid de hacerse el loco. Hoy está en las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

En mi casa se guardaban uniformes y armas. Los planes se iban desarrollando. De vez en cuando se aparecía Fidel. Unas veces iba con Oscar Alcalde, otras con Níco López; otras con Chenard, etc. Traían cajas vacías y se llevaban armas y uniformes. Esta operación se fue realizando a lo largo de los días.

Una noche —previamente me habían avisado de que tendría un contacto muy importante— tocaron a mi casa. Era un muchacho que tenía una mancha en la cara. Era Renato Guitart. Lo llevé, según las instrucciones que tenía, a la casa de Abel que estaba a unas pocas cuadras de la mía. Luego no supe más de él y guardé una viva impresión de este encuentro. Renato se hospedó en casa de Abel. Después partió sin que supiéramos nosotros hacia donde. Por un olvido, se llevó las llaves de Haydée. A los pocos días “Yeyé” recibió un paquetico con las llaves. Por más que lo examinamos no pudimos averiguar de dónde procedía. . .

Luego tuvo que salir Abel. Se fue para Santiago, aunque en aquel momento nosotras no lo sabíamos. Cuando Fidel supo que nos preocupábamos por Abel, empezó a traernos noticias de él frecuentemente. . .

Cuando seleccionaron a Haydée para salir a Santiago, con un paquete de armas y uniformes, ya no nos quedaron dudas de que los acontecimientos se avecinaban.

Al fin Fidel me planteó que me preparara para realizar una misión y que iba a tener la alegría de ver a Abel y a Yeyé. Recuerdo que fui a una florería de la calle Neptuno para conseguir una caja de flores. En ella metimos las escopetas que me tocaba llevar como parte del equipaje valioso. Cogí el tren de por la noche hacia Santiago, aunque todavía no sabía para dónde iba. Ernesto Tisols me acompañó al

ferrocarril. En Santiago me esperaban Abel, Renato Guitart y Elpidio Sosa. Ellos quisieron que conociera la ciudad antes de ir a la finca. Abel estaba muy contento y me habló con mucho entusiasmo del carácter de los santiagueros.

—Mira, Melba —me decía— cuando terminemos esto yo vengo a vivir a Santiago de Cuba.

A partir de entonces Haydée y yo estuvimos incorporadas al trabajo en la finca. Allí atendimos la limpieza, planchábamos los uniformes, ayudábamos a los compañeros; el 25 de julio oímos por radio los carnavales y Chaviano habló. Yeyé y yo pensábamos en qué lejos estaba de conocer los acontecimientos que se avecinaban y cuya naturaleza exacta nosotras también desconocíamos.

EL ASALTO AL MONCADA

Cuando llegó el momento de la salida para el Moncada, Fidel quiso que nos quedáramos en la casa. Nosotras protestamos. El nos comprendió plenamente y nos dijo que no tenía inconveniente. El Dr. Muñoz propuso que fuéramos con él al Hospital Civil, ya que podríamos ser muy útiles en la tarea de curar a los heridos. Fidel nos permitió ir y le gustó la idea, ya que estaríamos cerca de Abel, que ya había partido.

En la última máquina salimos para el Moncada. Con nosotros iban Julio Reyes, Raúl Gómez García y el Dr. Muñoz. De ese grupo sólo vivimos “Yeyé” y yo...

Llegamos al Hospital Civil bajo una balacera terrible. Los muchachos peleaban con coraje, con gran valentía. Las enfermeras, el personal del Hospital, la gente del pueblo se identificaban con nosotros. Algunos ayudaban a cargar las escopetas calibre 22. Son ellos, también, combatientes del Moncada. El fervor patriótico de los jóvenes se contagiaba a todos.

Mis compañeros fueron los hombres más valientes que pueda haber. En ningún momento perdieron la serenidad ni se rebajó la moral. Allí, en el Hospital, “Yeyé” se creció. Ella conocía algo de colocar vendajes y curar heridos. En el central donde nació —que hoy lleva el nombre de “Abel Santamaría Cuadrado”— “Yeyé” se había puesto a trabajar junto al médico para atender a los campesinos y a las familias pobres. Ahora, en el Hospital aplicaba sus conocimientos atendiendo no sólo a los heridos nuestros, sino a las dos bajas que tuvo el enemigo. Yo no tenía experiencia de enfer-

mera, pero creo que lo hice lo mejor que pude. Nunca había preparado siquiera una jeringuilla para una inyección. Allí lo hacía como una experta.

Delante del Hospital cayó el Tte. Fereau. Parece que regresaba a esa hora de los carnavales. Su mujer lo acompañaba. Al oír los tiros fue hacia el Hospital pistola en mano. Se le dio el alto. No hizo caso. Cayó delante del Hospital. Su mujer fue hacia él. Yeyé y Gómez García fueron a prestarle auxilio. Yo les cubría. Una bala dio cerca de Gómez García que cayó aturdido. Fui a atenderle, la mujer del Tte. gritaba bajo las balas. Corría peligro. Yeyé la convenció de que se fuera. De que si algo se podía por salvar la vida de su marido, nosotros lo haríamos. Y lo intentamos. Pero ya era tarde.

Allí, en el Hospital, vimos un joven vestido con una guayabera muy limpia, que había ido a atenderse. Nos miró a nosotros con desprecio profundo por el uniforme que traíamos. Era Julio Trigo, que había venido para participar en el ataque, pero se le separó del grupo porque la noche antes tuvo una hemoptisis.

Había ido al Hospital a curarse. Cuando le explicamos quiénes éramos quiso enseguida combatir junto a nosotros. No sé cómo consiguió un uniforme. No teníamos armas para él. En ese momento, uno de los cristales de las ventanas saltó hecho añicos por los disparos e hirió en la cara a Julio Reyes. Mientras lo atendíamos, Julio Trigo siguió peleando con la escopeta de éste. Cuando Julio Reyes estuvo dispuesto para reanudar la pelea, costó mucho trabajo que Trigo le devolviera la escopeta. Luego se apoderó de una "Thompson" de un cabo de la policía y siguió peleando con ella. Se olvidó de su medicina, de su enfermedad. Cuando Abel dio la orden de que cesara el fuego porque ya se había acabado el parque, Trigo quería seguir peleando, ya que todavía le quedaban balas de la "Thompson". Hubo que darle una orden para que dejara la ametralladora y se pusiera de nuevo su traje de civil. Nosotros pensábamos que así podría salvarse.

Se estuvo combatiendo hasta las ocho de la mañana. El parque se había agotado. Ya el fuego había cesado en el resto de los puntos atacados. Abel dio la orden de que cesara el fuego y empezó a planear la manera de salvar el mayor número posible de compañeros. Las enfermeras y los enfermeros del Hospital colaboraron mucho con nosotros. Recuerdo que un viejecito le dio su cama a Abel. La enfermera le

vendió un ojo a éste para que pareciera un paciente. Los compañeros se pusieron batas sanitarias. Yeyé y yo fuimos para la sala de niños donde había un verdadero caos. Con los disparos, al iniciarse el ataque, los niños se habían despertado y hubo que adelantarles la hora del alimento. Ahora lloraban nuevamente y fuimos a tranquilizarlos.

LA FEROS REPRESION

Los soldados de la tiranía no entraron en el Hospital hasta una hora después de cesar el fuego. Entonces comenzó la orgía de sangre. A uno de los hermanos Mathueo que había sido herido, lo sacaron de su cama y lo desaparecieron. A nosotros nos llevaron hacia el cuartel. Antes de llegar al mismo, asesinaron al doctor Muñoz. Estaba a unos pasos de nosotras.

Nos llevaron al Club de Oficiales del Moncada. Allí iban llegando los muchachos que venían de las cámaras de torturas. Allí llevaron a un compañero al que habíamos vendado una herida en el vientre. Venía con el cuerpo destrozado, con la cara cubierta de sangre. Lo habían golpeado terriblemente. Se sentó junto a mí. Apenas podía sostenerse. Yo traté de sostenerlo con los hombros. Pero era inútil. Cayó al suelo. Allí lo patearon y golpearon más aún. Estaba ya inconsciente. Luego se lo llevaron y no lo vimos más.

Haydée y yo oímos a aquellas bestias que hablaban:

—El de los zapatos de dos tonos es una fiera...

Nos dimos cuenta de lo que querían decir aquellas palabras. Boris tenía unos zapatos nuevos de ese tipo. Con ellos había ido al Moncada por una muchacha, ya que los demás se pusieron zapatos que venían bien con los uniformes. Hablaban de Boris. Lo estaban torturando y no podían dominarlo.

A Yeyé y a mí nos pasaron a una oficina. Desde allí vimos los funerales de los soldados y la llegada de Díaz Tamayo. Estábamos impacientes. Cerca de nosotras se estaba desarrollando la tragedia, se estaban cometiendo los crímenes terribles y nada conocíamos. "El Tigre" fue a vernos. Nos dijo lo que le habían hecho a Abel y a Boris. Haydée tuvo tanta firmeza en aquellos momentos que no puedo describirla. Fidel lo contó en "La Historia me absolverá". Como él dijo: "Nunca fue puesto en lugar tan alto el heroísmo y dignidad de la mujer cubana".

Alrededor de las siete de la noche de aquel día terrible en que la soldadesca venía a rendirnos cuenta constantemente de sus atrocidades, un sargento que hasta entonces se había mantenido discretamente y no había participado en aquellos hechos siniestros, se acercó a nosotras. Le dio un pañuelo blanco a Haydée y le dijo:

—Toma, lo vas a necesitar. Lo que ustedes esperaban, pasó ya.

Por esta frase calculamos que fue a esa hora cuando asesinaron a Abel.

¡Con cuánta firmeza recibió Haydée aquella noticia! Hay que ver lo que era su hermano para ella. No he conocido hermanos más unidos. Más fácil hubiera sido para Yeyé perder la vida que perder la de los seres que más quería. Yeyé no querrá que hable así. Pero puedo decirlo. Las mujeres cubanas podemos enorgullecernos de contar con un ejemplo como el de ella.

Abel nos había dicho en el Hospital que sabía que iba a morir.

—Lo importante —decía— es que no muera esto que hemos iniciado.

Fidel nos había enseñado que al final sería la victoria y a pesar de aquellos golpes terribles, a pesar de que pensábamos que el propio Fidel había caído, siempre mantuvimos la fe en los principios y en el triunfo final.

Después vino el juicio, el proceso que todos conocen, con las calumnias que quiso atribuirnos la tiranía y que Fidel pulverizó en su histórica defensa. A Haydée y a mí nos condenaron a siete meses en la cárcel de Guanajay. Los demás compañeros fueron condenados a Isla de Pinos.

DIFUSION DE "LA HISTORIA ME ABSOLVERA"

A nuestra salida de la cárcel hicimos contacto por medio de cartas que secretamente llegaban de Fidel a nosotras. Fidel reconstruyó en el presidio "La Historia me absolverá" y nos la envió. Fidel nos decía que el Moncada había sido necesario, que en aquel momento era la acción indicada, pero que ahora había que dar una gran batalla ideológica. Cuando tuvimos en nuestras manos "La Historia me absolverá" nos dispusimos a editarla. Desde el presidio Fidel nos decía cómo debía ser la portada, los colores que se usarían y aun el tipo de letra y los espacios que habría entre los párrafos. Nos

encomendó una tirada ambiciosa. Creo que de unos 100,000 ejemplares. Esto no lo recuerdo bien. No pudimos tirar tantos. Se editó en una imprenta pequeña. El dueño se llamaba Emilio. En la edición intervinimos Lydia Castro, Pepe Valmaña, Humberto Grillo, Gustavo y Machaco Ameijeiras. Haydée y yo.

Por aquella época estábamos en el trabajo clandestino, que Fidel orientaba desde la cárcel. Nos ocupábamos de reunir a los compañeros que no habían ido al Moncada por falta de armas. Luego vino la gran campaña nacional por la Amnistía. A los 22 meses, los compañeros fueron puestos en libertad.

Haydée, Lydia Castro y yo los esperamos en la Isla de Pinos. ¡Podrán imaginarse lo que fue aquel momento para nosotras! Erán dos años sin ver a los compañeros y además, era la oportunidad de continuar la lucha. Haydée había ido una vez a Isla de Pinos con la esperanza de ver a Fidel y había tenido que regresar sin lograrlo. Ahora, al reunirnos tuve la confirmación de aquello que Fidel nos había dicho, de aquello que nos repetía Abel, de aquello que estaba en el alma de cada uno de los grandes compañeros que cayeron: el Moncada era una victoria porque señalaba un camino. Y ya esa misma noche, en el propio barco, rehuyendo chivatos y espías del gobierno, el movimiento tuvo su primera reunión después de la prisión.

el asalto
a la posta tres
el 26 de julio

relato del comandante
jesús montané oropesa

**DETALLES DEL ASALTO.—¿QUE PASO EN SIBONEY?
—SADICAS AMENAZAS.—LA PRIMERA DELACION.—
¿POR QUE SE ESCOGIO EL MONCADA?—EXTRAC-
CION REVOLUCIONARIA.—LA SALIDA A ORIENTE.
—ORGANIZACION DEL ATAQUE.—¿POR QUE SE
ESCOGIO EL DIA 26?—CAUSAS DEL FRACASO.**

“A las cuatro de la madrugada ya estábamos preparados los 133 hombres y dos mujeres que nos encontrábamos en la granja “Siboney”, a quince minutos de Santiago. Había llegado el momento de salir para atacar. Fidel, minutos antes, nos había ordenado ponernos los uniformes de militares, entregando las armas, y dado las instrucciones pertinentes.

“Fidel pidió voluntarios para tomar la posta tres, y en honor a la verdad, todos dimos un paso adelante. Pero fue el Dr. Castro quien escogió a los que integraríamos ese primer grupo: Carmelo Noa, de Artemisa; José Luis Tasende, obrero de una compañía productora de queso; Renato Guitart, de Oriente; Ramiro Valdés, un joven de Artemisa; José Suárez Blanco, líder del M-26-7 en Pinar del Río, también de Artemisa; Pedro Marrero, obrero de una cervecería; y quien les habla.

“Renato Guitart era el jefe de la “Operación Posta Tres”. A las 5 y 10 de la madrugada del 26 de julio partimos hacia nuestro objetivo. Quiero aclarar que no se distribuyeron cargos algunos ni galones de ninguna clase, ya que éstos —todos

NOTA.—El presente relato fue publicado en el suplemento del periódico “La Calle”, de fecha 26 de julio de 1959, pág. C-8.

estábamos de acuerdo— había que ganárselos en la lucha. A las 5 y 20 minutos de la madrugada llegamos al cuartel “Moncada”.

“En la primera máquina en el asiento delantero, íbamos Pedro Marrero, al timón; yo en el medio, y Renato Guitart a mi derecha, en la ventanilla. Renato con un arma larga y una pistola, yo con un rifle calibre 22, y Marrero con una 45. En el asiento trasero, Noa, Tasende, Ramiro Valdés y Suárez Blanco, con armas largas y cortas distribuidas.

“Nadie en el asalto utilizó armas blancas, pues, sencillamente, no las llevábamos. En la posta tres había dos soldados y un sargento. Nosotros parqueamos el auto a 10 ó 15 metros de ese lugar. Como estábamos vestidos de militares saludamos a los tres militares y ellos nos respondieron. Nos apeamos los siete del automóvil. Ramiro Valdés y quien había quitado las cadenas que cerraban la entrada de las máquinas al cuartel, mientras que Marrero, Guitart, Noa, Tasende y Suárez Blanco desarmaban a la posta. Los dos soldados no ofrecieron resistencia, pero el sargento intentó tocar el timbre de alarma, a pesar de las advertencias que se le hicieron, y hubo necesidad de ultimarle de un balazo.

“La cara de sorpresa del sargento es tal, cuando cae herido, que le dice a Suárez Blanco: “¡Hijo, qué has hecho?..”, pues pensaba que era un compañero del Cuerpo. Pero aun herido, el sargento en su caída logra tocar el timbre de alarma, y con ello alertar al resto de la tropa. Casi simultáneamente el compañero Gustavo Arcos, tripulante del tercer auto, se le hace sospechoso a un militar y no le queda más remedio que tirarle. También un posta cosaco —movible— que vigila los alrededores del cuartel, atrasado en su recorrido según los chequeos que habíamos realizado días antes, nos sorprendió y constituyó un factor importantísimo en el fracaso del asalto.

“Después de desarmar a los dos soldados de la posta tres, que no hicieron resistencia, los llevamos encañonados hasta una barraca que está a la izquierda del cuartel, después de entrar. Suárez Blanco, Ramiro Valdés y yo, logramos encañonar a más de 50 soldados que se encontraban a medio vestir y semidormidos. Entonces se origina un tiroteo y la gente restante del cuartel logra formar una resistencia.

“Muchos compañeros que no conocían la topografía del Moncada, equivocadamente entraron en las casas aledañas al cuartel, creyendo que eran parte de la fortaleza. Cuando teníamos encañonados al grupo de 50 soldados comenzaron a tirar-

El brote subversivo de Oriente

MAS DE 80 MUERTOS

Muchos de ellos sin identificar aún

CONTROLADA LA SITUACION

Copados en la costa grupos de los atacantes fugitivos



LA OLA DEL SUR. El jefe de la columna subversiva del sur, el Comandante Manuel... (text is partially obscured)

En los últimos días de la campaña de Oriente, los grupos subversivos se han retirado a las zonas montañosas de la zona oriental de la provincia de Oriente. A los combates —aunque limitados— sostenidos en las zonas montañosas, se ha agregado la actividad de los grupos subversivos en las zonas montañosas de la zona oriental de la provincia de Oriente. Los grupos subversivos se han retirado a las zonas montañosas de la zona oriental de la provincia de Oriente. Los grupos subversivos se han retirado a las zonas montañosas de la zona oriental de la provincia de Oriente.

Los grupos subversivos se han retirado a las zonas montañosas de la zona oriental de la provincia de Oriente. Los grupos subversivos se han retirado a las zonas montañosas de la zona oriental de la provincia de Oriente. Los grupos subversivos se han retirado a las zonas montañosas de la zona oriental de la provincia de Oriente.



Foto: M. S. / A. S. / A. S.

LOS MUERTOS

En Santiago de Cuba: Tomás Pineda, Manuel... (text is partially obscured)

LOS HERIDOS

En Santiago de Cuba: José... (text is partially obscured)

ULTIMAS NOTICIAS DE SANTIAGO DE CUBA

La ciudad de Santiago de Cuba... (text is partially obscured)

En Santiago de Cuba... (text is partially obscured)

nos de distintos lugares. A esa hora ya estaba formado el tiroteo en el Palacio de Justicia, que había sido tomado por Raúl Castro, habiendo emplazado una ametralladora en la azotea, cumpliendo así las órdenes de su hermano Fidel. Abel Santamaría, conjuntamente con su hermana Haydée y la Dra. Melba Hernández —hoy mi esposa— habían ocupado el hospital "Saturnino Lora".

"En otras barracas del cuartel los soldados comenzaron a tirarle a los demás autos que se encontraban fuera del Moncada. La resistencia duró hasta las 8 y 30 de la mañana del 26 de julio. El tiroteo fue intensísimo. Desde el Palacio de Justicia y desde el hospital nuestros compañeros disparaban hacia el cuartel.

"En todo momento el compañero Fidel se mantuvo dirigiendo el ataque manteniéndose siempre en zona de peligro, saliendo con vida por verdadero milagro de Dios. Hubo un instante en que, cuando ya se había dado la orden de retirada, una ráfaga de ametralladora nos pasó muy cerquita de nuestras cabezas, lanzándonos juntos al suelo.

"Logré coger una máquina junto con Ciro Redondo y Suárez Blanco, y nos dirigimos a Siboney, según las instrucciones que habíamos recibido en caso de fracasar el ataque. Fidel también logró salir en otro auto, logrando más tarde agrupar alrededor de 20 compañeros en Siboney, lugar donde nos conminó en un discurso a continuar la lucha, y animados por sus palabras nos dirigimos hacia las lomas de "Siboney" para allí continuar la resistencia armada.

"De ese grupo, entre otros, recuerdo a los siguientes compañeros: Almeida, Oscar Alcalde, Mario Chanes, Francisco González, Eduardo Montano, Jaime Costa, Armando Mestre —muerto en el "Granma"— Israel Tápanes, Reynaldo Benítez, Vero, Lazo y otros más hasta el número de 20 justamente.

"De los siete que íbamos en la primera máquina que asaltó la posta tres, murieron cuatro: Noa, Guitart, Tasende y Marrero. Guitart fue muerto en combate. A Tasende lo vi herido en una pierna durante la lucha. De Marrero tengo la impresión que fue asesinado más tarde, al igual que la mayoría de nuestros compañeros. De Noa realmente no sé, aunque pienso lo mismo que con Marrero.

¿QUE PASO EN SIBONEY?

"El grupo de veinte que habíamos logrado reunirnos estuvimos dándole vueltas a las lomas aledañas a Santiago durante

los días comprendidos entre el 26 y 29 de julio en que Fidel nos ordenó a Tápanes y a mí que bajáramos a Santiago para acompañar a tres heridos, y además porque estábamos sumamente debilitados, y sin fuerza alguna para proseguir en los montes.

“Cuando bajamos, Tápanes, los tres heridos y yo, nos detiene un grupo de militares y nos conducen al cuartel “Moncada” donde nos recibe una jauría de más de 50 soldados, cercándonos y dándonos de patadas e insultándonos hasta llegar a las oficinas del SIR. Reynaldo Benítez fue también víctima de esas vejaciones.

Mientras, Fidel y los demás se internaban en los montes.

SADICAS AMENAZAS

“Se me acercó un sargento con los guantes ensangrentados y una navaja barbera amenazándome con extirparme los testículos si no hablaba. Si decía que había combatido me iban a matar irremisiblemente. No podía revelar el nombre de Fidel, rara resguardarlo —al igual que a los demás—, ya que esa era la consigna hasta tanto no transcurrieran seis u ocho horas: el tiempo necesario para que lograran escapar. Me dieron un galletazo y me hicieron una herida muy leve con la navaja, aplicándoseme más bien torturas mentales, pero siempre negué mi participación en el ataque (hasta el día del juicio), con lo que logré salvar la vida. Me preguntaron si yo aspiraba a ser coronel, y le respondí que en la “General Motors” ganaba más que un coronel. Chaviano le dijo al capitán Lavastida, refiriéndose a mi persona: “Este tiene tipo de profesor... Es un intelectual... Déjalo, que es incapaz de hacerle daño a nadie... ¡No hace falta fusilarlo!...”

“Si logré despistar en los primeros momentos a los esbirros fue porque los guajiros del monte me habían dado una guayabera limpia y lo necesario para afeitarme y asearme, y por lo tanto no lucir como uno de los atacantes. En fin, me habían detenido por sospechas. Pero al enviarles al SIM, en La Habana, mis huellas dactilares y mi foto supieron que allí estaba fichado con motivo de la detención que me hicieron cuando un mal compañero nos delató a raíz de sacar el periódico “El Acusador”, en una tirada especial que hicimos de 10,000 ejemplares, de los cuales lograron ocuparnos 5,000. Todos los de ese grupo participamos en el asalto al “Moncada”.

“Entonces, Chaviano no tuvo dudas de que yo había participado en el ataque. Estuve preso en el “Moncada” hasta el primero de agosto, fecha en que fui trasladado para el vivac de Santiago de Cuba, llegando allí Fidel dos días después. De ese lugar nos trasladaron para la cárcel de Boniato, hasta el 1.º de octubre en que fuimos enviados a Isla de Pinos.

“En todos los momentos nos estuvieron amenazando de muerte. Y se prepararon expediciones desde el cuartel “Moncada” para asesinarlos; hechos que no pudieron llevarse a efecto gracias a la intervención del teniente Llanes Pelletier, que era supervisor militar de la cárcel de Boniato.

Fue en Isla de Pinos donde se funda la academia ideológica “Abel Santamaría” para adoctrinar a los 29 compañeros presos que allí nos encontrábamos, y fue Fidel quien personalmente nos adoctrinó”.

Jesús Montané Oropesa es hombre que no le gusta hablar de sí mismo, al igual que las principales figuras de nuestra Revolución. Gran esfuerzo nos costó que hiciera un paréntesis en sus agotadoras labores de la hora actual, pero cuando lo convencimos de lo imprescindible que resultaba para el periódico LA CALLE publicar un reportaje acerca del asalto al Cuartel “Moncada” —primero por salir este periódico en tan señalada fecha y segundo porque con ello honraría la memoria de la Revolución y de sus compañeros caídos— fue que accedió a concedernos la entrevista que hemos comenzado con el vívido e impresionante relato que nos hizo de la gesta heroica del 26 de Julio de 1953.

—Compañero Montané —le preguntamos— ¿dónde lo sorprendió a usted el 10 de marzo de 1952?

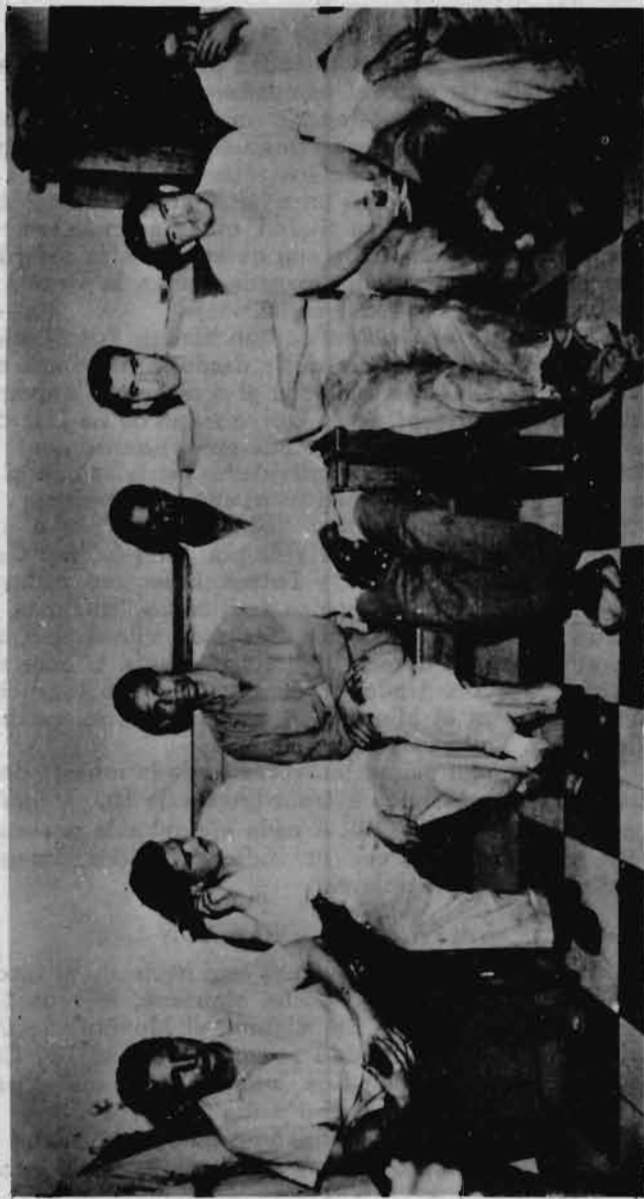
—Era el Jefe de Personal de la “General Motors Inter-America Corporation” donde llevaba seis años trabajando.

¿Y cómo se inició usted en las luchas revolucionarias?

—A media cuadra de donde yo trabajaba conocí al compañero Abel Santamaría Cuadrado, que prestaba sus servicios en una fábrica de autos. Cambiamos impresiones sobre la situación política de Cuba y coincidimos en los ideales libertarios. Después, hicimos contacto con un empleado de una cervecería y viejo revolucionario del año 30, con quien dimos los primeros pasos revolucionarios editando el periódico tabloide (pequeño) que se llamaba “Son los Mismos”.

—¿Cuándo conoció usted al Dr. Fidel Castro?

—Lo conocí fortuitamente. El 1.º de mayo de 1952, Abel Santamaría y yo fuimos al Cementerio de Colón, donde coinci-



Fidel y otros combatientes, detenidos por la tiranía después del heroico asalto al Moncada.

dimos con el Dr. Fidel Castro. A él se le había roto su automóvil, y como tenía que ir a la ciudad de Colón, en Matanzas, le pidió prestado su auto al compañero Abel.

Continúa diciéndonos Montané, mientras enciende un tabaco y nosotros lo imitamos: (Después relataré el simpático incidente que nos ocurrió con los tabacos).

Fidel tenía que ir a Colón para entrevistarse con el doctor Mario Muñoz, médico de esa ciudad, quien además era radioaficionado y piloto amateur, y con quien ya había establecido contacto para iniciar la lucha armada contra la tiranía. Nosotros acompañamos a Fidel en el viaje.

—Fidel le pidió al Dr. Muñoz que hiciera dos plantas de radio, clandestinas, para transmitir desde la provincia de La Habana. Una de ellas fue utilizada el 8 de mayo, aniversario de la muerte de Guiteras, en la Universidad de La Habana.

Nuestro entrevistado se acomoda en el asiento como para ir recordando mejor aquellas actividades iniciales que al final darían al traste con el régimen usurpador, y prosigue:

—Editamos otro periódico: "El Acusador", que estaba orientado por Fidel Castro, dirigido por Raúl Gómez García, joven estudiante de Filosofía y Letras, quien era natural de Güines, y más conocido entre nosotros como "El Poeta de la Revolución". Gómez García fue asesinado vilmente y torturado en el Moncada. Como subdirector fungía el compañero Abel Santamaría Cuadrado, joven contador de Encrucijada, también muerto en el Moncada. Como redactores estábamos Juan Martínez Tinguao y el que habla.

—Con motivo del primer aniversario de la muerte de Chibás publicamos una edición extraordinaria de 10,000 ejemplares con cinco hojas cada uno. A cada ejemplar le pusimos un sello con un gomígrafo, con un índice acusador. Imagínese usted sellar 10,000 ejemplares.

LA PRIMERA DELACION

A continuación del relato que nos está haciendo el veterano del Moncada y del Granma, Jesús Montané, le recordamos la primera traición de que fue víctima el Movimiento 26 de Julio, y de cuyo traidor habló recientemente el Dr. Castro en una comparecencia televisada, cuando explicaba al pueblo la traición de un miembro de la Fuerza Aérea.

—Por la delación de un compañero que nos ayudaba en la distribución del periódico —nos sigue diciendo Montané—

todos fuimos apresados por la Policía, —el 16 de agosto de 1952— la que logró ocuparnos 5,000 ejemplares. Pero los otros 5,000 logramos distribuirlos. Las compañeras Melba Hernández y Haydée Santamaría también fueron apresadas, pues ya se habían incorporado al Movimiento y trabajaban activamente con nosotros. También fue detenida Elda Pérez. Solamente, ahora recuerdo, que el compañero Tinguao logró zafarse de las garras policíacas.

—¿Ya Fidel había ido a Artemisa a captar nuevos elementos?

—Fidel fue a Artemisa, y entre otros había establecido contactos con el joven revolucionario José Suárez Blanco, Ciro Redondo, Ramiro Valdés, José Ponce Díaz, y otros compañeros más.

—¡Ah!, Comp. Montané, ¿podiera decirnos el nombre del primer traidor?...

—...No... No estoy autorizado para revelarlo...

¿POR QUE SE ESCOGIO EL MONCADA?

En el año 1953, cuando se produjo el ataque al cuartel "Moncada" muchos se preguntaron por qué no se escogió el antiguo campamento de Columbia u otra fortaleza habanera. Le hacemos la interrogación al compañero Montané, quien nos responde sobre este particular.

—Se escogió el Moncada porque era la segunda fortaleza militar de la Isla. Estimábamos que el tomar una posición de esa naturaleza haría un gran impacto en las huestes gobiernistas; además de que ello crearía confianza en el pueblo. Los efectos psicológicos de la toma del Moncada hubieran podido muy bien ser el comienzo del derrocamiento de la dictadura. Pensábamos hacernos fuertes en Oriente para después continuar la lucha en las demás provincias.

FINALIDAD DEL ATAQUE

Con marcada expresión de energía en su rostro, Montané nos dice:

“Fuimos al Moncada y a Bayamo no por el mero hecho de cambiar un régimen por otro, sino para liberar a Cuba de los lastres coloniales de los cincuenta años de vida republicana, como la politiquería, el latrocinio y el nepotismo, e implantar en el país un régimen que transformaría radicalmente nuestro sistema en lo económico, político y social. Y la prueba está

en que lo hemos hecho después, ahora, tal como lo habíamos prometido. Llevábamos en la mano un rifle, pero en la otra el programa de la Revolución, que fue redactado por Raúl Gómez García, bajo la dirección de Fidel.

EXTRACCION REVOLUCIONARIA

—Al fracasar el intento de insurrección del profesor García Bárcenas el 5 de abril de 1953, en el cual no participamos —nos dice Montané— decidimos hacer la Revolución dirigidos por la nueva generación, la que posteriormente se ha conocido como la del “Centenario del Apóstol”.

—Llegamos a la conclusión de que los partidos políticos existentes —todos— y sus líderes —todos— estaban incapacitados para vertebrar un movimiento insurreccional que eliminara la dictadura. Y al efecto, con fondos recaudados de nuestros propios ahorros, preparamos y organizamos el 26 DE JULIO.

—En la manifestación del 28 de enero de 1953 logramos reunir seiscientos compañeros que iban perfectamente organizados, como pudieron ver los habaneros en aquella memorable fecha. En su gran mayoría eran miembros del Partido Ortodoxo y del estudiantado cubano. Por ejemplo, en la Universidad de La Habana se incorporaron al Movimiento, Pedro Miret y Lester Rodríguez, el primero hoy ministro de Agricultura, y el segundo capitán del Ejército Rebelde, por cuyos conductos pudimos entrenar en armas a los hombres en la Universidad.

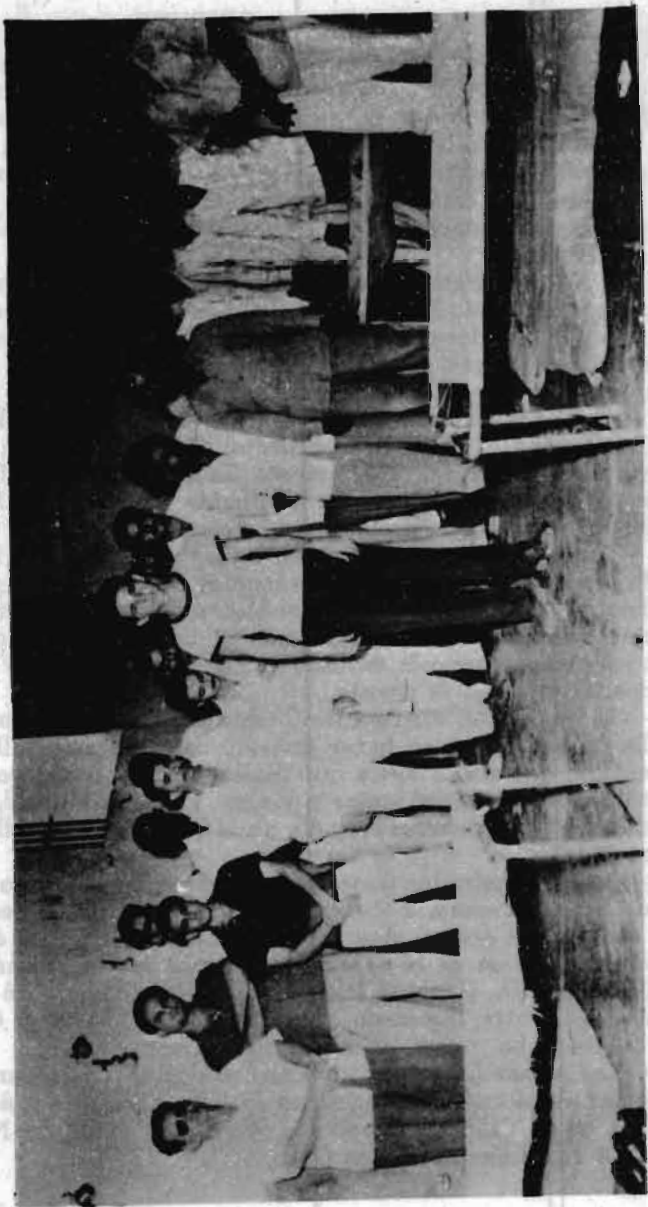
—¿Quién dirigía el Movimiento, compañero Montané?

—A la dirección del Movimiento pertenecían los compañeros Fidel Castro, Abel Santamaría, Oscar Alcalde, Ernesto Tizol, José Luis Tasende, Mario Muñoz, Renato Guitart, Pedro Miret, y un servidor.

FUE IDEA DE FIDEL

—¿Fue al doctor Castro a quien se le ocurrió escoger el cuartel “Moncada” para iniciar la lucha bélica contra la tiranía?

—Sí, fue a Fidel a quien se le ocurrió atacar en Oriente. Nuestro Movimiento estaba dividido en dos grupos. Uno estaba ocupado de la parte militar —que eran los únicos que sabían el lugar, hora y fecha del ataque—; y el otro que estaba encargado de las tareas financieras, al cual yo pertenecía.



Raúl Castro y otros combatientes, detenidos a raíz del audaz asalto al Cuartel Moncada.

LA SALIDA A ORIENTE

—En 17 automóviles salimos para Oriente. Yo iba en un carro de mi propiedad con cinco compañeros más. Entre ellos, Gabriel Gil, quien después fuera expedicionario del "Granma".

—En Oriente Renato Guitart era el único que sabía lo que se estaba preparando. Ciento sesenta y cinco era el número de hombres que estábamos preparando para el ataque. Ciento treinta y cinco atacaríamos al "Moncada". Y treinta al cuartel de Bayamo.

—Unos nos trasladamos en autos; otros en ómnibus, y los restantes en tren. Entre estos últimos mi actual esposa, la doctora Melba Hernández, y Haydée Santamaría, señora de nuestro compañero el doctor Armando Hart: las dos únicas mujeres que tomaron parte en la acción.

—Todas las armas fueron trasladadas por tren. Yo salí de La Habana el 24 de julio y llegué a Santiago el día 25 en horas de la mañana. Previamente había pedido 15 días de licencia en mi trabajo en la compañía "Bauer and Black" (fábrica de curitas), de la cual era contador.

—Fidel salió antes que yo en un auto también. A la una de la madrugada ya nos encontrábamos reunidos en la granja "Siboney" (a quince minutos del Moncada) los ciento treinta y cinco hombres que atacaríamos el cuartel. Fidel ordenó a todos que se fueran a dormir, menos el grupo que se quedó haciendo posta en la granja.

—El comandante Abelardo Crespo, hoy Jefe de Bomberos de La Habana, le tocó hacer guardia con una ametralladora argentina, que era la única que teníamos. Las armas con que contábamos eran muy malas y viejas: rifles calibre 22, escopetas calibre 12, pistolas 38 y 45, un M-1, y una ametralladora como antes dije.

—Las telas para los trajes se compraron en el propio cuartel de San Ambrosio, a través de un compañero que pertenecía al Ejército —no recuerdo su nombre—. Muchos de los trajes se hicieron en la casa de la doctora Melba Hernández, en Jovellar 107. (Una de las dos casas donde comenzó el 26 de Julio. La otra fue la de Abel Santamaría, en 25 y O, las que frecuentaba mucho el doctor Fidel Castro Ruz).

—Las armas las adquirimos casi todas en La Habana, en armerías. Aquí en la capital, antes de salir, hacíamos prácticas de tiro en el Club de Cazadores, y en una finca de Nueva Paz, del compañero Hidalgo Gato.

—Dirigió la costura de los trajes —del Ejército antiguo— la mamá de Melba, la señora Elena Rodríguez del Rey de Hernández. Y la confección de los mismos estuvo a cargo de la viuda de Tasende, y la señora Delia Terry, una empleada del hogar de la doctora Hernández.

ORGANIZACION DEL ATAQUE

De más está decir que fue Fidel Castro, cerebro dirigente del Movimiento, quien organizó y ultimó todos los detalles del asalto al "Moncada". Al mencionarle a nuestro entrevistado este particular, él nos responde:

—Al compañero Abel Santamaría se le ordenó que tomara el Hospital Civil "Saturnino Lora", en compañía de otros, entre ellos las dos únicas mujeres que había. Fidel estaba muy consciente de que el segundo de a bordo en el Movimiento lo era Abel, y quería salvaguardarlo del peligro; y en el caso de que él —Fidel— muriera, Abel pudiera continuar dirigiendo la acción. A Raúl le ordenaron tomar el Palacio de Justicia, que está a un costado del Moncada (el Hospital está enfrente), y que emplazara una ametralladora en la azotea.

¿POR QUE SE ESCOGIO EL DIA 26?

Inteligentemente Fidel escogió la fecha del 26 de julio de 1953 para producir el ataque. He aquí las causas en labios del compañero Montané Oropesa:

—Se escogió dicha fecha por ser el domingo de Santa Ana, cuando se celebran los tradicionales carnavales santiagueros, y que es natural que haya mucho bullicio y aglomeración de personas, por lo cual pasaríamos inadvertidos un grupo de ciento treinta y cinco hombres por la ciudad santiaguera, y porque además no se darían cuenta de esa cantidad de hombres alojados en hoteles, en casas y en la granja "Siboney". Además, en esos festejos se tirarían cohetes, voladores, etcétera, lo cual sería un factor a favor de nosotros.

—Montané ¿cuántas máquinas tomarían parte en el ataque a la posta tres?

—Siete u ocho, y unos cincuenta y más hombres, ya que nos dividimos en tres grupos.

CAUSA DEL FRACASO

Ya para terminar nuestra entrevista con Jesús Montané Oropesa, éste nos explica cuáles fueron a su juicio las causas del fracaso en el ataque al cuartel "Moncada":

—El timbre de alarma que hizo sonar el sargento de la

posta, a quien hubo que ultimar; la posta cosaco-movible —que se encontraba atrasada en su recorrido, y que nos descubrió por tal razón, ya que la teníamos chequeada perfectamente; y la equivocación de los tripulantes de algunos autos que en vez de ir al cuartel escogieron un camino equivocado.

—Déjeme decirle, antes de terminar que sólo ocho de nuestros hombres murieron en combate. Los demás, en número de ochenta —y más— fueron asesinados.

Los sendos tabacos que fumábamos el comp. Montané y el que suscribe llegaron a la condición de “cabos”. Durante sus consumos se había producido la entrevista, en la cual nuestro entrevistado relata por primera vez detalles ignorados del glorioso ataque.

Y por cierto, el caso simpático que nos ocurrió con los tabacos fue el siguiente: preocupados en los trajines de la entrevista, Montané, distraído, cogió nuestro tabaco que estaba en el cenicero. Nosotros, también distraídamente, cogimos el de él que estaba sobre la mesa, creyendo que era el nuestro. Al cabo de cinco minutos Montané se dio cuenta de la equivocación, por desgracia para nosotros . . . ya que el tabaco primitivo de Montané era mejor que el original nuestro . . .

La Causa 37 por el asalto al cuartel “Moncada” ya es conocida de todos, y el doctor Fidel Castro en su histórico documento “La Historia me Absolverá” recoge brillantemente el juicio de aquellos sucesos que conmovieron a toda Cuba.

Como resultado del juicio de la Causa 37 fueron condenados a trece años de prisión: Oscar Alcalde Valls, Ernesto Tizol Aguilera, Pedro Miret Prieto y Raúl Castro Ruz.

A diez años de prisión: Andrés García Díaz, Enrique Cámara, Agustín Díaz Cartaya, René Bedia Morales, Eduardo Montano Benítez, José Suárez Blanco, Mario Chanet de Armas, Armando Mestre Martínez, Francisco González, Ciro Redondo, José Ponce Díaz, Ramiro Valdés Menéndez, Julio Díaz González, Israel Tápanes, Jesús Montané Oropesa, Reynaldo Benítez, Fidel Labrador, Gabriel Gil y Juan Almeida Bosque.

A tres años de cárcel: Eduardo Rodríguez Alemán, Orlando Costez Gallardo y Manuel Lorenzo Costa. A siete meses de reclusión en la cárcel de mujeres de Guanajay: la doctora Melba Hernández y Haydée Santamaría Cuadrado.

También a diez años de cárcel: Gustavo Arcos Bergnes y Abelardo Crespo Arias.

Y quince años de prisión al doctor Fidel Castro Ruz.

los artemiseños en el moncada

relato del combatiente
severino rosell

**FIDEL CASTRO EN ARTEMISA.—ARENDA DE FIDEL
EN SIBONEY.—HACIA EL ASALTO AL MONCADA.—
FIDEL ORDENA LA RETIRADA.—INICIO DEL CAMI-
NO A LA SIERRA.—HOSTILIDAD PRIMERO; AYUDA
DESPUES.—FIDEL ORDENA VOLVER A SANTIAGO.**

Han transcurrido diez años desde aquella terrible experiencia, pero para Severino Rosell González parece que han pasado solamente diez días.

—Así de vivos están en mi memoria —nos dice— los recuerdos de aquellos días tremendos.

Poco trabajo nos costó localizar en la calle C y Gómez, en el "Reparto", zona residencial de Artemisa, a este superviviente del numeroso grupo de artemiseños que acompañó a Fidel Castro en la heroica intentona del asalto al cuartel "Moncada" el 26 de julio de 1953.

Con 34 años, Rosell luce un hombre cuarentón. Las huellas de la lucha son evidentes en su rostro, curtido por las preocupaciones y el esfuerzo tenaz. La organización de los Comités de Defensa de la Revolución en Artemisa, aparte de su trabajo habitual, absorbe buena parte de las horas de descanso de Severino.

Robándole tiempo a una urgente reunión seccional, que hace que un compañero de Rosell nos mire con malos ojos, iniciamos la entrevista.

NOTA.—Este relato fue publicado en el Rotograbado del periódico "Revolución", de fecha julio 22 de 1963, página 6.

Pronto se une a nosotros Gelasio Hernández, otro de los 15 artemiseños que sobrevivieron al "Moncada" y a la Revolución. De los 28 jóvenes del bravo pueblo pinareño que participaron en el combate del "Moncada", once fueron asesinados allí, al ser capturados en los alrededores del cuartel o, posteriormente, al tratar de escapar de Santiago. Julio Díaz y Ciro Redondo morirían años después en combate en la Sierra Maestra, tras de participar en la expedición del "Granma".

En cuadro aparte ofrecemos la relación de los caídos del grupo y de los supervivientes.

Para ordenar el relato interesantísimo de Severino Rosell, huelga el interrogatorio. Dejemos que sea él mismo el que vaya dando forma a sus pensamientos:

PROCEDIAN DE LA JUVENTUD ORTODOXA

"Antes del golpe del 10 de marzo militábamos en la Juventud Ortodoxa. Fidel Castro había visitado en distintas ocasiones Artemisa. José Suárez Blanco, Ramiro Valdés, Ciro Redondo y Julio Díaz, eran los compañeros más activos en la zona. No estábamos dispuestos a cruzarnos de brazos ante la tiranía. Para diciembre de 1952 ya formábamos un contingente de unos 250 hombres jóvenes. Flores Betancourt, que era el más viejo de todos tenía solamente 30 años. Entonces yo andaba por 24 años. Había numerosos muchachos de solamente 17 y 18 años. Ardíamos en deseos de hacer algo y comenzamos a practicar tiros en distintas fincas de la comarca.

"Recuerdo que una de esas fincas era "Capellanía", otra detrás del Porvenir. También la del padre de nuestro compañero Ismael Ricondo. Había otra detrás de la "Calera", donde ahora está la fábrica de cemento "Mártires de Artemisa".

FIDEL CASTRO EN ARTEMISA

"Suárez Blanco estaba en contacto con Fidel en la Universidad. El era como el líder de la juventud ortodoxa en Pinar del Río. Una vez —no recuerdo exactamente la fecha, pero calculo que era a fines de 1952— nos reunimos con Fidel en la logia masónica de Artemisa. Nosotros esperábamos que en el último mes del año se hiciera algo. Ya estábamos impacientes por actuar. ¡La sangre joven, ya usted sabe! Después se aplazó lo que se preparaba para el mes de enero. Los com-

pañeros de aquellos tiempos estábamos muy decididos. Veíamos la situación política del país muy mal y nos encendía la sangre comprobar el entreguismo de los politiqueros al régimen batistiano.

"Fidel pensaba que el de Artemisa era uno de los mejores grupos con que contaba para su plan, por ser la mayoría expertos tiradores. El nos acompañó en algunas de las prácticas de tiro y quedó bien impresionado con nuestra puntería. Cada tres días practicábamos diferentes grupos, siempre en una finca distinta. Hasta teníamos una allá por Pijirigua. Esta precaución la tomábamos para evitar los "chivatazos".

"La primera orientación que nos llegó era que íbamos para una finca en Camagüey. Ya estaba adelantado el mes de julio de 1953 y nuestra impaciencia desbordaba los límites. Previamente teníamos una idea de que iba a ser un asalto a alguna fortaleza de la dictadura, pero imaginábamos que sería en La Habana o en algún lugar cercano. De modo que cuando se nos dijo que nos iban a trasladar a una finca de Camagüey, intuimos que íbamos a entrar en acción pronto. No nos importaba dónde fuera la cosa; lo que queríamos era hacer algo.

28 ARTEMISEÑOS HACIA SANTIAGO

"De Artemisa partimos, para la cita en La Habana, un grupo de 30. Era el día 24 de julio de 1953. De los 30, hubo dos que a última hora decidieron separarse del grupo y regresar. De modo que en El Triángulo de 23 y Zapata, en el Vedado, nos reunimos con Fidel 28 artemiseños, cuyos nombres le voy a anotar aparte. Ya era de noche y Fidel fue breve en sus instrucciones. Saldríamos por distintas vías: automóviles, tren, ómnibus. Yo salí en un carro en el que íbamos cinco en total. Era la máquina de Marrero, un compañero de la cervecía "Cristal", que moriría asesinado en el "Moncada". Además, Pepe Suárez Blanco, José Antonio Labrador, Gregorio Careaga y yo. De los cinco, solamente estábamos vivos Pepe y yo. El viaje transcurrió sin incidentes, turnándose en el timón Pepe y Marrero.

"Llegamos a Santiago de Cuba el 25 por la noche y nos dirigimos a un hospedaje frente al hotel "Rex", en la Avenida Garzón. Creo que esa es la dirección. Dicho hospedaje había sido alquilado prácticamente todo como punto de enlace para nuestro pequeño ejército. Allí se nos dieron instrucciones de dirigirnos a la casa en Siboney donde nos esperaba Fidel.

ARENKA DE FIDEL EN SIBONEY

“La primera impresión que recibí al llegar a Siboney fue de desorden. Por el piso de la casa estaban regados los colchones donde habían descansado los compañeros que llegaron primero. Era de madrugada y todos estábamos despiertos. Allí localicé a los demás paisanos de Artemisa. El estado de ánimo de todos era formidable. Los nervios en tensión, en vísperas del ataque. Mientras Santiago ardía en fiesta, nosotros, los que soñábamos con libertar a Cuba de la tiranía, ardíamos en fiebre revolucionaria.

“Serían las cuatro o cuatro y media de la mañana, calculo, cuando Fidel nos arengó. Nos dijo del porqué de la lucha que íbamos a emprender y reconoció que todos estábamos dispuestos a combatir y a morir, aunque nuestro sacrificio no sería en vano. Cada vez que recuerdo aquella arenga de Fidel, en medio del silencio de unos 145 jóvenes de los cuales más de la mitad perecerían masacrados por la soldadesca del odiado Batista, se me ponen los pelos de punta. Nos dijo Fidel que el asalto al “Moncada” se produciría por sorpresa y que, probablemente, no habría derramamiento de sangre. Distribuyó los grupos que tomarían la Audiencia y el Hospital Militar.]

HACIA EL ASALTO AL “MONCADA”

“Las frases de Fidel nos infundieron nuevo ánimo. Todos estábamos impacientes porque llegara la mañana para entrar en combate. Creo que fue poco después de las cinco de la mañana que partimos. En mi máquina todos los que íbamos éramos artemiseños. Fidel quería que estuviéramos juntos, porque confiaba mucho en nuestra puntería para cualquier emergencia. Me acompañaban en el auto —no recuerdo quién era el chofer— los hermanos Roberto y Orlando Galán, Ricardo Santana, Marcos Martí y Marino Collazo. Yo llevaba por todo armamento una pistola calibre 38 con un magazine y alrededor de una veintena de balas sueltas. Otros compañeros portaban rifles y escopetas calibre 16.

NOS RECIBEN A TIRO LIMPIO

“Nuestro carro venía a ser el quinto en la fila en que nos dirigamos hacia el “Moncada”. Un buen tramo antes de llegar escuchamos el inicio del tiroteo. Eso nos advirtió de que no había funcionado el factor sorpresa. Al pasar la posta nos dis-

pararon una descarga cerrada. Todos salimos ilesos, pero saltamos del carro y nos parapetamos detrás de la carrocería. Desde allí comenzamos a disparar contra todo lo que se movía por los ventanales y corredores del cuartel. Era nuestro bautismo de fuego y, en mi caso, puedo decir que la rociada de plomo me alivió los nervios en tensión. Ya tenía algo más serio de qué preocuparme. El instinto de conservación funcionaba junto con el afán de combatir. Traté de ver desde dónde nos disparaban. Oí decir a alguien que había una ametralladora calibre 30 que nos hacía fuego.

[“Posteriormente he pensado que hubo alguna confusión entre nosotros mismos, por vestir uniformes similares a los soldados de Batista. Apenas nos lanzábamos del auto, vimos correr a varios militares por los corredores y les abrimos fuego, desde abajo hacia arriba. En ese momento, Orlando Galán, que estaba cerca de mí, me dio tremendo halón, separándome del carro detrás del cual me ocultaba. Fue oportuno, pues inmediatamente se escuchó fuego graneado y el guardafangos donde me apoyaba unos segundos antes, quedó convertido en una criba. El tiroteo se intensificó y decidimos los que estábamos juntos correr hacia una garita cercana para rectificar el fuego. Cuando hacíamos esto, vimos llegar a un soldado que trataba de entrar al cuartel para unirse a sus compañeros. Al vernos, hizo además de esgrimir su revólver 45. Uno de nosotros le hizo un disparo de escopeta y el hombre cayó. Desde el suelo, sangrando abundantemente por un costado, extrajo el arma y tomó puntería. Era un valiente. Pero otro disparo lo dejó exánime.]

FIDEL ORDENA LA RETIRADA

“Por lo que pude ver, Ramirito Valdés, Suárez Blanco y René Guitart lograron entrar en el cuartel. Este último moriría poco después.

“Fidel se dio cuenta de que estábamos perdidos. Era inútil insistir en el intento. Otra de las cosas que había ocurrido, según pude saber más tarde, era que un grupo numeroso de músicos de la Banda Militar salían del “Moncada” en los momentos en que llegaban los primeros carros asaltantes. Al escucharse los disparos iniciales otros músicos militares tomaron las armas y contuvieron nuestro asalto, hasta que la guarnición pudo reponerse y enfrentar nuestro reto.

“El tiroteo duraba ya una hora, poco más o menos. Fidel dio la orden de retirada. Había que volver a Siboney. Traba-

josamente pudimos llegar a nuestro carro. No olvidaré nunca aquella visión de Fidel, con su formidable estatura, ignorando la granizada de balas, yendo de un lado a otro para dar las instrucciones de retirada. El auto, felizmente, no había sido tocado por los proyectiles en ninguna parte vulnerable. Pudimos ponerlo en marcha y emprender el regreso. Llevábamos herido en una rodilla a Reinaldo Benítez, que después tomaría parte también en la expedición del "Granma".

"Recuerdo dos incidentes en esos momentos. Uno, a Ramirito Valdés, guiando su auto con las gomas ponchadas por las balas. Parecía aquello una cosa de locos, pues el vehículo daba grandes tumbos y parecía que iba a chocar contra las aceras y las paredes de las casas. Todavía no me explico cómo fue que Ramiro pudo salir de allí. Lo otro que no olvidaré jamás es la confusión que tuvimos con Pepe Suárez Blanco. El iba vestido de completo uniforme kaki y parecía un soldado batistiano. Benítez, que no lo conocía bien, a pesar de estar herido le apuntó con su rifle 22 y cuando iba a disparar, me di cuenta de que era Pepe el que pasaba en su auto junto a nosotros e impedí que hiciera fuego. Por su parte Suárez Blanco también se había confundido y estuvo a punto de disparar.

RESUELTOS A CONTINUAR LA LUCHA

"Llegamos a Siboney nuevamente sin más problemas. El combate nos había enardecido y manteníamos los deseos de seguir tirando tiros. Fidel nos arengó otra vez. Calculo que habíamos allí todavía unos 60 ó 70 del contingente original. Nos dijo el líder que el que quisiera seguirlo, que lo siguiera, pues él se iba para las montañas a pelear. Se inició una discusión sobre las posibilidades de triunfar en nuestro empeño, que en esos momentos eran nulas, por el fracaso del "Moncada". Entonces la mayoría decidió dispersarse. Muchos dejaron las armas en la casa y entonces me hice de una escopeta 16 y dos cajas de balas. Unos 19 decidimos formar una pequeña tropa con Fidel y seguirle hacia las lomas. En este grupo estábamos muchos de Artemisa: recuerdo a Emilito Hernández, Suárez Blanco, los dos Galán, Rosendo Menéndez, Mario Lazo, Gerardo Granados y Ricardo Santana, entre otros.

INICIAMOS EL CAMINO A LA SIERRA

"Emprendimos la marcha, siguiendo a Fidel y en la primera loma se nos perdió Emilito Hernández. Después supimos

que apareció muerto en el cuartel. Creíamos que el Ejército venía pisándonos los talones. Discutimos con Fidel nuevamente y lo convencimos de continuar internándonos. Llegamos a una casa donde había una morena de avanzada edad que nos recibió con grandes muestras de simpatía. Le curó la herida a Benítez con algunos medicamentos que tenía allí y nos hizo café. Después nos indicó el camino a seguir y nos dijo que enviaría a su nieto que nos alcanzara y nos guiara hacia la Gran Piedra, desde donde podríamos internarnos en la Sierra Maestra. Efectivamente, como una hora más tarde nos alcanzó su nieto. Era un negrito fuerte, de unos 18 años. Nos acompañó largo trecho, hasta ponernos sobre la senda que nos llevaría a la Gran Piedra. Se portó muy bien, con gran valor, sin demostrar preocupación en ningún momento por las represalias que pudieran tomar contra él. Inclusive nos dejó los cigarrillos que tenía y no quiso aceptarnos dinero. Cuando se separó de nosotros nos deseó buena suerte.

HOSPITALIDAD, PRIMERO; AYUDA, DESPUES

“Continuamos ascendiendo, hasta llegar a la zona de Sevilla Arriba. Allí encontramos en un “vara en tierra” a un negro, fuertote él, que tenía una cría de pollos y puercos. Le ofrecimos comprarle algunos animales, para comer, pero el hombre se negó. Ni siquiera se inmutó ante la presencia de aquel grupo de 18 ó 19 hombres armados hasta los dientes. Una y otra vez rehusó vendernos los animales. Fidel, tan persuasivo, no pudo convencerlo. Sin embargo, nos dijo que más adelante vivía un hermano de él que tenía una cría más grande y que ése sí nos vendería lo que necesitáramos. Como no nos había gustado la actitud del individuo, le conminamos a que fuera con nosotros hasta donde el hermano. Así lo hizo y poco rato después llegábamos al ranchito del pariente. En efecto, la recepción que tuvimos de éste fue bien distinta a la anterior. El hombre demostró gran entusiasmo por cooperar y mató un puerco y preparó unas viandas para que comiéramos. Por lo que conversamos con él, supimos que ya estaban enterados de lo que había pasado en el “Moncada”. En toda aquella zona montañosa, la mayoría de las familias eran de negros o mestizos.

“Fidel quedó bien impresionado con el moreno y le regaló una pistola 45 niquelada. El hombre le contó todos los trabajos que habían pasado con los terratenientes de la comarca, que

los "llevaban recio". Fidel, en una salida muy suya, le dijo: "Pues cuando vengan a molestarte, ábreles fuego con esta pistola. No creas en nadie. Defiende lo tuyo". Antes de marcharnos, nuestro amigo y sus familiares nos indicaron que nos cambiáramos la ropa. Así lo hicimos y ellos escondieron la que nos habíamos quitado. Más tarde supimos que los dos hermanos habían sido brutalmente maltratados por los soldados mientras trataban de localizarnos. Nos causó una magnífica impresión ver cómo aquella gente de preparación rudimentaria demostraba sentimientos revolucionarios y compartían nuestras preocupaciones por el bienestar de la patria.

"Antes de despedirnos, el campesino nos indicó que nos dirigiéramos hacia un bajío donde tenía otros parientes que nos brindarían ayuda también antes de escalar las montañas más altas.

"El lunes 27 por la mañana estábamos en el bajío, donde hicimos contacto con los familiares del guajiro que tan amablemente nos había tratado. Allí se repitieron las atenciones. Nos prepararon comida y descansamos un buen rato de la penosa caminata. En un radio de batería escuchábamos a Batista haciendo su repugnante discurso sobre el asalto al "Moncada". Después de hacer este alto para reponer fuerzas, reanudamos la marcha, para internarnos en la Sierra. Durante dos días tuvimos que estar eludiendo el acoso de los aviones del Ejército que volaban sobre nosotros, hostilizándonos. El miércoles y el jueves lo pasamos acampados. Reinaldo Benítez estaba muy mal por el balazo en la pierna. Jesús Montané, que tiene los pies planos, apenas podía caminar. Teníamos que llevarlos a ambos casi a rastras. Nos cogió la noche el jueves en un desfiladero y decidimos pasarla allí. Poco rato después de detenernos sentimos un disparo. Era Mario Lazo a quien se le había escapado un tiro, atravesándole el proyectil la axila derecha y saliéndole por el hombro. Ya eran tres los hombres de baja en la maltrecha tropa.

FIDEL NOS ORDENA VOLVER A SANTIAGO

"Volvimos a conferenciar con Fidel. No queríamos dividir el grupo, pero evidentemente, los compañeros heridos no podían seguir escalando las montañas. Fidel se puso "duro". Me dijo terminantemente que tenía que regresar a Santiago con los heridos. A regañadientes, Rosendo Menéndez y yo

aceptamos la misión de volver con los dos heridos y con Montané. En la marcha de retorno hicimos una parada en la casa donde nos habían atendido la última vez. Allí nos pidieron que les entregáramos la ropa para lavarla. Lazo había salido vestido de blanco desde Siboney y ahora estaba rojo, tinto en sangre de pies a cabeza. Había perdido mucha sangre por la herida. Nos desnudamos y nos metimos en una cueva cercana. Llovía a cántaros. Pasamos un frío de mil demonios. Varias horas después ya estaba lavada y planchada la ropa y volvimos a vestirnos. A Lazo le habían hecho "una cura de caballo" con una mascada de tabaco que, a pesar de lo rudimentario del tratamiento, le contuvo la hemorragia efectivamente.]

HALLAMOS REFUGIO, AL FIN

"Desde arriba habíamos visto una casa de vivienda y Lazo y yo nos pusimos de acuerdo para dirigirnos allí. Algo nos decía que si seguíamos juntos el camino hasta Santiago íbamos a tener problemas. Menéndez, Benítez y Montané insistieron en buscar el camino de Santiago y partieron delante de nosotros. Como a las dos horas emprendimos la marcha Lazo y yo. Serían poco más o menos las seis de la mañana.

"Antes de llegar a la vivienda que habíamos localizado desde la montaña, nos topamos con un campesino que nos dijo que a los otros tres compañeros los habían capturado apenas llegaron al llano, lo que confirmó la corazonada que habíamos tenido Lazo y yo. Nos dirigimos a la casa, que resultó ser de Benjamín Arza, que hacía política por los auténticos. La gente que estaba allí se "erizaron" al vernos. Estaban enterados de todo lo que había pasado en Santiago, de las represalias tomadas contra los atacantes del cuartel y temían verse envueltos en aquello. Desde las ventanas nos miraban con el temor brillándole en los ojos. Tuvimos que ponernos duros y amenazarlos casi. La esposa de Arza era tía de Rafael Díaz Balart. Pero se portaron bien y accedieron a ayudarnos. Nos condujeron a una loma detrás de la finca. Allí permanecimos un mes. Nos daban algo para desayunar y hacíamos una sola comida, que nos enviaban en una lata grande. La herida de Lazo no estaba nada bien. En un momento pareció que perdería el brazo. Yo le hacía curas con mertiolate y alcohol. Recuerdo que un día le

extraje cinco gusanos de la herida. Sobre el 29 de agosto, más de un mes después de la ingrata experiencia del "Moncada" salimos hacia Santiago. Un hijo de Arza que era jefe de veterinaria en la capital de Oriente, había combinado nuestra salida. Ibamos en el camión de leche y nos precedía un jeep de la finca, que tenía la misión de ver si el paso estaba despejado, pues no sabíamos si el Ejército continuaba buscando a la gente de Fidel. Ya estábamos enterados de que éste había caído prisionero y que los supervivientes de la odisea estaban presos en la cárcel de Boniato.

ESCONDIDOS EN LA CASA DE VILMA ESPIN

"Nos llevaron a la casa de Alfredo Guerra, en Vista Alegre. Allí estuvimos tres días encerrados en un cuarto. Nos visitó un médico que se quedó sorprendido al ver que la lesión de Lazo estaba completamente cicatrizada. En aquel lugar nos separaron y me enviaron a la casa de Pepe Espín, padre de Vilma, donde estuve como dos meses.

"Salí de Santiago en automóvil con un médico que me llevó hasta Palma Soriano donde tomé un carro de "Santiago-Habana", bajándome en El Cotorro, pues allí me esperaba un hermano que había hecho las gestiones para asilarme en la embajada de Guatemala. Esas gestiones fracasaron, pero en definitiva, pude asilarme en la embajada de Uruguay, saliendo hacia Costa Rica al cabo de algún tiempo. En Costa Rica, Honduras y Méjico permanecí alrededor de año y medio. En Ciudad Méjico estuve preso varios días por mis actividades conspirativas. En 1955, al anunciarse la amnistía regresé a Cuba, reanudando al poco tiempo la lucha contra la tiranía, viéndome obligado a salir de Artemisa y vivir entre Camagüey y La Habana, perseguido por la fuerza pública, que más de una vez registró mi casa y la de mis familiares. Así estuve hasta que triunfó la Revolución".

recuerdos del ataque

por el comandante
José Ponce Díaz

**LA JUVENTUD SE PREPARA.—LA PARTIDA.—EL
COMBATE.—UN ASESINO MENOS.—LA REPRESION
CRIMINAL SE DESATA.**

Diez años han transcurrido desde que se ejecutara por un grupo de jóvenes, sin conocimiento militar alguno, el asalto al Cuartel Moncada. Muchos logramos salir con vida, la inmensa mayoría, de lo que fuera el centro principal de la desigual batalla, no así después cuando la soldadesca batistiana descargó su odio e impotencia no sólo contra los combatientes, sino también contra el pueblo santiaguero. Muchas horas después del combate se cumplía la orden emitida por el cobarde tirano, y que denunciara valientemente nuestro máximo líder en el histórico juicio: "había que matar diez prisioneros por cada soldado muerto".

De todos es conocida la procedencia de aquellos jóvenes. Muchos nunca habíamos participado en la vida pública, entre ellos me encontraba yo. Mis funciones se limitaban por entonces a administrar una pequeña imprenta que poseía en mi pueblo natal, Artemisa. Surge la fatídica madrugada del 10 de Marzo, que recibe inmediatamente la justa condena de parte del pueblo. En la vanguardia de esa protesta estaba el estudiantado. Los jóvenes artemiseños se unen al grito de condenación viril al régimen de facto, nacido del engaño y la

NOTA.—Este relato fue publicado por la revista "Verde Olivo", en su edición de fecha julio 28 de 1963, página 15.

traición a los más caros anhelos de todo un pueblo. Por segunda vez, Batista escala el poder a espaldas del pueblo cubano.

El manifiesto de los estudiantes artemiseños es tirado en mi imprenta. Pero cometo un pequeño desliz: el propio documento lo identifico con nuestro pie de imprenta. La acción represiva no se hace esperar, paso a ser un número más en la larga lista de los "enemigos" del cuartelazo.

Junto con otros compañeros formamos una célula secreta dirigida por Pepe Suárez. Se suceden los viajes continuos a la capital, las prácticas de tiro en la Universidad, en "El Pitirre", y en un lugar cerca de Las Cañas. Las tertulias de Prado 109.

Un buen día, en Artemisa, y encontrándome parado en la esquina del café "La Aurora" divisé de "fenómeno" a nuestro comandante Pepe Suárez. Casi instintivamente me acerqué a él, me movía la curiosidad por conocer qué lo traía por allí.

"Ahí está Fidel, el dirigente de nuestro movimiento", me dijo Pepe después de saludarnos. Aquella fue la primera ocasión en que charlé con Fidel.

Las reuniones se sucedían cada vez más continuas, en el local del Partido Ortodoxo, en la Universidad. Unas veces en compañía de Ramiro Valdés, otras con Abel Santamaría y así con muchos otros compañeros. Esto era el principio, por entonces yo era un miembro más del movimiento. Nuestra labor por aquel tiempo era la captación de elementos jóvenes afines a nuestras ideas.

Hay que destacar como un hecho de enorme importancia, más aún si tenemos en cuenta la inexperiencia nuestra en ese tipo de actividades, la discreción y seriedad que caracterizaba al grupo de jóvenes que integraban nuestro movimiento y que hizo posible que hasta el propio instante del asalto al Moncada la dictadura no conociera de nuestros planes a pesar de los miles de pesos, agentes y chivatos con que ya contaba el régimen.

LA PARTIDA

Llega el veinticuatro de julio. Recibimos la orden de viajar a La Habana. De Artemisa partimos en unión de Julio, Rosendo Méndez y varios compañeros más. Aquella mañana

nos hospedamos en una casa de la calle Basarrate, cerca de la Universidad, si no recuerdo mal.

Las órdenes se sucedían vertiginosamente. Allí recibimos los boletines para Santiago. Al amanecer del 25, estábamos alojados en el hotel "Rex", de la capital oriental. Nuestro inolvidable Renato Guitart era el responsable del grupo.

Pasadas las doce de la noche fuimos trasladados para Siboney. Allí hicimos contacto con Jesús Montané. Ya amanecía, habíamos descansado brevemente cuando comenzaron a entregarse las armas. La emoción nos embargaba, Fidel nos comunicó la misión que se nos encomendaba y el objetivo que tendría el ataque al Cuartel Moncada.

Cada minuto parecía un segundo. El tiempo apremiaba del Siboney partimos con rumbo al Moncada. Los combatientes se distribuyeron en grupos de siete u ocho en las distintas máquinas que poseíamos. Estábamos incluidos en el grupo que tomaría el cuartel.

SU ULTIMO ERROR

Mientras avanzábamos hacia el cuartel, ocupando la tercera máquina, vimos venir por la acera a un soldado con un cartucho en la mano. Gustavo Arcos le dio el alto, bajándose rápidamente del carro. La primera máquina había forzado la posta tres. Fidel iba en la segunda.

Arcos, al bajarse, resbala. El "casquito" estúpidamente quiere aprovechar el accidente y lleva la mano hacia el revólver. Este fue su grave y último error.

Mientras tanto, el fuego tomaba grandes proporciones. Fidel, desde la propia puerta del cuartel, daba órdenes de que avanzáramos... y el tiro "sato". Protegidos por el carro comenzamos a responder al nutrido fuego de la soldadesca. Así transcurrió largo rato. Entonces observé que algunos de los compañeros de la avanzada iniciaban la retirada, cumpliendo órdenes de Fidel. Nuestro pobre y escaso parque era cada vez menos.

Nuestra posición estaba sometida a un potente fuego. Los pedazos de mampostería de la pared del cuartel saltaban por el aire. Más tarde supe que estábamos bajo el fuego de una calibre 50. No era "familiar" para mí aquel tableteo rítmico y penetrante.

Avancé decidido hacia la segunda máquina, que estaba a mi derecha. Por un instante quedé al descubierto. De pron-

to sentí un fuerte impacto en mi hombro derecho, y en la mano izquierda, que me tumbó al suelo. En breves segundos tenía la mano horriblemente hinchada, de mi hombro salía abundante sangre. Pero comprendía que debía hacer acopio de todas mis fuerzas si quería salir vivo de aquel lugar.

Rápidamente gané la acera opuesta. Escurriéndome a través de unas casas situadas frente al cuartel, logré alcanzar la calle. Después me enteré que aquellas casas pertenecían a oficiales de la tiranía.

Ya en plena calle, intercepté una máquina de alquiler. Sin detenerme a mirar le dije: "Lléveme para Siboney". El me respondió: "No tengo gasolina para llegar hasta allí."

Sin titubear manifesté: "No importa, le echamos."

La máquina estaba ocupada por un señor de cuarenta años, de acento español. Este y el chofer estaban extremadamente excitados. En lugar de llevarme para Siboney me condujo a la Colonia Española. No lo supe hasta que no llegué al lugar. Yo no conocía tampoco Santiago. Allí me dijo: "Quédate aquí para que te curen."

UN "TREMENDO" CABO

"Espérate, que voy a buscar el médico", nos dijo el enfermero. Estábamos en la sala de reconocimiento. Cuál no sería mi sorpresa e indignación cuando vi llegar en lugar del médico a un "tremendo" cabo de la Guardia Rural.

Este venía un poco nervioso, parece que ya tenía noticias de los sucesos que se estaban produciendo. Ambos se pusieron a conversar sin dirigirse a mí. Yo permanecí sereno sobre la mesa de reconocimiento, tenía a medio colocar una bata sanitaria que me permitía ocultar mi pistola. En forma vaga el cabo le comunicó al enfermero que yo estaba detenido.

Hoy comprendo que el temor y la duda embargaba a este agente del batistato. Yo conservaba aún mi "camuflaje", el traje del ejército de la tiranía que habíamos adoptado como parte de nuestro plan.

Frente a esta escena, quizás, el cabo pensó de una manera: "Si es enemigo lo tengo detenido, si es de los nuestros lo estoy cuidando... y así no tengo que ir al Moncada."

UN ASESINO MENOS

Al poco rato, ya había recibido los primeros auxilios y esperaba mi traslado a una habitación por orden facultativa,

cuando hizo su aparición un hombre grueso, sin camisa, extremadamente pálido y con sus manos sobre el vientre... todo destrozado.

Dirigiéndose a mí, me preguntó: "¿Tú eres transeúnte o revolucionario?" Sin meditar, le respondí: "revolucionario".

Enfurecido extrajo su pistola. Varias personas que allí se encontraban se le abalanzaron. Tarde comprendí que éste seguramente era un agente de los cuerpos represivos de la dictadura, pero la suerte estaba de mi lado. Su tez adquirió un color cenizo y cayó de bruces al suelo antes de que pudieran auxiliarlo. Batista había perdido un asesino.

LA MATANZA HABIA COMENZADO

Ya en la habitación, junto al compañero Gustavo Arcos, que había sido sometido a varias operaciones a consecuencia de las graves heridas recibidas. Su estado me preocupaba... estaba casi muerto. Recibimos la visita, en forma descompuesta, de varios oficiales que traían órdenes del sanguinario Chaviano para sacarnos de allí. El doctor Posada los interceptó en la puerta y estableció con ellos una violenta discusión. El galeno se negaba, una y otra vez, a los propósitos criminales de los emisarios del tristemente célebre Coronel Ríos Chaviano.

Durante varios días continuó el asedio de los criminales. Siempre la misma actitud valiente en el doctor Posada, cuya viril conducta hizo posible que conserváramos la vida. Había que pasar por sobre su cadáver, según lo manifestara, si los asesinos querían consumir su criminal fin.

Casi un mes permanecemos en el sanatorio, yo me había restablecido de mis heridas. Arcos escapaba de los brazos de la muerte. Se recibió la orden de trasladarnos para la sala de penados del Hospital Militar. Todavía pienso qué razones se ocultaban detrás de aquella orden. La orgía de asesinatos contra compañeros indefensos había cesado. El pueblo de Santiago acudía diariamente a conocer de nuestra suerte, a llevarnos alimentos, a darnos aliento. En gesto de valentía y desprendimiento brindaban sus casas a nuestros familiares.

El resto es historia de dominio público. De Isla de Pinos fuimos para el exilio, los cuerpos represivos no cesaban de perseguirnos. Con recursos propios y de nuestros familiares arribamos a Costa Rica en unión de Jaime Costa. Corría el

año 1955. En San José se unieron a nosotros algunos combatientes que lograron sobrevivir al asalto del Moncada. Entre ellos, recordamos a Gustavo Arcos y José R. Martínez, y también nos reunimos con el compañero Efigenio Ameijeiras que había perdido a su hermano Juan Manuel en el ataque al Moncada.

De Costa Rica pasamos a México. Nuevas esperanzas afianzaban nuestros ideales de redimir y ganar la libertad para nuestro pueblo. De nuevo volvimos al combate, siempre bajo la dirección de nuestro querido jefe, Comandante Fidel Castro, y una sola consigna: la de "LIBERTAD O MUERTE".

ochenta pesos de tiros

artículo de marta rojas

COMO SE SUFRAGARON LOS GASTOS PARA EL ATAQUE AL CUARTEL.—ESFUERZO Y SACRIFICIO DE LOS QUE TODO LO DIERON.

Cuando se ventilaba la Causa 37 por los sucesos del Cuartel Moncada en la Audiencia de Santiago de Cuba, el fiscal se refería con insistencia a los gastos en que habían incurrido los revolucionarios y a los supuestos financiadores de los mismos. La prensa de la dictadura desplegabá informaciones en las que se decían cosas como éstas: "De las víctimas, las más se contaron entre los incautos cubanos que se han dejado armar y pagar con el oro extraído de las arcas públicas, para vindicar a los gobernantes prófugos que el pueblo no perdonará nunca".

Las falaces versiones del sumario y las similares informaciones de aquellos periódicos se referían a los enriquecidos politiqueros que tras el golpe castrense del 10 de marzo huyeron de Cuba, a la cabeza de los cuales estaba Carlos Prío, dos veces traidor. Para aquella "justicia" y su prensa los revolucionarios habían gastado grandes sumas de dinero en preparar a los combatientes del Moncada, adquirir las armas y sufragar la movilización, hacia Santiago de Cuba, de los revolucionarios, y ese dinero había sido facilitado por tráns-fugas.

Pero tanta mentira no pudo mantenerse por mucho tiempo, en otras hojas del sumario de la Causa 37 aparecían che-

NOTA.—Este artículo fue publicado por la revista "Verde Olivo", en la edición de julio 29 de 1962, página 36.

ques firmados por uno de los combatientes hecho prisionero junto a Fidel en la finca Sevilla, próxima a la Gran Piedra el primero de agosto de 1953. Eran cheques sin fondos que habrían sido pagados al Banco, de triunfar el movimiento, por el Gobierno revolucionario que asumiría el poder.

Además aparecían otros detalles, documentos que avalaban el constante ejercicio del sacrificio por parte de los del Moncada, talones de casas de préstamos o empeño, por ejemplo. A esas casas, más de uno llevó algún objeto personal para convertirlo en dinero para la Revolución que organizaban.

El movimiento revolucionario gastó en los preparativos del ataque, desde su inicio a raíz del 10 de marzo de 1952, la suma de \$16,480. (Salvando las distancias, compárese con los millones de la CIA o Agencia Central de Inteligencia que sufragara la invasión de los mercenarios de Girón). Ese dinero nunca se reunió en una suma total, fueron los gastos diarios que se relacionaban y en más de la mitad nunca se palpó o manejó en su estado físico. Una centrifuga de angustia fue lo que en realidad existió.

Los jóvenes del centenario del Apóstol, llamémosle así, abrieron dos cuentas en bancos distintos: una en el Banco Agrícola Industrial, frente a la plaza del mercado y otra en la antigua sucursal del Banco Núñez, en Cuatro Caminos. Las cuentas estaban amparadas por un laboratorio farmacéutico: el Laboratorio TION, situado en Línea y J. Este laboratorio era propiedad de Oscar Alcalde, integrante del movimiento revolucionario. Contra el crédito de ese laboratorio giraban los cheques que a diario se expedían para pagar armas y otros gastos del entrenamiento y efectivos militares.

El sistema de la banca capitalista ayudaría a la eliminación del propio sistema en nuestra Patria. La forma de organización de la misma hecho para la explotación y el lucro desmedido en todas sus formas, facilitaba, sin embargo, las operaciones de los revolucionarios a través de las numerosas casas de cambio, ávidas de hacer efectivo cheques para cobrar con exceso por el servicio. Así era fácil que se expidieran cheques sin fondos suficientes, fueron cambiados en aquellas casas y luego a los dos o tres días, cuando se suponía su entrada al banco, se pagara a este el sobregiro. Siempre se paga el sobregiro, pero con la agonía perenne de quien nada tiene y mucho debe.

Cada vez que podía reunirse alguna pequeña suma entre modestos aportes de los integrantes de la organización, a través de las distintas células, era para pagar un sobregiro de la cuenta del laboratorio TION, que había sido instalado con un préstamo bancario por \$500.00. La venta del automóvil de Abel, el pago de las vacaciones de Montané, el empeño del sueldo de Pedro Marrero, constituyeron las cantidades de dinero más apreciables aportadas al movimiento.

Los gastos que sufragaba el movimiento eran sólo los esenciales; la compra de armas, telas de kaki para los uniformes que se hicieron iguales a los del antiguo Ejército con el propósito de que los combatientes pasaran por las postas del Moncada, alquiler de las casas, campamentos de Santiago y Bayamo, pasajes a Oriente para los combatientes que fueron trasladados en tren y ómnibus y que en realidad no pudieron ellos mismos pagar su propio pasaje, como hicieron otros, alquiler de algunas de las máquinas que llevaron el resto del contingente a Santiago y pagos del flete de los paquetes consignados a la Granja de Siboney, donde bajo el marbete de ALIMENTOS PARA AVES se enviaban los uniformes y armas. Los gastos personales de los combatientes nunca se extrajeron de los fondos de la organización clandestina de los jóvenes del centenario; al contrario, del presupuesto familiar aquellos muchachos extraían cantidades para pagar muchos gastos en que incurrían, como comida y transporte cuando iban a entrenarse en las afueras de la capital, y para aportar al precario fondo del movimiento.

El costo de las armas no ascendió a más de \$5,000.00 pagados por todos con su correspondiente parque. Los cartuchos para las escopetas, adquiridos en la armería José Marina y compañía, de Lamparilla y Cuba, costaron exactamente \$80.00. Ochenta pesos en cartuchos fue el único gasto en parque para el ataque a los cuarteles Moncada en Santiago de Cuba, y Bayamo. Los fusiles calibre 22 que llevaron los combatientes del Moncada costaron también ochenta pesos cada uno.

Otro de los gastos que el movimiento debía sufragar era el ocasionado por las prácticas de tiro que realizaban los revolucionarios, en grupo de seis cada día, en el club de Cazadores del Cerro. La práctica de este "deporte" costaba a ellos hasta \$50.00 diarios, que aparentemente pagaban Pedro Miret y Alcalde, quienes aparentaban ser unos burgueses que

invitaban a otros amigos a tirar al blanco en el club de Cazadores.

Dos días antes del ataque al Moncada, el 24 de julio, fue la ocasión en que más cheques se expidieron, los mismos se entregaron a responsables de células para dar inicio a la movilización de los compañeros que se dirigían a Oriente, en el apartamento de Abel Santamaría en 25 y O, en el Vedado, y fueron los que en definitiva no pudieron situarle los fondos en el Banco porque la Revolución no triunfó en aquel momento como esperaban, sino que fue iniciada con el estallido del 26 de julio en el Moncada.

El oro nunca lo hubo para financiar el movimiento del Moncada, tampoco existieron las personas enriquecidas que supuestamente sufragaron la acción. Muy puros eran aquellos jóvenes que comandaba el querido jefe de la Revolución cubana, Fidel Castro, para aceptar ayuda de magnates o falsos patriotas.

Ochenta pesos de tiros fueron suficiente para salvar a Cuba.

moncada: secreto militar

artículo de marta rojas

LA DISCRECIÓN FUE UN ARMA DE COMBATE.—LOS PLANES DEL MONCADA FUERON CELOSAMENTE GUARDADOS.

Si ahora coincidieran en alguna parte los supervivientes del Moncada de seguro que no se reconocerían entre sí, a excepción de los que estuvieron presos en Boniato y en Isla de Pinos. Fuera una tarea ardua, difícil, reagruparlos en una relación, sin el concurso de muchos veteranos de aquella gesta heroica, porque la obligada discreción que la hizo posible lo impide.

Los planes del Moncada fueron celosamente guardados. El movimiento desde sus inicios, se preparó para culminar en una acción armada. Sus componentes no creían en arreglos pacíficos sino en la lucha, todos los integrantes de las distintas células se entrenaban militarmente, pero durante casi un año de preparación combativa el secreto no fue revelado. La conciencia política de sus dirigentes y miembros era plena y el método de trabajo realmente discreto.

A Fidel Castro no se le veía por los lugares habituales de reunión pública, después de la presentación de los cargos contra Batista, en los Tribunales de Justicia por el golpe militar del 10 de marzo, se sumergió en el aparente trabajo del bufete de abogado o faenas del campo.

La estructura del movimiento se componía de un comité militar y otro civil. En el comité militar tenían participación

NOTA.—Este artículo fue publicado por la revista "Verde Olivo", en su edición de fecha julio 28 de 1963, página 36.

Fidel —que era la dirección única de la organización— Abel Santamaría y Pedro Miret, sólo ellos sabían desde el primer momento que el objetivo militar era atacar el cuartel Moncada.

Fue un mes antes del ataque que otros miembros del movimiento conocieron que la acción se llevaría a cabo en la provincia de Oriente, entre ellos Renato Guitart, que vivía en Santiago de Cuba y estuvo encargado de preparar los planos del cuartel Moncada y de alquilar, con Ernesto Tizol, la casa de la granja Siboney, y la casa de la ciudad de Bayamo, e instalar en ambas “negocios de pollos”.

A los que preguntaban por Abel Santamaría, que desde junio de 1953 no se le veía por La Habana, tenían por respuesta la evasiva de que: “Abel se encuentra en Pinar del Río trabajando en una arrocera”.

Fidel firmaba “Alex” y sus compañeros al referirse a él lo llamaban “Alejandro”.

En la granja de Siboney, en Santiago de Cuba, la víspera del ataque, cuando fue revelado a la totalidad de los combatientes los lugares que se tomarían —Moncada y Bayamo— y la hora de la acción.

En Siboney se había mantenido en secreto el cuartel clandestino. La pequeña finca arrendada a José Vázquez por los revolucionarios había sido convertida en una granja de pollos. En un profundo pozo fueron depositadas las armas que llegaban consignadas a la granja como “alimentos para aves”, otras armas fueron transportadas personalmente por Haydée Santamaría y luego por Melba Hernández, que llegaron días antes a Santiago donde se encontraba, desde el mes anterior, Abel Santamaría. Cuando Melba y Haydée salieron de La Habana rumbo a Santiago anunciaron un viaje a Varadero, así hicieron otros de los combatientes.

No hubo un sólo punto de partida, sino muchos. Salieron de Artemisa, de Marianao, de 25 número 164 y Jovellar 107, en La Habana; de Colón y de Calabazar, en ómnibus, tren y automóviles. Ninguno de los grupos o células conocía de la existencia de otros hasta que llegaron a Siboney, después de haber estado repartidos los grupos en una casa de la calle Celda, otra del reparto Sueño y dos hoteles en Santiago.

Tampoco los vecinos de Siboney sospecharon nada. Abel se llevaba muy bien con ellos y les contaba que para los carnavales que se celebran en Santiago, entre el 23 y 26 de



*Abel Santamaría, Segundo Jefe de
la heroica acción del Moncada.*

julio, vendrían algunos compañeros de la Universidad y amigos suyos a pasarse las fiestas y que como era difícil encontrar habitaciones en los hoteles les ofrecería la casa de la granja.

Los primeros amigos en llegar fueron Haydée, Melba y Elpidio Sosa. En cuanto a Raúl no había sospecha, hacía muy poco había llegado de un viaje a Europa, donde participó de un Congreso de Juventudes y antes no tuvo otros contactos públicos que los de la Universidad, donde estudiaba.

El más conocido de todos los integrantes del movimiento que encarnaba la juventud del centenario de José Martí, era Fidel, quien para cerciorarse de la posible vigilancia hacia él, o algún conocimiento por parte de la policía del plan que preparaba, se dirigió personalmente al Buró de Investigaciones, nefasto cuerpo represivo de la dictadura, e indagó como abogado sobre la detención de un acusado, le ofrecieron la información, pero no demostraron sospecha alguna hacia su persona.

Después de esta audaz incursión estaba seguro de que no sabían nada. Todos los combatientes habían guardado celosa observancia del secreto militar que haría historia. Moncada podía ser atacado sin riesgo de frustración previa a la acción.

cuando sarría detuvo a fidel y a sus dos compañeros

TRES JOVENES EXTENUADOS, EN EL LOMERIO DE LA FINCA "MAMPRIVA".—FRANCISCO GONZALEZ CALDERIN.—"YA PUEDEN MATARME. SOY FIDEL CASTRO!"—"¡ABRAME PASO, COMANDANTE, QUE CONTINUO CON LOS DETENIDOS!"—"EL PUEBLO ESTABA INTERESADO, ¡YA NO LOS PODIAN MATAR!"

El teniente Sarría, con 15 números y su ordenanza estaba de operaciones, en busca de algunos de los atacantes del "Moncada" que se suponían aún por las lomas próximas a Santiago, a la izquierda de la carretera que conduce a Playa Siboney.

Tres jóvenes extenuados se habían rendido por el sueño en una casita de guano, vara en tierra, en el lomerío de la finca "Mamprivá" a mitad del camino a Siboney cuando fueron sorprendidos y rodeados por las fuerzas de Sarría. Era la madrugada del 1º de agosto de 1953. Se trataba de tres de los asaltantes del Cuartel el histórico 26 de Julio. Sarría hace su relato, en el mismo lugar del hecho.

Sarría había desplegado sus hombres, y avanzó en pinzas sobre el lugar. Llevaba un práctico de la zona conocido por "Camagüey" quien respondiendo a las preguntas del oficial le informó que en aquella casita se guarecían los campesinos cuando llovía. Habían entrado por la finca "El Cilindro" que daba acceso a las lomas.

NOTA.—El presente relato fue publicado por el periódico "Revolución", en su edición de fecha 26 de julio de 1962, pág. 15.

—Estaban exhaustos. Le pasé la mano por el pelo a uno de ellos que me sospeché era Fidel. Estaba desconocido. Más prieto que yo. Para ver si lo identificaba. Lo conocía de la Universidad.

Mientras, los soldados rastrillaban los rifles para disparar sobre los prisioneros.

—¡No disparen! ¡Los quiero vivos a todos!

—Las ideas se combaten, no se matan —gritó Sarría conteniendo a los guardias.

—¿Cómo te llamas? le pregunté señalando para él.

—Francisco González Calderín.

Era el más alto y se mantenían firmes los tres.

Caminé varios pasos hacia un lado y nuevamente le volví a preguntar: ¿Ése es tu verdadero nombre? ¿De dónde eres y que edad tienes? ¿Cuántos son?

—Me llamo Francisco González Calderín, soy de Marianao y tengo 26 años. Somos nosotros solos. (Los otros dos eran Oscar Alcalde y José Suárez).

En el lugar fueron ocupadas unas escopetas marca "U", y dos pistolas.

Faltaban varios del grupo —narra Sarría— y emprendimos la marcha hacia la carretera. Cuando habían descendido a una hondonada sonó un disparo. Rápidamente gritó:

—Al suelo para que no los maten.

Los soldados de Sarría habían hecho contacto con los cinco restantes, entre los que se encontraba Almeida, que se hallaba próximo a la carretera. Cuando pasó el incidente Fidel dirigiéndose al teniente le dijo:

—Ya pueden matarme. Soy yo quien usted se figuraba. Soy Fidel Castro. Máteme que lo harán comandante enseguida.

—Muchachos ¡quién ha hablado aquí de matar! No sabe usted qué clase de hombre soy yo.

Respondió Sarría. Poco después había de demostrárselo una vez más no entregándolo a Pérez Chaumont, que dirigía los crímenes en masa de los prisioneros del Moncada.

Ya en la portería de la finca con los ocho prisioneros, Sarría —relata— mandó un recado a Manuel Leizant, que vivía en la finca contigua, cerca de la carretera, para que le



Fidel, detenido, presta declaración y da a conocer el programa de la Revolución.

facilitara un transporte. Envió a su hijo Juan Leizant Montero con un camión que manejaba él mismo. Por orden del teniente subieron a la cama del vehículo siete de los prisioneros, con los soldados. Delante. En el asiento del camión. Entre el chofer y su escolta sentó a Fidel. El se situó junto a la puerta derecha del camión.

Me sospechaba que vendrían del "Moncada" a interceptarme para quitármelos. Y previendo eso, antes de partir hacia la ciudad, les dije a mis hombres: ¿Se dejarían quitar ustedes estos prisioneros? ¿Con qué me responden?

—¡Sólo con la muerte!, respondieron—, afirma Sarría.

Así fue. No se los dejaron quitar.

No habían andado dos kilómetros. En la recta de la carretera, en la Redonda, frente a la casa de Artemio Alvarez, ya venía el comandante Andrés Pérez Chaumont y Altuzarra (de tan triste historia), Jefe de las Operaciones. Traía 22 soldados a sus órdenes. En aparatoso despliegue interceptaron el camión en que Sarría llevaba los ocho sobrevivientes del ataque al "Moncada".

—Ese que llevas ahí es Fidel Castro. Tienes que entregármelo.

Le dijo Chaumont —nos relata Sarría— mientras señalaba con el dedo para el detenido.

Me lo puse hacia atrás a mi espalda y le contesté: No se los entregaré. Estos detenidos están bajo mi responsabilidad y los llevaré a su destino, al vivac.

—Soy el comandante Jefe de Operaciones y tienes que acatarme. ¡Entrégamelos! lo increpó nuevamente Chaumont.

—Yo soy Jefe del Puesto de la Guardia Rural de Santiago de Cuba. Jefe de la 1ª Tenencia del Escuadrón 11 de este término. Segundo al mando del Escuadrón, responsable del orden público. Y tendí la mirada a mis hombres. Estaban firmes.

Respondió el teniente Sarría, y seguidamente le dijo:

—Abrame paso, comandante, que continúo con los detenidos.

El digno oficial le había tomado la acción a Pérez Chaumont que bañado en sangre de cerca de 80 jóvenes que habían sido asesinados en los días siguientes al asalto al "Moncada", el 26, 27 y 28, no tenía moral para enfrentársele. En un

gesto de impotencia, falta de honor militar, por lo que había hecho y por lo que se proponía hacer con esos ocho prisioneros, abrió paso.

No los lleves al "Moncada"... Sarría le contestó: Los llevaré al vivac.

En el trayecto Monseñor Pérez Serantes interceptó a Sarría con los prisioneros y le pidió que le permitiera acompañarlos. Sarría no aceptó. Su deber, estimaba, debía cumplirlo solo, sencilla y llanamente, y le aconsejó que no lo siguiera de cerca, que si lo hacía debía hacerlo a distancia. Minutos después llegaba con los prisioneros al Vivac de Santiago de Cuba, en Aguilera y Padre Pico.

Llegó también el comandante Alberto del Río Chaviano. También me increpó —expresa el teniente Sarría— diciéndome: —¡Qué has hecho Sarría! ¡Qué le diremos al Presidente, a Batista! —He cumplido con mi deber, comandante—, le contesté.

El pueblo estaba interesado. Ya no los podían matar.

Fue entonces que llegó al vivac Monseñor Pérez Serantes.

Son Fidel Castro, Almeida, Mestre, Oscar Alcalde, los ocho, los testigos singulares y pueden mejor que nadie decirles lo que ocurrió. He accedido a venir aquí, a señalar el lugar del hecho, por no negarme a un testimonio gráfico que pertenece a la historia.

Sarría, con su sencillez característica, cargada de experiencia y de historia, rehúye modestamente toda alusión a su persona. Ya viejo, cumplió en enero 62 años, ha cursado cinco carreras universitarias, algunas de las cuales terminó recientemente. Es capitán ayudante del Presidente Dorticós y alterna las obligaciones del cargo con las tareas del cultivo del arroz en una pequeña arrocera, en Bayamo, donde lo encontramos preparando el terreno para sembrar, en estos días "el difícil cereal" como nos dijera. En Santiago tiene una familia honorable. Su esposa y varios hijos.

FIDEL EN "MAMPRIVA"

Frustrada la toma del Cuartel "Moncada", la madrugada del 26 de julio de 1953, Fidel da la orden de retirarse y dispersarse hacia la montaña. Muchos se orientan hacia la ca-

rretera de la Playa El Siboney, donde está la casa en la que se reunieron e hicieron los preparativos de la acción. Hasta allí llegó Fidel con un grupo de sus compañeros con los que acordó dirigirse a la Sierra Maestra para proseguir la lucha en las montañas, se orientó hacia las lomas que estaban a la izquierda de la carretera, por las fincas "Mampriva" y "El Cilindro", al fondo están las montañas de Ocaña.

Durante varios días las tropas de la tiranía pasaron por esos lugares sin lograr encontrarlos.

Agotados por las grandes caminatas y la falta de comida hicieron contacto con el campesino Luis Piña, quien les informó que podían confiar en la familia Leizant, eran personas confiables que con toda garantía les brindarían alimentos. Poco después Juan Leizant les llevó una lata de chorizos y pan gallego. Nos lo dijo la mamá del joven, la anciana Manuela Montero. Ellos tienen la seguridad de que ninguna persona allí denunció la situación de Fidel. Si hubiera sido así hubieran caído en manos de Chaviano, no de Sarría.

Fidel, como los siete combatientes que le acompañaban (uno de ellos, Mestre, murió en Las Coloradas, en el desembarco del Granma) tenía la ropa hecha jirones. Manuel Montero, primo de Juan Leizant que trabajaba allí en la vaquería, le facilitó un pantalón. Era de menor estatura y a Fidel le quedaba corto.

Después del vivac, fueron llevados a la cárcel de Boniato. Le celebraron el juicio a Fidel, aislado, en el Hospital y allí produjo su histórico alegato "La Historia me Absolverá".

a la misma hora
del moncada,
en bayamo se escribió
otra página heroica
por rubén castillo ramos

EL ATAQUE AL CUARTEL DE BAYAMO.—ANTECEDENTES.—EL ASALTO.—FRACASA LA OPERACION.—LA BRUTAL PERSECUCION Y EL CRIMEN CONTRA LOS REVOLUCIONARIOS.

El 25 de julio de 1953, Bayamo, la Ciudad Monumento, luce tranquila. Nada indica que en sus entrañas se gesta un movimiento que dentro de pocas horas, habrá de conmoverla. Un cronista de aquel momento diría que la vida discurre sin relieves. En la calle General García —arteria comercial— el gentío va y viene. En el Liceo, el Comandante Gilberto Santiesteban narra episodios de la epopeya independentista. Se “mata el tiempo” en el Círculo Bayamo y en la Colonia Española. Nada altera el ritmo durante la noche. En la cuna de Céspedes, Aguilera y Figueredo, transcurren serenas las primeras horas de la madrugada. Es 26 de Julio. Cinco y diez de la mañana. Un intenso tiroteo sacude a todos los hogares. Se escucha en la parte alta de la ciudad. Son diez minutos de creciente alarma. Después, tiros aislados. Calma... El vecindario se asoma a puertas y ventanas. Los primeros claros permiten ver que jeeps del ejército y la policía cruzan velozmente por las calles desiertas. ¿Qué ocurre? Vuelan las versiones. “Se han fajado entre ellos mismos. Es en el cuar-

NOTA.—Esta narración fue publicada por la revista “Bohemia”, en su edición correspondiente a julio 23 de 1961, página 63.

tel". "No, son elementos revolucionarios que atacaron el cuartel. Parece que hay muertos y heridos". Llegan noticias de que en la acción murió el sargento de la Policía Nacional, Gerónimo Suárez Camejo. Dos soldados fueron heridos. Uno de ellos se nombra Antonio T. Blanco Rodríguez. Hay informes sobre detenciones. En el cuartel están presos Fernandito Fernández Catá, Juan Manuel Martínez y su hijo Juancito Olazábal y el chofer Carlos Fonseca. Hasta las 7:30 de la mañana no se sabía de ninguna baja entre los revolucionarios atacantes.

ANTECEDENTES

En los primeros días de julio, Renato Guitart, que había conocido a Fernandito Fernández en el Colegio "La Progresiva" de Cárdenas, visitó a éste en Bayamo.

—Quiero instalar aquí una granja de pollos —le dijo—, consígueme un local.

—¿Tú metido a criador de pollos? Parecía extraño, pero Fernandito creyó al fin todo lo que le dijo su amigo. Pronto se dieron a la búsqueda. El 14 de julio alquilaron una casa propiedad de Juan Manuel Martínez, situada a la entrada de la ciudad, frente al Departamento de Obras Públicas, a dos cuadras del Cuartel.

—Te dejo este grupo de compañeros que van a atender el negocio. Trátalos como me tratas a mí —expresó un día Guitart, despidiéndose de Fernandito.

Nadie sospechó nada. La casa alquilada se pobló de jaulas para pollos, alimentos avícolas y libros sobre la materia. De vez en cuando llegaban caras nuevas. Eran amigos de Guitart. Con frecuencia se bañaban en el río, y hacían fotos de distintos ángulos del cuartel. Tampoco a esto se le concedía importancia porque se estimaba que era una actividad propia de elementos ajenos a la ciudad interesados en lugares históricos. Los amigos de Renato Guitart tuvieron contacto con Fernandito durante veinte días, sin que éste sospechara —según confesó después— la tremenda realidad que se gestaba. Los "nuevos muchachos" hacían una vida normal. Consultaban todos sus pasos con Fernandito, quien, por otra parte, los relacionaba en la ciudad con elementos interesados en el negocio. Algunas veces viajaban a Santiago para ver a Renato Guitart, que también había organizado allí

un negocio similar. (Unas seis visitas hizo Guitart a Bayamo en el período preparatorio del asalto).

Una noche Fernandito fue a ver a los amigos de Guitart. Tocó fuertemente a la puerta:

—¡Abran que es la Guardia Rural! Era una broma que los muchachos no toleraron,

—¡No digas más eso, que no nos gusta!

—¡Ah, se me van a “caer” ahora por eso!

Otro día, el 24 de julio, Fernandito los visitó de nuevo. Sentados en una cama hablaron sobre distintos tópicos. De pronto uno de ellos lanzó una extraña invitación.

Fernando, ¿quieres participar en el asalto al cuartel?

El aludido, creyó que le estaban devolviendo la broma; que querían tomarle el pelo.

—Ah, viejo, para hablar tonterías hay tiempo!

¿Qué significaba aquel diálogo?

¿Era una indagación? ¿Estarian sondeando a Fernandito para saber si Guitart lo había puesto en antecedentes sobre el plan? O, por el contrario, ¿intentaban hacer una invitación formal?

(Días después del asalto, Fernandito comentaba con angustia aquella conversación: “Yo no se cómo hubiera reaccionado si Renato me hubiera confiado sus planes. Tal vez me habría ganado para la aventura, o, al menos, lo habría conectado con elementos buenos, conocedores del terreno”).

EL ASALTO

—¡Queda usted detenido!

—¿Y por qué me detienen?

—¡Quédese tranquilo que no le va a pasar nada!—

El último que respondía era un amigo de Guitart, que parecía ser el jefe del grupo. La escena, en la casa de los muchachos, el 25 de julio a las 9:30 de la noche. El “detenido” era Juan Manuel Martínez, que se atrevió a ir a la casa “como de costumbre, para ver cómo andaban las cosas”. Las cosas andaban a todo tren. El ataque se preparaba “a mil” A Juan Manuel Martínez no le iba a pasar nada.

—¡Siéntese ahí y estése tranquilo!

En torno del inoportuno visitante las cosas tomaban un cariz muy serio. Los amigos de Guitart se paseaban por la habitación con marcado nerviosismo. ¿Qué pasaría con Martínez? Creyó él que se tramaba algo grave, pero su sospechas eran aún imprecisas. Se llenó de temores cuando vio llegar, a eso de las doce de la noche, a otro grupo de jóvenes, cargados con maletas y cajas de cartón. Empezaron a cambiarse la ropa por uniformes militares. Sacaron armas de distintos tipos. Las cargaron. Uno de ellos dijo:

—Bueno, muchachos. Son las 4:45. Ha llegado el momento. ¡Vamos! Faltan algunos, pero no podemos esperar. ¡Adelante!

Martínez oyó temblando una orden:

¡Y usted, no se mueva de aquí, que en ello le va la vida!

Salieron. Unos cogieron la carretera. Otros cruzaron por el patio. A los veinte minutos ya estaba andando el tiroteo. En tres grupos se dividieron los revolucionarios. Uno se situó en el Acueducto, detrás del cuartel. El que comandaba Pedro Aguilera, dentista de Palma Soriano, ganó el patio de la casa de la familia Corona. Fue el que más se aproximó a la fortaleza militar. El tercer grupo avanzó por la calle delantera del cuartel, entrando por General García.

En el cuartel, la guarnición dormía. Sólo cinco hombres estaban en pie, incluyendo al cocinero. Un soldado que estaba de guardia en la parte posterior resultó herido. Otro, nombrado Antonio T. Blanco Rodríguez, fue alcanzado por una bala que le atravesó el cuello y le salió por la boca. Se salvó milagrosamente. De los atacantes, en el momento de la acción, sólo hubo que lamentar una baja: la de Raúl Martínez, herido en un pie, que logró escapar.

EL DESASTRE

Aquella mañana, Juancito Olazábal comenzó temprano sus labores. Iba tranquilo por la calle General García. Dos hombres armados, con traje de militar, lo sorprendieron con un saludo revolucionario:

—¡Vamos a tumbar a la rata! ¡Coopera, que vamos a asaltar el cuartel!

Cuando se convenció de que no se trataba de ninguna estrategia para “embarcarlo”, aceptó gozoso. A la altura

del garaje "Vallejo" se escuchó un tiroteo que se iba generalizando. Al ver que los grupos situados más arriba y cerca del cuartel se retiraban, el que acompañaba a Juancito expresó con amargura:

—¡Esto ha fracasado, vámonos!

A partir de ese momento, la ciudad se entregó a proteger y a esconder a los atacantes dispersos. Olazábal le facilitó la fuga a sus compañeros. Cuando estaba en este trámite le salió al encuentro un jeep con soldados de la dictadura.

—¿Qué pasa?

—Nada —respondió Olazábal— estos son guardias que están persiguiendo a los asaltantes.

—¡Ah, bien! Nosotros vamos a ver al teniente Roselló.

El teniente Juan A. Roselló Pando era el jefe y la hiena del Escuadrón No. 13 de la Guardia Rural. Al ocurrir el asalto no se hallaba en la ciudad. Después, asesinó a mansalva.

Frustrado el ataque, los que quedaron a la deriva sufrieron una odisea terrible. Con la ayuda de buenos bayameses, algunos salvaron la vida. Otros cayeron bajo las garras del feroz Roselló. Pedro Aguilera, el dentista de Palma Soriano, pudo ser fletado en avión a La Habana después de esconderse en casa de Manfi Corona. José Testá Zaragoza fue detenido en un ómnibus "Rivas", conducido al cuartel y asesinado por la hiena.

—Hazte cargo de ese hombre— le dijo Roselló al soldado Juan Pérez Castañeda.

—¿Con qué fin, teniente?

—¡Para matarlo!

—¡Esa orden no la cumplo yo!

Después pretendió obligar al soldado Filiberto Rodríguez:

—Mire, teniente —fue la respuesta firme—, yo no mato a hombres indefensos.

—¡Cobardes! ¡Esto se hace así!

Extrajo su revólver 38 y lo vació en el pecho de Testá. Roselló anduvo tres días con el mismo uniforme, manchado de sangre. Ante sus víctimas alardeaba de sus crímenes. Poco después de haber matado a Testá, procedió de la misma manera con otro detenido.

El capítulo de persecuciones es inenarrable. En la finca de Amadeo Guerra se refugiaron algunos muchachos que después pudieron escapar. Hugo Camejo, Pedro Vélez y Andrés García consiguieron llegar hasta Manzanillo. Allí los arrestaron. Y por la noche, un oficial rubio, de ojos azules, los sacó hasta cerca del poblado de Veguitas, donde estranguló a los dos primeros empleando una soga. García, que fue dejado por muerto, logró arrastrarse hasta el cementerio de Veguitas. Salvó la vida y fue juzgado. Trágico fin corrieron otros revolucionarios que se dispersaron. Tales son los casos de Lázaro Hernández Arroyo, Pablo Agüero Guedes, Rafael Freyre y otro que no pudo ser identificado. Fueron salvajemente asesinados después que se rindieron sin disparar un tiro, en el "encuentro" de Ceja de Limones.

Fernandito y Olazábal, detenidos por la hiena, sortearon miles de dificultades para salir con vida. Involucrados en el juicio del Moncada, fueron finalmente absueltos. Juan Manuel Martínez estuvo preso durante 62 días en Puerto Boniato junto a Raúl Castro. Le tocó hablar después del alegato de Fidel y lo pusieron en libertad.

Tal es en síntesis la historia del ataque al Cuartel de Bayamo. Con la sangre noble, valiente y generosa vertida en el Moncada y en la Ciudad Monumento se fue forjando la Revolución.

el asalto al cuartel de bayamo

por el capitán
andrés garcía díaz

“¡HAY QUE MATAR A DIEZ PRISIONEROS POR CADA SOLDADO MUERTO!”.—EL ATAQUE AL CUARTEL.—EL “MUERTO VIVO”.—“CONOCI A FIDEL EN 1952”.—TRAS LA CAPTURA, EL CUADRO ESPANTOSO DEL CRIMEN.

“...había que matar diez prisioneros por cada soldado muerto”.

¡Esa fue la orden! Se había producido en una reunión de Batista, el Jefe del Ejército, del SIM, del General Martín Díaz Tamayo y otros, horas después del valeroso ataque al Cuartel Moncada (5:15 a.m. del 26 de Julio de 1953). El propio Díaz Tamayo dijo que era una vergüenza y un deshonra para el Ejército haber tenido en el combate tres veces más bajas que los atacantes. Fidel lo denunció en el juicio por los sucesos del Moncada.

“A partir de ese momento una verdadera cacería humana se inició por aquel grupo de hombres de bajos instintos criminales natos, bestias portadoras de todos los atavismos ancestrales revestidas de forma humana, monstruos refrenados por la disciplina y el hábito social que sólo les falta la orden para entregarse a esa orgía de sangre”.

El tirano —relató Fidel en el juicio— al hablar en el polígono militar el 27 de julio dijo que eran 33 las bajas

NOTA.—Este relato fue publicado por el periódico “Revolución”, en la edición de fecha 20 de julio de 1962, primera página.

nuestras, que habían caído en el ataque al Cuartel, y al terminar esa semana ya sumaban 80 los cadáveres de jóvenes asesinados, muchos de ellos después de haber sido terriblemente torturados.

EL ATAQUE AL CUARTEL

Igualmente ocurrió con los prisioneros del grupo que realizó el ataque al Cuartel de Bayamo. Eran 25, de los cuales la mitad fueron ultimados. Los cadáveres de tres de ellos fueron echados al fondo de un pozo ciego cerca del río Cauto, en un lugar conocido por Barrancas.

Eran Raúl de Aguiar, Armando del Valle y Andrés Valdés, asesinados a media noche, en el camino hacia Palma Soriano por el sargento Montes de Oca y el cabo Maceo, del cuartel de Miranda. En una alcantarilla, de la carretera, cerca de Bayamo, fue igualmente asesinado Mario Martínez Arara, quien al ser preguntado por los soldados sobre quién era el responsable del grupo expresó: "el responsable de esta revolución es José Martí", y murió valientemente.

También se refirió Fidel, y denunció el crimen ante el Tribunal, a lo ocurrido en la carretera entre Bayamo y Manzanillo, cerca de Veguitas, donde tres jóvenes prisioneros del ataque al Cuartel, después de ser salvajemente golpeados a culatazos, fueron dejados allí, ahorcados, por muertos, dándose el caso singular que uno de ellos recobró el sentido horas después y sobrevivió para poder relatar el crimen. Se refería a Andrés García Díaz. Los otros dos, Hugo Camejo y Pedro Vélez, fueron hallados allí por los campesinos al día siguiente. Sus cadáveres presentaban múltiples desgarraduras y contusiones. Habían sido arrastrados, con una soga atada al cuello (como Andrés) tirados por el "jeep" que tripulaban sus verdugos.

"EL MUERTO VIVO"

Los campesinos de Veguitas, de la finca "Ciro León" y "Las Troýadas" recuerdan a Andrés con mucho cariño. Su vida para ellos es como una leyenda, le llaman cariñosamente "el muerto vivo". Sienten, además, un gran dolor al recordar el hallazgo de los cadáveres de Hugo y Pedro. Ven en Andrés algo suyo. Tiempo después del 26 de Julio, cuando Andrés fue a la Sierra Maestra y se unió a las fuerzas de

Fidel, ellos le pidieron que hiciera algo allí en la zona, alguna hazaña. El les pertenecía, su nombre tenía que seguir ligado a Veguitas. Tenía que asaltar el cuartel de allí. El era para ellos, un mártir convertido en héroe por circunstancias extraordinarias de la vida y por que llevaba dentro el ideal de la Revolución.

Andrés fue el primer ayudante de Almeida, y se destacó como un buen combatiente. Hoy es capitán del Ejército Rebelde y desempeña un cargo de responsabilidad en el Cuartel Maestre "San Ambrosio".

CONOCI A FIDEL EL 11 DE MARZO DE 1952

El extraordinario interés humano que rodea el caso del sobreviviente del ataque al Cuartel de Bayamo, Andrés García Díaz arrastrado y ahorcado en el callejón de Veguitas al Central Sofía, mueve al relato, y es él, y los campesinos que lo ayudaron a escapar a la persecución de sus verdugos, quienes nos cuentan el hecho.

Viste el honroso uniforme verde olivo. Lo encontramos cuando le limpiaban los zapatos, frente al Cuartel "San Ambrosio", en La Habana vieja. Es sábado al mediodía. Ha terminado su labores para ir a almorzar. Joven, humilde, sencillo. Nos atiende con afecto y advertimos en él la emoción que le produce el recuerdo de aquellos momentos tan singulares de su vida, tan llenos de dolor y sacrificio y a la vez tan llenos de esperanzas y de fe en el futuro de la Patria.

—Conocí a Fidel en una reunión en la Universidad de La Habana, al día siguiente del artero golpe del 10 de marzo, que tanta sangre y dolor trajo al país. Mi madre, Mercedes Valdés, era Ortodoxa y a pesar de que yo era muy joven, sentía ansias de emprender la lucha cívica. Allí iniciamos los contactos y nos vinculamos al trabajo revolucionario que con condiciones excepcionales dirigía Fidel, había que enfrentarse a Batista y con él destruir los males seculares que representaba y agobiaban la República.

—Comenzamos el entrenamiento —nos dice— íbamos a una finca en el pueblo de Palos, en La Habana, otros compañeros se entrenaban en el manejo de las armas en otra finca, en Guanajay. No había otro camino que la Revolución armada frente a la dictadura castrense y la miseria moral de nuestros corrompidos políticos. El golpe del 10 de marzo era una

puñalada por la espalda a nuestro pueblo. Era el pisotón del imperialismo y los explotadores frente a toda posibilidad pacífica de salvar al pueblo de tanta frustración.

La modestia del joven combatiente lo detiene en su relato, cuando se trata de lo personal, pero al fin lo persuadimos de que su historia es parte de la Historia de la Revolución, y accede.

—Escogida la fecha del 26 de Julio para el ataque al Moncada —nos dice— Fidel propuso que, simultáneamente, se atacara el Cuartel de Bayamo, el segundo más importante de la provincia, para aliviar la presión que pudieran hacer los soldados en un solo punto, una vez tomado el Moncada. Así nos trasladamos (un total de 25 compañeros) a la Ciudad prócer. Sin duda alguna el mentor del grupo lo era el inolvidable compañero “Nico” López, quien posteriormente cayera abatido a balazos en Alegría de Pío, con otros expedicionarios del “Granma”.

—Nos reunimos en el hospedaje “Gran Casino”, situado en la esquina de Alfredo Utsed y Augusto Márquez. A poco menos de dos cuadras del Cuartel. El 24 ya estábamos todos allí. Contábamos con muy escasas armas, entre ellas algunas escopetas marca “U”. Fidel dio la orden de atacar por la madrugada del 26 y así lo hicimos. Decidimos atacar por distintos puntos. Aunque sólo por la entrada del fondo había alguna posibilidad. Cuando intentamos cortar una cerca de alambre de púas que protegía el acceso por este lugar, un soldado que estaba en la caballeriza se percató del ataque y rápidamente se movilizaron en gran número poniendo a funcionar las ametralladoras calibre 50 que tenían instaladas, sin que tuviéramos la menor posibilidad de tomar la posición. En el ataque cayeron dos compañeros y el resto nos dispersamos en distintas direcciones, siendo la mayoría capturados en las malezas y posteriormente asesinados.

EN HORAS DE LA MADRUGADA

—Tratando de escapar tomé un ómnibus en dirección a Manzanillo, para ver si podíamos llegar hasta la casa de unos parientes en Campechuela. Me acompañaba mi hermano de crianza, Hugo Camejo y Pedro Vélez. Un policía que iba en el ómnibus sospechó de nosotros porque teníamos los zapatos

enfangados y en Manzanillo nos detuvieron. Sobre las nueve de la mañana del día 26, nos trasladaron al cuartel de Bayamo.

El relato se hace cada vez más impresionante.

—Sabíamos que estaban asesinando a todos los que caíamos prisioneros. Los golpes y vejaciones eran constantes. En las primeras horas de la madrugada nos sacaron del Cuartel de Bayamo, por orden del teniente Suárez. El sargento de la Paz y el cabo Maceo nos trasladaron en un "jeep" hasta el callejón de Sofía, al fondo del cementerio del pueblecito de Veguitas, a unos 67 kilómetros de Bayamo, en dirección a Yara.

—Estábamos seguros de que nos asesinaban. Allí comenzaron a darle culatazos a mi hermano Hugo. Estábamos maniatados. Me incorporé para interponerme y evitar con mi cuerpo el atropello. Fue aún dentro del "jeep". Me alcanzaron con la culata del fusil en la sien. Caí inconsciente. Sobre las 5 de la tarde de ese día (27 de Julio) empecé a recuperar el conocimiento. Estaba terriblemente adolorido y con una soga que me apretaba fuertemente en el cuello. Al parecer, la posición en que quedó y por ser yo el que estaba atado al extremo de ésta, no logró estrangularme.

—El cuadro era espantoso. Mis hermanos de lucha yacían inermes. A rastras alcancé la manigua. Alguien me vio saltar la cerca próxima a la cuneta y poco después fui perseguido por los soldados, en un cañaveral de la finca de Ciro León. Los tuve tan cerca que, imposibilitado para huir, porque además, físicamente no lo podía hacer, me tiré boca arriba junto a un gran plantón de hierba guinea. Quería verles la cara a mis asesinos. Caminaron aprisa pensando que yo podía huir y me pasaron por el lado sin que me descubrieran. A la mañana siguiente me fui hasta el batey de la vaquería contigua al cañaveral. No era un lugar seguro y me encaminé a un paso del río Buey para tomar un camino próximo, frente a la casa de un campesino. Acertaba a pasar por el lugar Bernardo Amaya López, campesino de la zona que venía de cortar caña. Vivía allí cerca. Cariñosamente me brindó ayuda. Su bondad infinita y su repudio al crimen, del que ya tenía noticias, hizo posible que yo lograra salir con vida de aquella zona que era constantemente recorrida por los soldados.

—No olvidaré jamás la valiente conducta de aquel campesino. De su familia, de su anciana madre Manuela López. Que muchas veces preparó, como su esposa Bélica González, los alimentos que me llevaba al cañaveral donde me tuvo oculto, donde me curaba las heridas, hasta que logró que pudiera salir a un lugar seguro.

“ÑICO” VERDECIA

—Bernardo sabe —nos expresa Andrés— que el Ejército ha tenido noticias de que estoy escondido en la zona. Que si permanezco allí me capturarán y junto con él nos darán muerte. Busca un contacto y localiza a “Ñico” Verdecia, de Bayamo. “Ñico” está vinculado a la Ortodoxia. Es un buen revolucionario y me saca del lugar. Me inyecta, me cura y considerando que el medio más seguro es que, con las garantías necesarias me lleven a Santiago. Lo logro con la intervención personal de Monseñor Pérez Serantes.

Este posteriormente lo entregó a las autoridades y fue remitido a la Prisión de Boniato, donde estaban Fidel, Raúl y los demás compañeros sobrevivientes del Moncada.

—En la prisión pude relatar a Fidel toda la odisea vivida y el asesinato de mis compañeros. Raúl me cortaba el pelo para que pudieran sanarme las heridas. Durante más de un mes tuve en el cuello el surco equimótico de la soga con que pretendieron ahorcarme. Tenía que decir que era una rozadura con los bejucos en el monte, pues me hubieran matado para que no pudiera relatar eso ante el Tribunal.

Antonio Verdecia es primer teniente del Ejército Rebelde, destacado en la construcción de la Ciudad Escolar “Camilo Cienfuegos”. Durante la guerra se batió mil veces con los soldados de la dictadura, en la zona del llano de Bayamo y Holguín. Estuvo con el grupo de Lara y posteriormente con el comandante Víctor Mora.

Con Verdecia nos trasladamos desde Bayamo a Veguitas, a la Finca “La Troyada”, donde con Bernardo Amaya López, quien sigue siendo el mismo guajiro noble y trabajador y revolucionario, reconstruimos este pasaje de la Revolución.

como se editó
en la clandestinidad
la primera edición de
“la historia me absolverá”

artículo de francisco de armas

EDICION LLENA DE RIESGOS Y DE HEROISMO.—
HAYDEE Y MELBA.—GUSTAVO Y MACHACO AMEI-
JEIRAS.—FIDEL RECONSTRUYE EL DISCURSO.—
FRAGMENTOS ESCRITOS CON ZUMO DE LIMON.
—BUSQUEDA DE FONDOS PARA LA EDICION.—
TRANSPORTE Y DISTRIBUCION A TODA LA REPUB-
LICA CON SOLO CINCO PESOS.

Apenas había transcurrido un año del asalto al Moncada, salía de una imprenta habanera la primera edición de “La Historia me Absolverá”, el histórico informe que Fidel pronunciara ante el tribunal que le juzgara por los acontecimientos del 26 de Julio.

Aquella edición tiene una historia llena de riesgos, de audacia, de astucia y de heroísmo.

Haydée y Melba, las heroínas del Moncada, desempeñaron un importante papel en la impresión de aquel documento; también corrió los riesgos inherentes a la empresa Lidia Castro, hermana de Fidel; y José Valmaña y Humberto Grillo, este último actualmente secretario general del Sindicato de la Alimentación.

Gustavo y Machaco Ameijeiras son otros nombres vinculados muy estrechamente con aquella edición clandestina de “La Historia me Absolverá”.

NOTA.—Este artículo fue publicado por el periódico “Hoy”, en el rotograbado de fecha 21 de julio de 1963, página 2.

Corría el año 1954, Haydée y Melba todavía guardaban prisión en la cárcel de Guanajay cuando por primera vez oyeron hablar del juicio en que Fidel pronunciara su histórica autodefensa. Carentes de noticias como estaban, tras los barrotos de la cárcel, ellas habían pedido a la periodista Marta Rojas que visitara la prisión y les ofreciera algunas noticias sobre Fidel y el desarrollo de los acontecimientos. Marta, pretextando hacer un reportaje con los hijos de las reclusas, visitó la cárcel y les informó algo del juicio, diciéndoles que Fidel estaba bien y que el informe ante el Tribunal era una obra para la historia. Poco fue lo que Marta Rojas pudo conversar con ellas por la vigilancia a que estaban sometidas, pero no obstante, Marta, burlando la vigilancia de la jefa del penal, pudo incluso tomarles una foto a Haydée y Melba tras las rejas.

Cumplidas las sentencias impuestas, las dos jóvenes salieron de la prisión y se dieron a la tarea, por órdenes de Fidel, de reagrupar a los compañeros de La Habana y de la provincia de Pinar del Río que, por falta de armas, no habían podido participar en el asalto al Moncada. Simultáneamente, iniciaron la labor de proselitismo para la causa a que se habían entregado.

Mantienen una comunicación constante con Fidel, a través de familiares de él y de familiares de otros compañeros que guardaban prisión. Lidia, la hermana de Fidel, fue muy útil en todo momento trayéndoles a ellas orientaciones y llevando a Fidel información de las actividades realizadas.

En aquella tarea de aglutinar las fuerzas dispersas y atraer nuevos elementos a la lucha, Haydée y Melba precisaban de un programa de acción para captar a elementos que no participaban en la lucha y así se lo informaron a Fidel.

Fidel les informó en cierta ocasión, que llevaran al ánimo de los compañeros que el Movimiento que estaban organizando no era un movimiento a la usanza de aquellos tiempos, de promesas y politiquería, que aquel Movimiento era distinto y que él estaba preparando un trabajo que contenía en sí el programa del Movimiento.

Ese trabajo era la reconstrucción del informe pronunciado por él en el juicio del Moncada.

Comenzó entonces un proceso en que la astucia y el valor se daban de la mano. Haydée y Melba fueron recibiendo ins-

trucciones de Fidel sobre los trabajos que debían ir realizando para que no se frustrara aquel propósito.

Fidel fue reconstruyendo poco a poco aquel informe. Y escribiéndolo con zumo de limón, que es una aceptable tinta invisible, fueron saliendo de la cárcel los primeros párrafos del histórico documento.

Al principio, Fidel introducía en el doble fondo que tenían las antiguas cajitas de fósforos los pedazos de papel en que se iba escribiendo el documento. Los días de visitas las cajas de fósforos eran entregadas a algunas de las personas que les visitaban, pero el procedimiento era lento porque se hacía necesario esperar a que hubiera visitas en el penal para sacar al exterior unos pocos párrafos.

Fidel ideó entonces otro procedimiento. Pidió a Haydée y Melba una lista de personas de confianza y la completó con otra lista de nombres de personas conocidas de él que podían ser útiles. A todas aquellas personas Fidel comenzó a escribirles cartas de saludo. Por aquellos días, Fidel se convirtió en el gran escritor del presidio.

Las cartas que escribía Fidel, como hemos dicho, no contenían más que un saludo a las personas a quienes estaban dirigidas. Pero entre línea y línea, Fidel escribía, siempre con zumo de limón, los párrafos subsiguientes de "La Historia me Absolverá". Muchas de aquellas personas recibían el saludo ignorando el verdadero contenido de aquellas cartas.

En verdad, los censores de la tiranía pecaron de ingenuos, pues ninguna de aquellas cartas fue ocupada.

Un grupo de compañeros visitaba después a las personas a quienes Fidel escribía y les pedía las cartas que éste les había escrito. Luego Haydée y Melba y Lidia Castro planchaban las cartas, pasaban a máquina aquellos escritos inapreciables e iban a su vez reconstruyendo el trascendental documento. Lidia Castro tenía a su cargo guardar aquellas copias y ocultar los manuscritos.

Por fin, un día recibieron instrucciones de Fidel sobre cómo debía ser la edición. Les indicaba el formato en que debía ser impresa la obra, los blancos que debían tener entre capítulo y capítulo, la cantidad de ejemplares que debían editarse —nada menos que CIEN MIL EJEMPLARES pedía Fidel que se editaran—, y cómo debía ser la distribución que debía hacerse por provincias.

Para imponerlas de la importancia que tenía el trabajo que estaban realizando, Fidel les hizo un análisis del contenido de aquel documento. Se vivía entonces bajo la influencia de los Prío y los Aurelianos con sus diarias amenazas de invasión. Fidel les explicó a ellas que en aquel momento lo más importante era la batalla de tipo ideológico y de ahí la importancia fundamental del trabajo que realizaban.

Ya con el texto completo en su poder, venía la tarea de mandarlo a imprimir y para ello hacía falta dinero. Fidel les orientó para que visitaran algunas personas conocidas por él, otras eran personas conocidas de ellas mismas. Se decidió nombrar tesorero para la edición de la obra, a José Valmaña, quien también debía buscar el impresor que se ocupara de la edición. Valmaña realizó un magnífico trabajo.

De las personas visitadas para recaudar fondos, algunas colaboraron, otras no colaboraron y otras aportaron aún una cantidad mayor que la que le habían asignado. De todos modos, lo recaudado no alcanzaba para realizar la tirada que se habían propuesto.

Entonces el grupo encargado de la impresión del documento recurrió a un truco muy manido entonces. Imprimieron unos talonarios de rifas de televisores para completar los fondos que necesitaban. A las personas a quienes se les vendía se les explicaba que no había tal rifa y que lo que se recaudaba sería empleado en la lucha para derrocar la tiranía. Aquellas papeletas volaban de las manos del grupo revolucionario.

Pero era imposible recaudar todo el dinero necesario para la gran tirada que se habían impuesto. Por otra parte, no podían esperar mucho para realizar la impresión porque peligraba todo el trabajo.

Finalmente, apremiados por la urgencia y disponiendo de los recursos con que contaban se dio la orden de iniciar la impresión que costó de 20,000 ejemplares.

Ya con los ejemplares en la imprenta, se iniciaba la etapa final y difícilísima de la distribución. En esa etapa desempeñaron un papel trascendental los hermanos Gustavo y Machaco Ameijeiras. Era el mes de junio de 1954.

Fidel había planteado cómo debía hacerse la distribución por provincias. Oriente, por ser la provincia donde se habían escenificado los acontecimientos, debía recibir gran

cantidad de ejemplares para que hasta el último oriental conociera los acontecimientos del Moncada.

En el proceso de distribución también trabajó bravamente Humberto Grillo, quien tuvo a su cargo organizar la distribución en cada provincia. Gustavo y Machaco Ameijeiras se encargaría de sacar los ejemplares de la imprenta y después llevarlos en las cantidades previstas a cada una de las provincias.

Acaso el golpe más audaz de los hermanos Ameijeiras fue sacar aquella enorme cantidad de ejemplares de la imprenta. Eran paquetes enormes, que no podían sacarse ni siquiera en automóvil. Para aquella tarea, ellos consiguieron un camión, lo parquearon frente a la imprenta, y estuvieron cargando hasta que vaciaron completamente la imprenta.

Cuando se hizo aquel trabajo ya había sospechas de que la imprenta había sido "chivateada". Y, en efecto, el camión no iría aún a muchas cuadras de la misma cuando irrumpieron las perseguidoras, allanaron el local de la imprenta e iniciaron un registro minucioso. Pero no encontraron ni un solo ejemplar de "La Historia me Absolverá".

Luego se le planteó al grupo otro serio problema: Todos los fondos de que disponían habían sido invertidos en la edición de la obra a fin de imprimir el mayor número de ejemplares posible y todos ellos se habían quedado sin un centavo faltando aún por distribuir la obra. Era necesario llevar a cada provincia la cantidad de ejemplares asignada, entregarlos allí al responsable de la distribución en la provincia de que se tratara y continuar viaje. Aquello costaba dinero y no había de dónde sacarlo.

Gustavo y Machaco Ameijeiras se consiguieron una máquina ¡pero no había ni para la gasolina! Todos estaban enfrascados en idear los medios para buscar los recursos necesarios cuando se reunieron para discutir la situación. En aquella reunión, se les preguntó a los hermanos Ameijeiras cuánto necesitarían para aquel trabajo y Gustavo Ameijeiras dijo que con cinco pesos ellos se comprometían a hacer la distribución. (Cinco pesos era el precio de la gasolina para llenar el tanque del automóvil.)

Ante la protesta de sus compañeros, Gustavo les explicó que por el camino ellos irían resolviendo los problemas que se les presentaran. En realidad, no había otra forma, a menos

que se tuvieran peligrosamente almacenados los ejemplares, a riesgo de ser descubiertos, hasta que se resolviera el problema de conseguir dinero para la distribución.

Aceptada la propuesta de los hermanos Ameijeiras, cargaron la máquina, que iba repleta de ejemplares hasta los topes.

Sus compañeros después supieron que tanto Gustavo como Machaco, cuando llegaban a algún pueblo donde tuvieran personas amigas o supieran que residía alguna persona vinculada al movimiento revolucionario, les pedía que les llenaran el tanque de gasolina y continuaban viaje, comiendo unas veces y otras sin comer, durmiendo en el mismo vehículo las más de las veces y burlando a los esbirros de la tiranía hasta lograr la total entrega de los ejemplares.

Así, con sólo cinco pesos, los hermanos Ameijeiras distribuyeron por toda la Isla la primera edición de "La Historia me Absolverá".

el 26 de julio en la historia de nuestro tiempo

(fragmentos del discurso
del comandante fidel castro,
pronunciado en el x
aniversario del asalto
al moncada).

“... ¿Qué importancia tiene esta fecha? Hace diez años nuestro país se encontraba en situación similar a muchos otros países hermanos de la América Latina. Al gobierno castrense de Batista lo habían sucedido en el poder los gobiernos corrompidos de Grau y de Prío. Nuevamente el 10 de marzo de 1952 Batista y su camarilla se apoderaron por la fuerza de los destinos de la Nación. El pueblo quedó ante una situación sin salida posible.

La República había ido atravesando de gobierno en gobierno cada vez peores, cada vez más corrompidos, cada vez más entreguistas a los imperialistas norteamericanos; para la nación no se vislumbraban perspectivas de progreso posibles, los males sociales se acentuaban, el desempleo crecía, crecía la incultura, crecía la pobreza. Mientras la población del país se había duplicado, el país seguía viviendo del mismo número de centrales azucareros, de las mismas cantidades de azúcar que tenían un precio real muy inferior al que tenían en los años veinte; crecía la población y no crecían las riquezas de la nación; nuestro producto básico bajaba de precio mientras los artículos de importación aumentaban constantemente

en virtud del dominio que el imperialismo ejercía sobre nuestros mercados.

Era enorme la incultura, era grande el desamparo de los ciudadanos humildes para adquirir educación, para adquirir un empleo decoroso, para ingresar en un hospital, para resolver cualquier problema vital para él o para sus hijos.

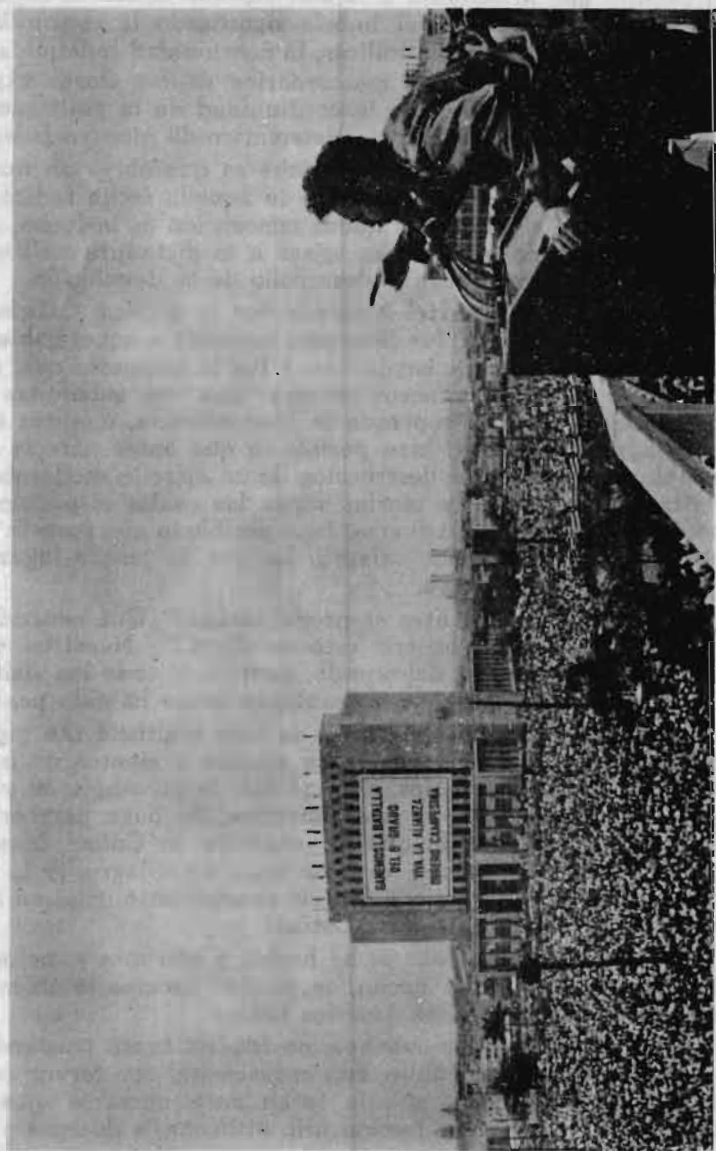
Fue en esas circunstancias en que tuvo lugar el golpe de estado militar, y fue en esas circunstancias en que nuestro pueblo se quedó virtualmente sin salida. Pero por paradójico que parezca, fue precisamente en el instante en que los caminos estuvieron más cerrados que nunca, cuando la salida del pueblo de Cuba se acercó más que nunca.

Los partidos políticos habían sido disueltos, la prensa, la radio y la televisión al servicio de los intereses de la burguesía y del imperialismo y, por tanto, del régimen político imperante, y la nación privada de toda participación en la vida pública, tenía ante sí el proceso de acondicionamiento de aquella dictadura militar, que a fin de perpetuarse en el poder con el apoyo de los elementos politiqueros y de las clases reaccionarias, había entrado también en el rejuego electorero. Y ese problema lo vemos a menudo en otras repúblicas de América Latina: los gorilas aprovechan el descrédito del poder civil, derrocan el poder civil, instauran la dictadura militar, obtienen el apoyo del imperialismo y después comienzan a elaborar fórmulas politiqueras, soluciones seudodemocráticas para mantener el dominio de la situación.

Eso estaba ocurriendo también en nuestro país. Y los partidos de la burguesía siempre se han prestado a ese rejuego, siempre se han prestado a esa maniobra; y en nuestro país los partidos de la burguesía y de los explotadores estaban colaborando con el régimen de Batista con vistas a repartirse las senadurías, los cargos en la Cámara de Representantes, y dividirse los frutos de la explotación y del saqueo de la nación. En aquellas circunstancias fue como surgió una táctica de lucha, una estrategia de lucha; en aquella situación fue cuando comenzó a elaborarse una nueva concepción de la lucha del pueblo.

EL INICIO DEL CAMINO HACIA LA REVOLUCION

La importancia que tiene esta fecha radica en que aquel día inició nuestro pueblo, en escala modesta si se quiere, inició



el camino que lo condujo a la Revolución. Cruzarse de brazos ante aquella situación habría significado la continuidad indefinida de la camarilla militar, la continuidad indefinida en el poder de los partidos reaccionarios de las clases explotadoras, habría significado la continuidad de la politiquería, de la corrupción y del saqueo sistemático de nuestro país.

La importancia de aquella fecha es que abrió un nuevo camino al pueblo; la importancia de aquella fecha radica en que marcó el inicio de una nueva concepción de la lucha, que en un tiempo no lejano hizo trizas a la dictadura militar y creó las condiciones para el desarrollo de la Revolución.

El ataque al Cuartel Moncada fue la réplica enérgica y digna al 10 de marzo, fue la réplica decidida a aquel gobierno instaurado a fuerza de bayonetas; y fue la respuesta que, una vez superados los primeros reveses, una vez superadas las deficiencias, una vez superada la inexperiencia, una vez desarrollada plenamente, hizo posible lo que antes parecía imposible: hizo posible la destrucción de un ejército moderno, en contra de una serie de teorías según las cuales el pueblo no podía luchar contra esa fuerza; hizo posible lo que parecía imposible, pero no fue un milagro. Lo que ha tenido lugar en Cuba no fue un milagro.

Y nuestros visitantes se preguntarán: "¿Qué ocurrió en Cuba y cómo pudo ocurrir esto en Cuba?" Nuestros visitantes de todas partes del mundo, pero sobre todo los visitantes de América Latina, se preguntarán cómo ha sido posible.

Es posible que la presencia de una multitud tan gigantesca, que la presencia de tantos cientos y cientos de miles de personas, ante sus ojos, mas no sólo la presencia: el vigor y el entusiasmo de esta muchedumbre, les haga parecer tal vez cosa de milagro lo que ha ocurrido en Cuba. Mas, lo que ha ocurrido en Cuba no tiene nada de milagro, ¡y lo que ha ocurrido en Cuba puede ocurrir exactamente igual en muchos otros países de América Latina!

Todo lo que en Cuba se ha hecho, y aún más y mejor de lo que en Cuba se ha hecho, es posible hacerse también en muchos otros pueblos de América Latina.

Para nosotros los cubanos, no tendría tanta trascendencia conmemorar con júbilo, con entusiasmo, con fervor revolucionario esta fecha, si esta fecha ante nuestros ojos no tuviera el valor de una lección útil, utilísima, a decenas y de-

cenas de millones de hermanos de América Latina; si esta fecha y lo que ella simboliza, no entrañara un sólido aliento, una firme esperanza de que hay remedio a los males de los explotados y hambrientos de este Continente, de los millones de trabajadores y campesinos y de indios esquilmados en este Continente; si no entrañara una esperanza y un aliento a la posibilidad de resolver de una vez y para siempre los trágicos males sociales de este Continente, donde los porcentajes de muerte entre la población infantil se cuentan entre los más altos del mundo, donde el promedio de vida es bajísimo, y donde minorías oligárquicas —en complicidad con los monopolios yanquis— saquean despiadadamente a esos pueblos.

¡Esta fecha tiene valor no como hecho que se proyecta hacia el pasado, sino como hecho que se proyecta hacia el porvenir! Porque aquí en nuestro país había un poderoso ejército profesional al servicio de los explotadores, aquí había numerosos partidos burgueses que arrastraban a una parte no desdeñable de la masa por caminos erróneos, y había todo un sistema de prensa, de radio y de televisión al servicio de los intereses creados. Y aún más: cuando Batista dio el golpe de Estado, tenía una situación financiera el país que no tiene hoy ningún pueblo de la América Latina, porque encontró en las arcas del Banco Nacional de Cuba más de 500 millones en divisas. Y esa no es la situación de Guatemala, esa no es la situación de Argentina, esa no es la situación de Colombia, esa no es la situación de Venezuela, esa no es la situación de Nicaragua, de Honduras y de otros países de la América Central.

Y, sin embargo, en aquellas difíciles condiciones para la Revolución —del esfuerzo surgido, como ocurre siempre en los acontecimientos históricos en que el esfuerzo y la idea surgen de unos pocos y si es un esfuerzo bien dirigido y si las ideas son justas, van convirtiéndose poco a poco en el esfuerzo y en la idea de las masas—, en aquellas difíciles condiciones nuestro pueblo encontró una salida.

El Cuartel Moncada no cayó. Factores imprevistos hicieron fallar el intento de ocupar la fortaleza, factores imponderables. Aquello habría podido ser un duro golpe para nosotros, para nuestra convicción y nuestra fe de que aquel era el camino; aquello pudo circunstancialmente fortalecer la opinión de aquellos que afirmaban que no era posible luchar contra el ejército de Batista; pudo circunstancialmente fortalecer

la opinión de los politiqueros y los argumentos de los politiqueros en favor de las componendas electoreras donde jamás el pueblo obtiene nada. Sin embargo, nuestra fe se mantuvo firme, inmovible, de que aquel era el camino; y nos dimos de nuevo a la tarea, ya con más experiencia, ya más elaborada, de llevar adelante aquella lucha.

Mas, cuando nosotros desembarcamos en el "Granma" 82 hombres, aún nos traicionó la inexperiencia, aún nos traicionó nuestra inmadurez como combatientes, y de nuevo un duro revés se asentó sobre nuestro esfuerzo y aquella fuerza expedicionaria —organizada y preparada con grandes esfuerzos y sacrificios— quedó virtualmente dispersa y aniquilada.

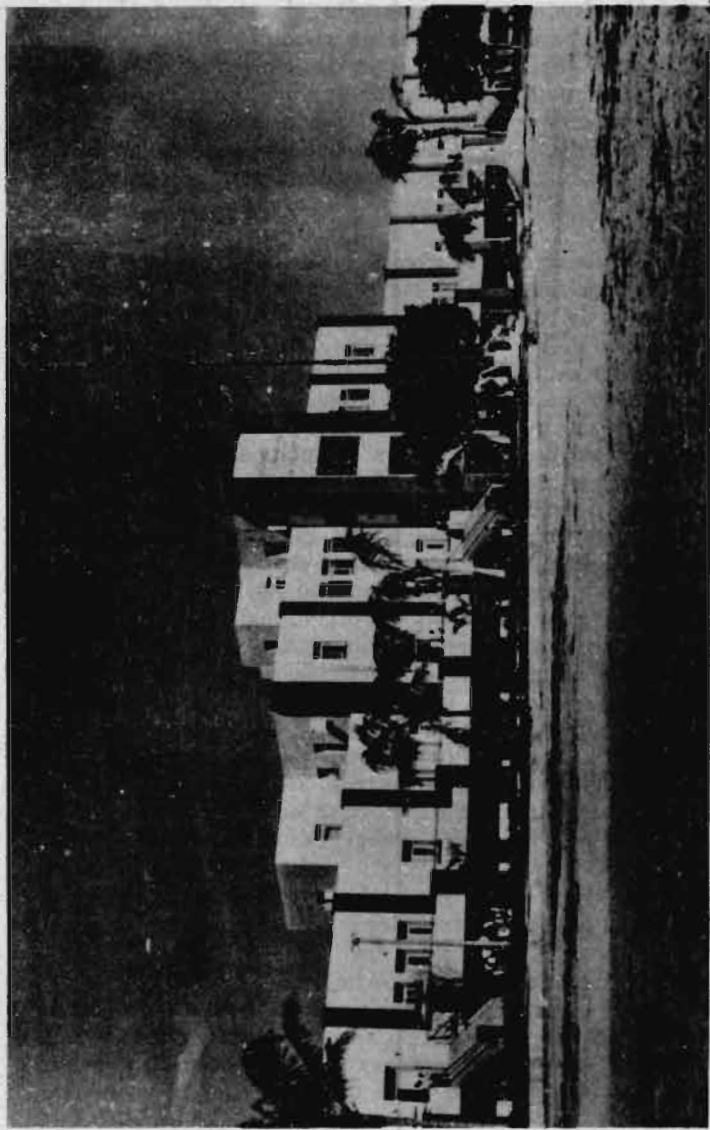
Aquello habría podido ser un golpe tremendo para nuestra fe y para nuestra convicción de que aquel era el camino. Mas, sin embargo, nuestra fe y nuestra convicción se mantuvieron inalterables. Creíamos que aquel era el camino, ¡y al fin la historia y los hechos, la realidad y la vida, se encargaron de demostrar que aquél era el camino!

EL DEBER DE LOS REVOLUCIONARIOS ES HACER LA REVOLUCION

Y quienes un día se vieron cercados entre los cañaverales, en número tan reducido que se podían contar con los dedos de una mano, y han vivido estos diez años de Revolución y de lucha, y hoy les hablan y se encuentran frente a un pueblo entero como este, un pueblo formidable como éste —que es a su vez forjador y producto de la Revolución— ¿cómo no hemos de sentir en lo más hondo de nuestras almas la convicción y la fe de que para los pueblos hay siempre un camino, de que para los pueblos oprimidos hay siempre una solución?

Mas ese camino no se abre solo, ese camino hay que abrirlo, ese camino tienen que abrirlo los combatientes revolucionarios. Y hay una manera de abrir el camino, y es decir: ¡debemos abrir el camino!; y hay una manera de no abrir jamás el camino, y es decir: ¡no queremos abrir el camino!

Y en muchos países de la América Latina las condiciones prerrevolucionarias son incomparablemente superiores a las que existían en nuestro país; hay países de la América Latina, saqueados y esquilados por los monopolios y por las oligarquías, donde masas hambrientas y desesperadas esperan la brecha para irrumpir en la historia.



El cuartel Moncada, convertido por la Revolución en Ciudad Escolar 26 de Julio, alberga hoy a miles de estudiantes.

Y el deber de los revolucionarios es abrir esa brecha; el deber del revolucionario no es sólo el estudio de la teoría; el deber de los revolucionarios no consiste en atiborrarse de conocimientos teóricos, olvidados de las realidades prácticas de la Revolución; el deber de los revolucionarios no consiste sólo en aprender y conocer y sentir la convicción de una concepción de la vida, y de la historia y de la sociedad revolucionaria, sino también en la concepción de un camino, de una táctica, de una estrategia que lo conduzca al triunfo de esas ideas.

Ese es el deber de los revolucionarios, y no esperar hasta las "calendas griegas" para ver si los caminos se abren solos, o si por obra de milagro los regímenes explotadores desaparecen.

Y el deber de los revolucionarios, sobre todo en este instante, es saber percibir, saber captar los cambios de correlación de fuerzas que han tenido lugar en el mundo, y comprender que ese cambio facilita la lucha de los pueblos. El deber de los revolucionarios, de los revolucionarios latinoamericanos, no está en esperar que el cambio de correlación de fuerzas produzca el milagro de las revoluciones sociales en América Latina, sino aprovechar cabalmente todo lo que favorece al movimiento revolucionario ese cambio de correlación de fuerzas, ¡y hacer las revoluciones! Esa es una cuestión demasiado clara y demasiado evidente.

Y la culpa de que las condiciones determinadas se pueden desperdiciar, de que la oportunidad no se aproveche, de que las circunstancias no se utilicen debidamente, no la tendrá nadie, no la tendrá ningún otro partido o estado revolucionario, no la tendremos nosotros; la culpa la tendrán los revolucionarios de cada país, porque es a los revolucionarios de cada país a quienes les corresponde hacer la revolución en cada país.

Para nosotros eso es un hecho evidente, para la América Latina ese es un hecho clarísimo, y no tenemos confusiones de ninguna clase.

¿Si nosotros no hubiésemos hecho la Revolución, alguien la iba a hacer por nosotros? Hicimos la Revolución y hemos encontrado entonces el apoyo de circunstancias favorables, el apoyo y la ventaja del extraordinario cambio en la correlación de fuerzas, el apoyo de la Unión Soviética y de todo el campo socialista.

Nosotros sabemos, por experiencia y por convicción, que todo pueblo que haga lo que ha hecho el pueblo cubano tendrá el apoyo decidido de la Unión Soviética y de todo el campo socialista. Y donde los revolucionarios no sepan cumplir el deber, sólo ellos serán responsables ante sus pueblos, sólo ellos serán culpables ante la historia, porque, es a ellos a quienes les compete decidir y actuar. Y nosotros lo que podemos hacer es reafirmar esta convicción, reafirmar esta fe absoluta de que la Revolución Cubana abrió las perspectivas de la lucha en numerosos países de este Continente, y que la Revolución Cubana desarrolló un camino, una experiencia y un ejemplo, que si se comprenden cabalmente, habrán de ser muy útiles a otros pueblos de América Latina.

héroes caídos
con motivo del
asalto al moncada

**COMBATIENTES MUERTOS EN EL CUARTEL MONCADA
EN LA ACCION DE LA POSTA N° 3**

- 1.—Renato Miguel Guitart Rosell
- 2.—José Luis Tasende de las Muñecas
- 3.—Carmelo Noa Gil
- 4.—Pedro Marrero Aizpurúa

**RELACION DE LOS ASALTANTES MUERTOS EN EL
CUARTEL MONCADA**

- 1.—Abel Santamaría Cuadrado
- 2.—Reemberto Abad Alemán Rodríguez
- 3.—Gerardo Antonio Alvarez Alvarez
- 4.—Tomás Alvarez Brito
- 5.—Juan Manuel Ameijeiras Delgado
- 6.—Antonio Betancourt Flores
- 7.—Flores Betancourt Rodríguez
- 8.—Gregorio Careaga Medina
- 9.—Rubén Cordero Sánchez
- 10.—Pablo Cartas Rodríguez
- 11.—Alfredo Corcho Cinta
- 12.—Rigoberto Corcho López
- 13.—Giraldo Córdoba Cardín
- 14.—José Francisco Costa Velázquez
- 15.—Fernando Chenard Piña
- 16.—Rolando del Valle
- 17.—Juan Domínguez Díaz
- 18.—Victor Escalona Benítez
- 19.—Gildo Fleites López

- 20.—Jacinto García Espinosa
- 21.—Raúl Gómez García
- 22.—Virginio Gómez Reyes
- 23.—Manuel Gómez Reyes
- 24.—Guillermo Granados Lara
- 25.—Emilio Hernández Cruz
- 26.—Eduardo Ambrosio Hernández Ravella "Chano"
- 27.—Manuel Enrique Isla Pérez
- 28.—José Antonio Labrador Díaz
- 29.—Reinaldo Boris Luis Santa Coloma
- 30.—José de Jesús Maderas Fernández
- 31.—Marcos Martí Rodríguez
- 32.—José Wilfredo Matheu Orihuela
- 33.—Horacio Matheu Orihuela
- 34.—Roberto Mederos Rodríguez
- 35.—Ramón Ricardo Méndez Cabezón
- 36.—Armando Miranda Montes de Oca
- 37.—Dr. Mario Muñoz Monroig
- 38.—Miguel Angel Oramas Alfonso
- 39.—Oscar Alberto Ortega
- 40.—Julio Máximo Reyes Cairo
- 41.—Ismael Ricondo Fernández
- 42.—Félix Rivero Vasallo
- 43.—Manuel María Rojo Pérez
- 44.—Pedro Romero Fonseca
- 45.—Manuel Saiz Sánchez
- 46.—Osvaldo Socarrás Martínez
- 47.—Elpidio Casimiro Sosa González
- 48.—Julio Trigo López
- 49.—Francisco Vieras Milián
- 50.—Raúl Villarreal

POBLACION CIVIL

- 1.—Manuel Calá Reyes "El Niño"
- 2.—Miguel Antonio Ravelo Ravelo

COMBATIENTES MUERTOS EN EL CUARTEL DE BAYAMO

- 1.—Pablo Agüero Güedes
- 2.—Hugo Camejo Valdés
- 3.—Raúl de Aguiar Fernández
- 4.—Armando del Valle López
- 5.—Rafael Freire Torres
- 6.—Luciano González Camejo
- 7.—Angel Guerra Díaz
- 8.—Lázaro Hernández Arroyo
- 9.—Mario Martínez Ararás
- 10.—Rolando San Román y de las Llamas
- 11.—José Testa Zaragoza
- 12.—Andrés Valdés Fuentes
- 13.—Pedro Véliz Hernández

COMBATIENTES DEL ASALTO AL MONCADA Y AL CUARTEL DE BAYAMO QUE SOBREVIVIERON A AQUELLA ACCION Y MURIERON POSTERIORMENTE

MUERTOS EN EL DESEMBARCO DEL "GRANMA"

- 1.—Antonio López Fernández "Ñico"
- 2.—Armando Mestre Martínez
- 3.—René Bedia Morales
- 4.—José Ramón Martínez Alvarez

MUERTOS EN EL COMBATE DE "MAR VERDE"

- 1.—Ciro Redondo García

MUERTOS EN EL COMBATE DE "EL UVERO"

- 1.—Julio Díaz González

MUERTOS EN LA CLANDESTINIDAD

- 1.—Humberto Valdés Casañas
- 2.—Vicente Chávez Fernández

DATOS SOBRE LA PREPARACION Y EL ASALTO AL MONCADA

Principales lugares de entrenamiento de los Revolucionarios

Finca en Los Palos
Finca de Pijirigua
Club de Cazadores del Cerro
Universidad de La Habana

Principales lugares de reunión

Artemisa
25 y O
Jovellar 107
Hotel Casa Granda en Santiago de Cuba

Cuartel Rebelde

Granja Siboney de Santiago de Cuba

Autor del Manifiesto del Moncada a la Nación

Raúl Gómez García

Mujeres que participaron en la acción

Melba Hernández
Haydée Santamaría

Objetivos atacados

Cuartel Moncada de Santiago de Cuba
Cuartel de Bayamo

Lugares estratégicos tomados por los revolucionarios

Palacio de Justicia de Santiago
Hospital Saturnino Lora de Santiago

Fecha del Asalto al Moncada

Amanecer del 26 de Julio de 1953, Año
del Centenario de José Martí

índice

- ✓ EN EL VIII ANIVERSARIO DEL 26 DE JULIO. Por el Comandante Raúl Castro Ruz 9

El primer paso hacia la Revolución.—Escenario político hasta 1953.—Poner en marcha a las masas.—El ataque al Moncada.—Programa del movimiento revolucionario.—Jalón hacia la liberación nacional y el socialismo.

- HISTORICA NARRACION DE FIDEL CASTRO. (Fragmentos de "La Historia me Absolverá") 39

Mentiras y calumnias de la tiranía.—Nuestros planes.—Las posibilidades de éxito: el pueblo.—Represión sangrienta y criminal.—"¡Condenadme, no importa...!"

- ✓ UN GRUPO VERDADERAMENTE HEROICO.—Relato del Comandante Pedro Miret 57

Circunstancias en que se produjo la acción.—Los falsos revolucionarios.—Comienzan los preparativos.—Contra todas las dificultades.—Una juventud distinta.

- RELATO DE HAYDEE SANTAMARIA 65

Recuerdos imborrables.—La muerte de valiosos compañeros.—"La vida de Fidel era la de todos nosotros".

RELATO DE MELBA HERNANDEZ	71
---------------------------------	----

Los preparativos del día anterior.—Fidel reparte las armas.—Salida hacia el cuartel.—“¡Conserven la vida de cualquier manera!”.—Bestialidades de los verdugos.—El asesinato de Boris Luis y Abel.

“LOS HOMBRES MAS VALIENTES QUE PUEDA HABER”.—Relato de Melba Hernández	77
--	----

Mis primeros contactos con el movimiento.—El centro de operaciones de Fidel.—Las labores en 1953.—El asalto al Moncada.—Feroz represión.—Difusión de “La Historia me Absolverá”.

EL ASALTO A LA POSTA TRES EL 26 DE JULIO.— Relato del Comandante Jesús Montané Oropesa	87
--	----

Detalles del asalto.—¿Qué pasó en Siboney?—Sádicas amenazas.—La primera delación.—¿Por qué se escogió el Moncada?—Extracción revolucionaria.—La salida a Oriente.—Organización del ataque.—¿Por qué se escogió el día 26?—Causas del fracaso.

LOS ARTEMISEÑOS EN EL MONCADA.—Relato del combatiente Severino Rosell	101
---	-----

Fidel Castro en Artemisa.—Arenga de Fidel en Siboney.—Hacia el asalto al Moncada.—Fidel ordena la retirada.—Inicio del camino a la Sierra.—Hostilidad primero; ayuda después.—Fidel ordena volver a Santiago.

RECUERDOS DEL ATAQUE.—Por el Comandante José Ponce Díaz	111
---	-----

La juventud se prepara.—La partida.—El combate.—Un asesino menos.—La represión criminal se desata.

✓ OCHENTA PESOS DE TIROS.—Artículo de Marta Rojas	117
---	-----

Como se sufragaron los gastos para el ataque al Cuartel.—Esfuerzo y sacrificio de los que todo lo dieron.

MONCADA: SECRETO MILITAR.—Artículo de Marta Rojas	121
---	-----

La discreción fue un arma de combate.—Los planes del Moncada fueron celosamente guardados.

CUANDO SARRIA DETUVO A FIDEL Y A SUS DOS COMPAÑEROS	125
---	-----

Tres jóvenes extenuados, en el lomerío de la finca "Mamprivá".—Francisco González Calderín.—"Ya pueden matarme. Soy Fidel Castro".—"¡Abrame paso, Comandante, que continuó con los detenidos!"—El pueblo estaba interesado, ¡ya no los podían matar!

A LA MISMA HORA DEL MONCADA, EN BAYAMO SE ESCRIBIO OTRA PAGINA HEROICA.—Por Rubén Castillo Ramos	131
--	-----

El ataque al Cuartel de Bayamo.—Antecedentes.—El asalto.—Fracasa la operación.—La brutal persecución y el crimen contra los revolucionarios.

EL ASALTO AL CUARTEL DE BAYAMO.—Por el capitán Andrés García Díaz	137
---	-----

"¡Hay que matar diez prisioneros por cada soldado muerto!"—El ataque al cuartel.—El "muerto vivo".—"Conocí a Fidel en 1952".—Tras la captura, el cuadro espantoso del crimen.

COMO SE EDITO EN LA CLANDESTINIDAD LA PRIMERA EDICION DE "LA HISTORIA ME ABSOLVERA".—Artículo de Francisco de Armas 143

Edición llena de riesgos y de heroísmo.—Haydée y Melba.—Gustavo y Machaco Ameijeiras.—Fidel reconstruye el discurso.—Fragmentos escritos con zumo de limón.—Búsqueda de fondos para la edición.—Transporte y distribución a toda la República con sólo cinco pesos.

EL 26 DE JULIO EN LA HISTORIA DE NUESTRO TIEMPO.—Fragmentos del discurso del Comandante Fidel Castro, pronunciado en el X Aniversario del Asalto al Moncada 149

RELACION DE LOS HEROES CAIDOS EL 26 DE JULIO DE 1953 Y LOS DIAS POSTERIORES.—Datos sobre la preparación y el asalto al Moncada 159

Esta edición se terminó de imprimir
el día 20 de julio de 1964 en los ta-
lleres de la Empresa Consolidada de
Artes Gráficas. Unidad N° 205-01.